

# APUNTES DE RANCHERIA

No. ....

BIBLIOTECA "AMÉRICA"  
DE COMPOSTELA

---

Donante *Gumersindo Puerto*  
co. *Buenos Aires.*



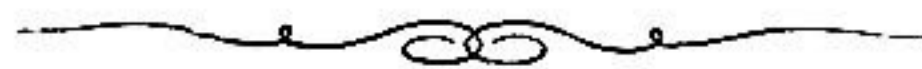
# APUNTES DE RANCHERIA

VARIOS OTROS ESCRITOS LITERARIOS

DEL

**Sr. José Caicedo RÓJAS**

CIUDADANO COLOMBIANO



**HAVRE**

IMPRENTA DE A. LEMALE AINÉ

1871





## PRÓLOGO DEL EDITOR

Con la publicacion de este libro, que contiene algunas de las producciones literarias del Sr. José Caicedo Rójas, me he propuesto hacer conocer en España i en todas las repúblicas ántes colonias de esta nacion, a uno de los escritores mas distinguidos i mas simpáticos de Colombia.

El Sr. José Caicedo Rójas ha escrito mucho ; en casi todos los jéneros de literatura se ha ensayado su fácil pluma, i en todos ha sobresalido, siendo particularmente grande i fundada su fama como escritor de costumbres ; pero, por desgracia, publicados sus trabajos en periódicos colombianos, que son de escasísima circulacion, aunque escelentes en jeneral, no se conocen fuera del pais, i aun dentro de él causará no poca sorpresa ver que con sólo sus escritos en la *Biblioteca de Señoritas*, de efímera existencia, haya podido formarse un volúmen como el presente ; pues no contiene, en efecto, sino aquellos con que el autor tuvo la bondad de contribuir

para la hoja literaria fundada por el Sr. Felipe Pérez i continuada por mí hace cosa de trece años.

Sin contar aquellos de que él mismo ha sido único o principal redactor, no hai un solo periódico literario de alguna reputacion de los que se han publicado en Bogotá en los últimos veinticinco años, que no contenga por lo ménos tanta i tan selecta materia como la que encierra este volúmen.

El Sr. José Caicedo Rójas es no sólo literato de primer orden, es tambien artista de mérito, i ha contribuido en gran parte a la propagacion del gusto por la música en Bogotá.

No tengo datos para escribir su biografía, que, si no, lo haria de buena gana, seguro de complacer a los lectores de este volúmen. El conocimiento de la pequeña parte de sus escritos que él contiene, la hará echar ménos, i no faltará una pluma mas idónea que la emprenda, así como algun dia se publicarán sus obras íntegramente: entónces el Sr. José Caicedo Rójas tomará su puesto entre los que mas han contribuido al engrandecimiento de las letras hispano-americanas, por su castizo lenguaje, la gracia i denosura de su estilo i el sello siempre orijinal de sus escritos, apesar de su extraordinaria fecundidad, dote rara en un pais en donde la tarea de escribir no deja jeneralmente sino desaliento.

Convencido de que en Colombia principalmente se me

agradecerá esta publicacion, no me queda sino pedir al Sr. José Caicedo Rójas perdon por haberla emprendido sin consultarlo : quizás habria él suprimido algunas cosas, agregado otras, correjido algo ; pero no he tenido oportunidad para hacerlo, i ademas, juzgo que no hai en su obra nada que suprimir, ni que agregar, ni que correjir, aunque fué escrito cuanto ella encierra siempre en volándas i por mero pasatiempo.

Havre, 1° de abril de 1871.

EUSTACIO SANTAMARIA.



# APUNTES DE RANCHERIA

## I.

Si la lectora conoce la laguna de Fúquene, restos, segun dicen los jeólogos, del grande i antiguo lago andino que cubria estas mesetas, i cuyas aguas se abrieron paso por diferentes puntos; si la ha visto desde lo alto del *volador* del mismo nombre, yendo o viniendo de Chiquinquirá, nada le diré de ella. Si no la conoce, le aconsejo que haga una promesa a la Vírjen, o que, aunque sea con el objeto de comprar boliches i molinillos, emprenda esta deliciosa romería. Deténgase en la mitad del repecho, donde aparece por primera vez el azulado lago, compre *mojicones* de los que encontrará en una venta que por allí cerca está, los que, con acompañamiento del queso de estera i bocadillos de guayaba, remanentes de lo que se comió a orillas de la fuente de Torca, le harán mas agradable aquella perspectiva, que no se hallaria mas bella en la Suiza.

Pero sea que la lectora conozca este interesante lago, llamado antiguamente laguna de Tinjacá, sea que no lo haya visto jamas, ya ella sabrá mejor que yo, que, hace sesenta años, no formaba mas que uno solo con los otros que se hallan inmediatos a él, i que sus aguas han bajado paulatinamente, a causa sin duda de los grandes desmontes practicados en las inmediaciones : en términos que, casi a la vista de la jene-

racion presente, se han formado nuevas playas, i que hai en el dia tierras de pan llevar, sumamente feraces, en terrenos completamente inundados treinta años ha. Cito en mi apoyo, no solo a los habitantes antiguos, por no decir viejos, de Ubaté, sino tambien al ilustre sabio Boussingault, que anduvo por allí, i que, como amigo de averiguar vidas ajenas, estaba mui impuesto en todo. Este señor, refiriéndose al dicho de los cazadores experimentados del pais, asegura que las aguas bajan cada dia, gracias a la gracia en que dieron los explotadores de las salinas de Nemocon i Tausa, de destruir rápidamente aquellos bosques, en su mayor parte formados de encinas i de árboles de laurel, de los que los indíjenas sacaban gran cantidad de cera. †

Toda esta relacion semicientífica la hemos hecho sentados con la lectora sobre una roca que está a la vera del camino,

---

† Con este motivo dice nuestro ilustre compatriota Acosta lo siguiente: “ Antes de la conquista los indíjenas se alumbraban con cera de laurel, i, mas cautos i prudentes que los actuales habitantes, no permitian indistintamente la destruccion de los árboles en el declive de las montañas, porque sabian por esperiencia que, una vez cortados, arrastrada por las lluvias la tierra, desaparece la vejetacion, i quedan inútiles vastas porciones de terrenos que ántes producian maderas, resinas i humedad para fertilizar los campos inferiores. Hoi las rocas desnudas protestan contra el descuido e ignorancia de los primeros colonos i de sus sucesores, i demandan a la lejislacion que proteja los escasos bosques que aún quedan contra las depredaciones de los rozadores.” Traslado a los especuladores en quinas i a otros muchos que en nuestro pais han jurado guerra implacable a los árboles, i para quienes un árbol centenario no vale nada, ni como objeto de utilidad, ni como objeto de recreo, sino como un trozo de madera, que puede valer un par de pesos. Volvamos la vista a las alamedas i otros paseos de Bogotá ! Cuando no hai quien se oponga a tal rapacidad i codicia, ¿ podremos decir que vivimos en un pais civilizado ?

o sea el volador, comiendo lo que ya dijimos, mientras las cabalgaduras reposan a la sombra, bajo el alar de la venta.

Pero, si en vez de tomar la altura, mi amable compañera sigue a la derecha para entrar en las pintorescas haciendas que demoran en las orillas de la laguna, i llegando a esta quiere o puede embarcarse en una balsa de las que fabrican los indios de aquellos alrededores, hágalo, que no le pesará ; i cante, como lo hacia yo, para estimular a mi conductor, la letra de aquel coro de la *Estranjera* de Bellini :

“Voga, voga. il vento tace,  
Sol con placido susurro....

que mal traducida al castellano, dice :

Boga, boga, el viento calla :  
Solo un plácido murmullo  
Da a las ondas suave arrullo  
I las mece sin cesar.

Déjese deslizar suavemente por sobre las pequeñas olas, como una golondrina que arrastra su pecho por el suelo, hasta llegar a los encantados islotes que sacan su cabeza fuera de las ondas, i en cuyas rocas, habitadas por las nutrias, se estrellan las espumas con melancólico i acompasado són.

I ya que viene conmigo por estas risueñas aunque solitarias riberas, la invitaré a que, apartándonos de ellas, sigamos al oriente i subamos la suave cuesta de aquella cordillera, nos internemos en los inmensos oquedales que la coronan, que si no son un segundo tomo del famoso Líbano, creo que me engañaré mucho ; i por último, que descendamos al lado opuesto para llegar a uno de los sitios mas románticos i tristemente bellos que pueden imaginarse.

Pero antes de llegar miremos de frente al valle a donde

nos dirijimos.... allí se descubren algunas humildes casas, a la orilla de un bullicioso rio, i en medio de ellas descuella un edificio mas grande i regular, i una iglesia de modesto aspecto. Es el convento de la Candelaria o de Agustinos descalzos, llamado con mucha propiedad *El Desierto*.

Esta seria la ocasion oportuna de decir mil cosas a cual mas bellas sobre las iglesias campestres, i derretirse en apacibles frases, inspiradas por el doble sentimiento relijioso i romántico.

I hablando sériamente, el viajero que quiere abandonarse a todo lo que pueda impresionarlo, a todo lo que pueda despertar en él un pensamiento, un recuerdo, sea que se dirija al norte o al sur, al oriente o al occidente, no hallará nada que le produzca tan dulces i sencillas emociones como el aspecto de una iglesia de aldea.

No sé si fuí yo, o si fué algun otro autor el que dijo en cierta ocasion : una columna triunfal admira, porque recuerda un hecho glorioso, una hermosa página en la historia, i si el que la mira es artista, su imaginacion se exalta : es un monumento que sorprende, pero al contemplarlo el alma permanece muda i no toma parte en estas emociones. Al contrario, recuérdese lo que sucede a la vista de una pobre iglesia o de una humilde capilla aislada en medio de los campos, al declinar el sol en una hermosa tarde. Todo es silencio al rededor del viajero que busca con ojos ansiosos algun objeto animado ; los labradores se retiran a sus chozas, i apenas se percibe a lo léjos el sordo bramar de las vacas que se separan ya de sus hijuelos, cuando de repente, en medio de la soledad i del silencio se oye el tañido claro i penetrante de una campana, que, lanzado de lo mas alto del modesto campanario, recorre la comarca en vibraciones len-

tas e isócronas para anunciar a sus habitantes que es tiempo de la oracion. Despues del canto del pastor en la colina, i del canto de la alondra en la maleza, viene el canto del bronce, la voz de la iglesia que llama a todos los corazones para que al despedirse del dia se eleven a Dios.

Estas sensaciones indefinibles son las que se experimentan al descubrir por primera vez la deliciosa vega por donde corre el rio de Ráquira, nombre de ese pueblecillo pintoresco, separado del Desierto por unas pocas colinas. Aquel grupo de casas que forman como el cortejo o comitiva del convento, no son un pueblo : son mas bien un aduar ; los que han visitado el Sube, o las aguas minerales de Quetame, pueden tener una idea del Desierto, en cuanto al aspecto de aquel grupo de casas habitadas i abandonadas alternativamente por diferentes personas que permanecen allí solo algunos dias, i a su rededor árboles frondosos, que, mecidos por el viento, mezclan el susurro de sus hojas con el de las ondas del rio que por allí cerca corre.

Ya supondrá la discreta lectora que el que esto escribe no habla de oídas, sino que ha visitado personalmente este bello *Desierto*. Tambien comprenderá fácilmente que para el mayor número de los que por aquellas vegas andan en busca de una temperatura de 16° a lo mas, de un bañodelicioso, o de un sombrío apacible donde tirarse a la bartola con un buen libro en la mano derecha i un cigarro en la izquierda, este convento de la Candelaria, recoleta de los de agustinos de Bogotá, es un objeto secundario , i muchos ni aun se dignarán entrar en él. En cuanto a mí, confieso sin rubor que era lo que mas llamaba allí mi atencion, no por su arquitectura, ni por su lujo, sino, al contrario, por aquella elegante sencillez, por aquel aspecto de envidiable tranquilidad que

ofrecen sus claustros i jardines, por aquella unción santa i desconocido perfume que se respira en su iglesia, por ese esquisito i estremado aseo que reina en todo el edificio i sus dependencias, i últimamente, para no repetir lo que ya en tan poético lenguaje i elegante estilo dijo sobre este mismo asunto nuestro jóven compatriota el señor J. Borda, que, como poeta, supo apreciar todas aquellas bellezas, no era lo que ménos escitaba mi curiosidad las obras artísticas, i especialmente las buenas pinturas que allí ví, i que califico de tales segun mi leal saber i entender, i la opinion de personas intelijentes.

I ya que hemos llegado a las pinturas, quiero referir uno de los episodios mas interesantes de esta escursión.

Antes de emprenderla, tuve cuidado de informarme con los reverendos padres del convento de la Candelaria de Bogotá de cuanto pudiera serme útil en aquella visita, e hice abundantes apuntamientos de todos los datos i noticias que ellos tuvieron la bondad de suministrarme acerca de la fundación del convento i otros pormenores, que bien quisiera reproducir aquí, si no creyera hacerme fastidioso. El R. P. N.... despues de hablarme de algunos cuadros de los dos Vásquez, de otros de Pablo Caballero, i de una escultura de Laboria, me recomendó que observase con cuidado un retrato al óleo que estaba en la portería del convento. No es como obra de mérito artístico que llamará su atención, me dijo, sino como recuerdo de una persona cuya historia le interesará mucho.

— I se puede saber esa historia, reverendo padre? le pregunté.

— Se puede saber, me contestó; pero no soi yo quien debe referírsela a U. Si desea conocerla, le aconsejo a U. que

cuando llegue se dirija a una persona que vive en una estancia, a orillas del rio, i como a una milla distante del convento.

Tomé nota de un aviso que me prometia dar con alguna crónica de sumo interes ; i como me lo habia aconsejado el P. N.... mi primera diligencia al llegar al *Desierto* fué visitar el convento i ántes que todo, el susodicho retrato. Era este el de un religioso, jóven de buen aspecto, color mas bien trigueño que blanco, ojos ardientes i facciones regulares. El aire de humildad i recojimiento que le daba la capucha calada i los brazos cruzados entre las anchas mangas del hábito, se templaba por cierta arrogancia i porte decidido, que revelaban un orijen i una juventud enteramente seglares. Sin haber conocido el orijinal podia decirse que el retrato se le parecia, tal era la espresion i vida del medio cuerpo que en aquel lienzo estaba pintado. En cuanto al mérito del pincel, por lo poco que a mí se me alcanzaba en esta materia, creía distinguir en el colorido i estilo jeneral algo de la escuela de nuestro compatriota Vásquez ; pero no me hubiera atrevido a emitir tal opinion con entera seguridad. Contempléle un buen espacio, procurando colocarme en el punto en que la luz fuese mas conveniente, i ansiando adivinar en aquellos mudos colores una historia entera, tal vez llena de turbulentas aventuras i bajo aquella oscura capucha un libro de desdichas i un espejo de la humana vida.

Nada me reveló aquel lienzo, mui bien conservado, pero que no tenia inscripcion alguna, i solo hizo nacer en mí una multitud de conjeturas vagas, i de reflexiones mas o ménos filosóficas sobre el destino de los hombres ; así que, apénas reposado de las fatigas del camino, i hechas las visitas de estilo al templo, a los pocos sacerdotes que allí habia i a las

personas notables que por entónces moraban en aquel apacible retiro, en busca de la salud del cuerpo o de la del alma, me dirijí al siguiente dia ácia el lugar que me habia indicado el P. N. Con mi baston en la mano i la ruana al hombro, seguí a pié el itinerario que me habia dado verbalmente, emparejando siempre con la corriente del rio, i a poco mas de media hora dí con una posesion que, segun las señas, no dudé fuese la de la persona a quien buscaba.

Qué soledad i qué belleza ! ni un perro impertinente que me estorbase el paso, o anunciase con sus ladridos mi llegada ; ni cercas, ni puertas, ni cerrojos : los patriarcas no vivirian en sus tiempos en mayor seguridad. Una casita de humilde pero elegante apariencia, rodeada de árboles frutales, defendida a la espalda por una suave colina verde con franjas de cuarzo, que es la formacion dominante en aquel terreno, i al frente, haciendo las veces de foso, un arroyuelo que limitaba el jardin , i que podria salvar sin dificultad un niño de seis años ; esta era la posesion de mi futuro amigo, de un hombre estimable que habia de proporcionarme mas de un rato de solaz durante mi permanencia en aquellos lugares.

Figúrese la lectora un hombre de edad avanzada, pero robusto i bien conservado ; las canas que adornaban su gran cráneo hacian resaltar mas la frescura de su tez i el vigor de su espresion : la mirada viva , el jesto marcado, las facciones bien perfiladas, el ademan fácil, la conversacion agradable i aun instructiva. Era, en fin, un hombre de mundo que, habiendo llegado a la edad propecta, se habia retirado de la sociedad hacia algunos años, buscando un centro de reposo en el aislamiento i silencio de aquel *Desierto* , medio anacoreta, medio filósofo, que creía i esperaba, i que, apesar de sus sesenta años, largos de talle, amaba todavía lo bello, i admiraba lo grande.

No tuve necesidad de llamar, porque apenas me divisó de léjos (i tenia mui buena vista) salió a mi encuentro i me saludó, tendiéndome la mano, con la franqueza i cariño que si me hubiera conocido de muchos años atras. Esto me abrió la puerta para tratarlo con la confianza que es propia de mi carácter, i le dije en tono de chanza :

— Señor anacoreta, tengo mui buenas noticias de U, pues la fama de su austeridad i milagros se ha estendido por toda la comarca.

— Cierto, hijo mio, me respondió con una sabrosa carcajada, i el mayor de estos milagros es vivir aquí contento i satisfecho, como dicen UU. los del mandil.

— Si los padres del yermo hubiesen elejido retiros como este para entregarse a la penitencia, creo que no habrian ganado tan fácilmente la bienaventuranza.

— Qué quiere U ! yo pienso que en cualquiera parte puede salvarse un católico, ménos en el infierno.

— I yo pienso que U. ha realizado el ideal de lo bello i lo perfecto : U. será el primer ejemplo de un anacoreta-sibarita. Deberia U. solicitar privilejio esclusivo.

Por este estilo siguió nuestra conversacion hasta que llegámos a la casa, donde hallé sombra, descanso, buen dulce, agua pura i cristalina, i otros refrescos proporcionados a la situacion.

A pocas vueltas interrogué con disimulo a mi huésped sobre aquello que era el objeto principal de mi visita, i lo hube de hacer con tan poca maña que por el pronto se quedó callado i como sorprendido de mi curiosidad ; pero acto continuo le referí el oríjen de esta curiosidad, i cómo un relijioso de Bogotá me habia puesto en camino de saber lo que deseaba.

Le referiré a usted esta historia con mucho gusto, me dijo;

pero por ahora hablemos de otras cosas, i deme usted noticias de esta capital, aunque a la verdad poco me interesa lo que sale de los términos de este Desierto. Comerá usted conmigo, si lo tiene a bien, i por la tarde, cuando el sol vaya declinando, iremos a dar un paseo. Sentados al pié de la *peña del eco*, satisfaré los deseos de usted en pocas palabras.

Acepté gustoso, i despues de tomar un baño en el rio i de comer con mi amigo, salimos, costeando la falda de la colina, i remontámos por entre algunos grupos de rocas, desde donde se presenta una perspectiva risueña de las vegas del rio i contornos de Ráquira i Tinjacá. Uno de estos grupos forma una cueva circular de fondo plano, i a un metro de profundidad corre por debajo de ella una fuente que hace resonar aquella cavidad con el ruido de su corriente impetuosa. La disposicion en que quedaron colocados estos enormes bloques, cuando por alguno de tantos cataclismos espantosos que han trabajado la costra de nuestro globo, vinieron rodando, quién sabe desde dónde, hace que en medio de ellos se produzca un eco mui claro i distinto de cualquier ruido que venga en cierta direccion : de aquí ha tomado su nombre este grupo.

Llegámos allí, no sin bastante trabajo i fatiga, i, dominando con nuestra vista en primer plano las pequeñas estancias o labranzas de los moradores de aquel tranquilo Eden, nos sentámos a la sombra de los arbustos que rodean las rocas. Despues de un rato de descanso rompió el silencio mi compañero, i me dijo.

— Usted, como bogotano, pues supongo que lo es, conocerá una casa alta que está en frente de la iglesia de la Candelaria.

— ¿Una de dos balcones i dos gabinetes? La conozco mucho, de vista.

— Pues bien, en esa casa, que pertenecía antiguamente al convento, vivia a mediados del siglo XVII Gregorio Vásquez Ceballos, el famoso pintor, cuya habilidad, i hasta cuya existencia han puesto en duda muchas personas que no se toman el trabajo de informarse de las cosas.

— En cuanto a la existencia de Vásquez, añadí yo, parece que nadie duda despues de haber leído los apuntamientos biográficos que publicó, hace cuatro o cinco años, el distinguido artista i mi estimable amigo señor J. M. Groot. La partida de bautismo que allí se registra es una prueba de bulto. La autenticidad de sus obras está mas que suficientemente demostrada por ellas mismas; pero se disputa sobre la identidad de la persona.

— Este vacío, si lo hai, ha venido a llenarlo la tradicion de padres a hijos. Pues qué! hace tantos siglos que existió Vásquez para que la tradicion haya podido oscurecerse pasando por tres o cuatro jeneraciones? Recuerdo que mi abuelo hablaba de un viejo que vivia en su tiempo i que habia conocido personalmente a Vásquez, i daba razon de algunas de sus obras. Pero dejemos esta materia para dilucidarla en mejor ocasion, i vamos a nuestra historia. Pueda ser que mas tarde suministre yo a usted algunos datos curiosos sobre este artista nacional, que puedan servirle de algo. Pues, como iba diciendo, Vásquez, ya en su edad madura, vivia en aquella casa con una hija suya, a quien habia enseñado su arte, i que le ayudaba en él, sobre todo cuando el recargo de ocupacion, la urjencia de cumplir sus compromisos, o la escasez de la bolsa para satisfacer a sus necesidades del momento, le obligaban a trabajar mas que de ordinario. Pobre Vasquez! siendo ya viejo, se vió, como Cervántes, reducido a prision en la cárcel de Santa Fe, como apremio para el cum-

plimiento de un contrato que habia celebrado para hacer los grandes cuadros de la Capilla del Sagrario ! Su honradez era conocida, pero el plazo que habia fijado era mui corto, confiando tal vez demasiado en sus fuerzas.

No dicen las crónicas ni la tradicion si la chica era hermosa o fea, grande o pequeña, rubia o morena ; pero se deja entender que no seria un palmito despreciable, cuando hizo nacer una pasion vehemente en un hombre de bien i cristiano viejo, cuyo nombre conviene callar por respeto a su memoria.

Era este un jóven de no mui elevada alcurnia , pero decente i bien parecido, i que tenia un mediano pasar para aquellos tiempos de abundancia i baratura. Habiala visto varias veces al entrar a la iglesia i salir de ella, de donde, como se ha dicho, no la separaba sino el ancho de la calle i el del altozano, i sin saber cómo ni cuándo, se halló tan apasionado de aquella creacion viviente del pintor, que, atropellando por todo, resolvió hablarla i aun requerirla de amores, en el bien entendido de que sus pretensiones eran, como debian ser, hidalgas i honestas — Válgate Dios ! decia el mozo cáudidamente, hablando consigo mismo : si yo pudiera obtener la mano de la bella Ines, seria el mas feliz de los mortales ; i diciendo i haciendo, en un raptó de entusiasmo tomó el sombrero i se dirijió a la casa de su adorado tormento... Pero qué voi a hacer allá, pecador de mí ! reflexionó estando cerca de la esquina : no he de entrar de rondón a pedirla, así, de buenas a primeras ! Necesito un pretexto... Además, deseo tratarla, conocerla a fondo... I despues de un momento de vacilacion, pasó precipitadamente el puentecillo de piedra i se entró sin mas cumplimientos al castillo de su dama.

Aquella era por entónces una impertinencia en casa de

Vásquez, que de algun tiempo atras vivia encerrado i no permitia que nadie lo viese pintar.

— Cosa estravagante ! dije interrumpiendo a mi interlocutor.

— Ciertamente, era un capricho raro, pero verá usted la causa de que provino. Vásquez habia hecho un contrato con los Padres de Santo Domingo para pintar todos los cuadros de la vida del Santo que debian decorar los claustros, despues de haber ejecutado los que se hallan en la sala que llaman *de profundis*, algunos de los cuales son mui admirados. Luego que hubo concluido dos o tres de aquellos, que usted habrá visto muchas veces, llegóse a los padres un jóven discipulo de Vásquez, que habia hecho grandes progresos en el arte, pero cuyo nombre no ha pasado a la posteridad, en justo castigo de su felonía, i les ofreció hacer él la obra por un precio mui inferior. Los benditos relijiosos, sea por el cebo del ahorro, sea porque estaban disgustados con el carácter un tanto estravagante del maestro, sea, en fin, por falta de gusto, buscaron un pretexto para rescindir su antiguo contrato, i celebraron uno nuevo con el otro. Profundamente afectado Vásquez por esta accion indigna, juró (i lo cumplió) no volver a enseñar a nadie, ni permitir que persona alguna lo viese pintar. Esta era la causa de su obstinado encierro.

Pero aquel dia estaba de mejor humor para recibir, i apenas se hizo anunciar nuestro enamorado mancebo, cuando fué introducido a una pieza contigua al taller del maestro, i a poco rato apareció este. Despues de los saludos i preguntas usuales, díjole aquel que el objeto que le llevaba era el de proponerle que tuviese la bondad de hacerle su retrato. La contestacion de Vásquez fué cortés pero seca :

— Yo no hago retratos.

— Sinembargo.... una excepcion.... repuso el jóven sin desconcertarse, pues era solo un pretexto.

— No he hecho en mi vida sino uno solo : el mio !... i eso le he pintado de espaldas, seguro de que si lo hubiera hecho de frente, por la semejanza de la cara nadie me habria reconocido. (\*)

— ¿ Con que no querría usted hacer un ensayo... ?

— Es inútil : creo que no conseguiríamos nada ni usted ni yo.

Despues de algunas preguntas indiferentes, i medias palabras sin objeto, despidióse nuestro amigo, perdida ya la esperanza de un buen resultado ; pero por fortuna o por desgracia, Ines se hallaba a la sazón en el taller preparando unos lienzos, i al traves de un biombo pudo reconocer al jóven que casi diariamente veia en misa, i cuya figura le interesaba, sin poderse dar cuenta ella misma de si era por su porte jentil i dulce fisonomía o por las miradas furtivas i apasionadas que de vez en cuando la dirijia. Sea lo uno o lo otro, o sean ambas cosas, que es lo mas probable, lo cierto es que cuando oyó el sonido agradable de su voz i vió sus maneras finas i atractivas, aquel naciente interes subió de punto, i sintió en la mitad de su alma que el incidente del retrato hubiese tenido tan mal éxito.

Pensó el jóven que a falta de un retrato, cualquiera otra pintura pudiera servirle de pretexto para introducirse en la casa, i repitió su visita ; pero ni el maestro estuvo visible durante muchos dias, ni tampoco se halló en disposicion de

---

(\*) Esto es histórico : Vásquez se retrató a sí mismo, a caballo, en una cacería, diversion a que era mui afecto ; pero se pintó de espaldas. Este pequeño cuadro estaba en poder del señor Luis García Evia, hace algunos años.

servirle, pretextando para ello muchas i urjentes obras que tenia entre manos.

Triste i descorazonado el burlado pretendiente, continuó en su sistema de ocurrir a la iglesia a la hora en que Ines acostumbraba presentarse acompañada de su padre o de una criada ; i no contento con esto, algunos dias, entre cinco i seis de la tarde, entraba al convento, i colocándose en la celosía del antecoro, que, como usted recordará mui bien, da frente por frente a los balcones de la casa, acechaba desde allí la ocasion de ver a la señora de sus pensamientos.

Esta escena se repitió durante algunos meses, i mas de una vez sucedió que los padres al entrar a coro hallasen el centinela de pié firme, sin poder adivinar el objeto de su constancia. No es extraño que esta observacion hiciese nacer conjeturas i aun sospechas, que, llevadas en alas del celo i buena amistad al vecino inquilino, hicieran que a poco tiempo se cerrasen herméticamente los bastidores de museлина de los balcones, que entónces los vidrios eran desconocidos o mui raros en esta ciudad. Pero esta medida de precaucion no llegó tan a tiempo que pudiera impedir la conclusion de la obra que la artista Ines habia empezado con no pocos sustos i trabajos, i en fuerza de la compasion que le habia inspirado el deseo no satisfecho de su amante.

— Pues qué ! tal vez el retrato... exclamé, interrumpiendo la narracion.

— Aguarde usted un momento. Una de las obras que ejecutaba Vásquez en esos dias era un San Agustin que le habia encargado un relijioso del mismo convento ; luego que lo hubo concluido lo enrolló cuidadosamente en un papel, i no pudiendo ir personalmente al convento porque un grave achaque lo habia postrado en cama, dijo a Ines : toma este

lienzo i enviálo hoi mismo al Padre Andres de San Nicolas. Un rayo de luz vino a iluminar a la cuitada pintora que se devanaba inútilmente los sesos pensando cómo haria llegar su obra a manos del asendereado jóven. Tomó inmediatamente el retrato que ella misma habia hecho con sus manos, en los ratos en que su padre se ausentaba de casa, i que tenia oculto cuidadosamente, i cuando alcanzó a columbrar por entre los agujeros de la importuna celosía, que el jóven estaba ya en el sitio acostumbrado, enrollándolo tambien en un papel, dijo a la criada : toma estos dos rollos i llévalos al convento ; llama al lego portero i dile que mi padre envía este al R. P. Andres, i este otro, que está atado con una cinta, a un sujeto que sabe está en este momento en el antecoro confesándose, i a quien no lo puede entregar personalmente por hallarse enfermo ; i que espera le dispense el modo irregular de harcerlo, en atencion a la urjencia de que lo reciba.

Segun costumbre infalible de las mujeres, sobre todo en casos delicados, repitió Ines una i otra vez el recado a la criada ; pero de nada le sirvió esta precaucion, pues su mala estrella quiso que, o bien la criada o bien el lego, cambiasen los frenos, yendo a dar el grande Agustino a manos del amartelado caballero, i el retrato de este a las del bendito relijioso...

Como la sirvienta tenia órden de aguardar la noticia del resultado en la portería, el lego volvió con el rollo del retrato, diciendo de parte del Padre, que sin duda el señor Vásquez habia padecido una equivocacion , enviándole aquella pintura. A la sazón llegaba tambien el otro a la portería en busca del lego, i sería en vano pretender describir la escena de turbacion i de pasmo que allí pasó entre aquellos tres personajes heterojéneos. Oyendo el jóven hablar

de equivocacion, i viendo en manos del lego el otro lienzo, echó mano de él i desenrollándolo precipitadamente vió sorprendido su propia imájen, llena de vida i animacion. Apenas podia dar crédito a sus propios ojos, i por un momento pensó que era el juguete de una vana ilusion. Despejóse, en fin, en parte la oscuridad de aquel misterio con las esplicaciones que la criada balbuciente dió, i nuestro jóven, loco de alegría i lleno de gratitud ácia el buen Vásquez, que así habia querido darle una sorpresa, voló a su casa, atravesando de un salto la calle, i llevándose por delante a la criada, que en su afan habia dejado caer el rebozo, i ostentaba su jubon de florones i su larga i robusta trenza, a la manera de una figura chinesca.

Juntos entraron; pero el jóven que ya sabia el camino se adelantó, i al llamar al taller, que comunicaba con la alcoba donde estaba el pintor, se halló de manos a boca con Ines que salia con los restos de una enorme jícara de chocolate que acababa de despachar el enfermo. La mujer de Loth cuando, volviendo los ojos a la ciudad maldita, quedó convertida en estatua de sal, conservó mas vida que Ines cuando vió a su amante presentarse, como una aparicion, con el lienzo del retrato en la mano. Era la estatua de Hebé, sosteniendo con dos dedos el *pozuelo* de loza de Talavera.

El murmullo inusitado que la entrada del mozo con la criada habia hecho, i el del habla estraña que percibia Vásquez en la sala, hicieron que este llamase a Ines, la cual, saliendo de su estupor para caer en una mayor ansiedad, respondió a su padre con palabras cortadas. Las instancias del jóven para ver al artista, la turbacion i desconcierto de Ines, i la terceria que en esta escena vino a hacer la criada, dando al enfermo confusa noticia de lo ocurrido, decidieron a este

a hacer entrar en su aposento al jóven para aclarar el enredo.

— Amigo mio, dijo este lleno de gozo al entrar, no tengo palabras con que espresar a usted mi profunda gratitud por su bondad. Con que me reservaba usted tan agradable sorpresa...!

— Pero qué sorpresa! replicó Vásquez : no sé de que me habla usted, señor mio.

— Pues la que usted acaba de darme...

— ¡Qué mas sorpresa que la que usted me da a mí, que ignoro absolutamente...!

— Cómo! pues aquí está el retrato que yo habia pedido a usted i que usted ha tenido la jenerosidad de enviarme.

La pobre niña, que, cándida i sencilla, no pudo prever las consecuencias de su loca indiscrecion, hubo de salirse del aposento, para caer sin sentido en la pieza inmediata, a tiempo que el Padre Andres, que, como relijioso i amigo de la casa, tenia entrada franca en ella a todas horas, llegaba tambien con su embajada en solicitud de Vásquez. Traia igualmente su pintura, i venia a saber el oríjen del gracioso *quid pro quo*.

Nueva escena de sorpresa i admiracion viendo a Ives tendida en el sitial de su padre sin conocimiento ; creyendo el buen fraile que algun grave insulto habia atacado a Vásquez, corrió a la alcoba donde lo halló incorporado en la cama con su gran gorro blanco, i hablando con el jóven. Callaron ámbos al entrar el nuevo interlocutor, i como los temores de este habian desaparecido al ver tan entero al enfermo, conversando en alta voz con el médico, que tal creyó al héroe de esta historia, entabló la conversacion por su parte.

— Con que señor Don Gregorio, dijo : ¿ qué error fué el

suyo enviándome una pintura profana en vez de la que yo le habia pedido ?

— Otra te pego ! replicó Vásquez ; en la misma aclaracion estábamos aquí con el señor.

— Le aseguro a usted que nunca habia visto a mi padre San Agustin con bigote i pera, i con todos los arreos de un caballero del siglo ; a no ser que usted quisiera pintarlo ántes de su conversion.

— Ni yo me habia visto con hábitos en mi vida, añadió festivamente el jóven.

— Pero, señores, entendámonos, dijo el pintor : hai aquí un misterio que no puedo descifrar. ¿ De dónde ha salido este retrato ? Yo no lo he hecho, lo aseguro a fé de hombre honrado, ni ménos he podido enviarlo a este señor, a quien apenas conozco de vista. Es preciso que este lance de comedia tenga su desenlace.

Tan aturdido el fraile como el jóven i el pintor, no sabian ninguno de ellos qué pensar de tan estraña aventura, hasta que, vuelta en sí la niña del síncope que la habia acometido, i viéndose perdida sin remedio, sacó fuerzas de flaqueza i corrió a arrojarse a los piés de su padre bañando sus manos con copiosas lágrimas. Refirióle en doblones lo que habia pasado, i cómo su imprudencia, aunque inocente, la habia comprometido. Puso a Dios por testigo de que ninguna liviandad ni mala intencion la habian movido a hacer aquello de que tanto se arrepentia ahora, i que solo un sentimiento desinteresado de compasion por aquel jóven la habia obligado a emprender en secreto el ensayo de su retrato. Esta confesion, hecha con la mayor injenuidad i candor, las lágrimas de su hija, la sincera esposicion del jóven, que confesó su aficion honesta, i últimamente la intercesion del

padre Andres que era de un natural humano, blando i compasivo, i que entreveia en todo esto la posibilidad de fomentar un enlace para la hija de su amigo, hicieron calmar la tempestad en el ánimo del atribulado anciano. Con mano temblorosa tomó la de Ines i, levantándola del suelo, la dijo conmovido :

— Has errado, hija mia. Dios te perdone como yo te perdono. La fragilidad es la herencia humana ; pero si por desgracia esta falta hubiera empañado la única que yo puedo dejarte, que es la honra i buen nombre , en vez de perdonarte... no sé si te maldeciria !...

l volviéndose al jóven, le dijo :

— Quiero ser mes noble i jeneroso que vuesa merced, señor mio, que así ha turbado por un momento la paz de una familia honrada i la tranquilidad de mi humilde taller. Tome vuesa merced ese lienzo ; su propia imájen en él pintada le recordará ese desacierto de que ya estará arrepentido. Pero una condicion pongo a esta donacion, por todo precio del trabajo de mi hija, i es que vuesa merced no la vuelva a ver, ni a ella ni a mí, en los dias de su vida, i que si es possible, ponga entre los tres muchas leguas de tierra — Si no aceptara ni una ni otra cosa, seria esta la señal de guerra, i ya sé con qué enemigo tendré que habérmelas.

Confundido el jóven i con la frente inclinada, vaciló por largo rato sobre el partido que debia tomar. Tan pronto le venian ímpetus de arrojarse a les piés de aquel hombre i ablandar sus entrañas para que le concediese la mano de su hija ; tan pronto su vano orgullo ofendido se rebelaba contra esta idea ; hasta que en uno de aquellos momentos de clara prevision que ocurren en los lances estremos, aceptó la condicion i el retrato. Era, en efecto, mera cuestion de

tiempo, i no le parecia aquella la ocasion mas propicia para insistir en un proyecto que mas tarde podia realizar. Ademas queria conservar a todo trance aquella obra de su Ines, que no habria dado por todo el oro del mundo, pues rehusándola entónces quizá la perderia para siempre.

Terminóse con esto la conferencia, i algo entrada ya la noche salió el jóven con el corazon oprimido, despues de estrechar la mano de Vásquez, i de decir con los ojos un adios, tal vez eterno, a la jenerosa doncella, que, perdido el aliento, cayó de nuevo a los piés de la cama de su padre.

Parece hoi fabulosa, o por lo ménos mui exajerada, esa probidad de nuestros mayores, para quienes el cumplimiento de una simple promesa era lo mas sagrado del mundo. Esa buena fe proverbial entónces, ese respeto relijioso a la palabra dada o recibida, era en los siglos llamados de la barbarie i del oscurantismo, tan jeneral, tan popular, digámoslo así, como lo son ahora el dolo i la falsia en casi todos los negocios de la vida.

Nuestros padres llamaban al pan pan i al vino vino : nosotros, los hijos de este siglo de luces, llamamos pan al afrecho i vino al vinagre, i se hace tan notable i escéntrico el hombre leal i de sano proceder, que casi puede decirse que la sancion pública lo condena, como al justo Aristides, por ser demasiado justo. Todos decimos como decian nuestros antepasados : “mi palabra vale mas que una escritura ;” pero los que nos oyen se sonrien, sabiendo el valor que deben dar a esta fórmula jactanciosa. Podrá llamarse esta con razon la edad *del oro*, mas de ninguna manera la edad *de oro* en materias de probidad i de honradez acrisoladas al estilo rancio de los siglos pasados.

No es, pues, estraño, que el protagonista de esta verídica

historia, ligado espontáneamente por una tácita promesa, resolviese cumplirla a todo trance. Prendado mas que nunca de la fineza i trazas cariñosas de la bella Ines, i maravillado por otra parte del desabrimiento de su padre, fluctuó en su interior por algunos dias ; pero al fin, echando el pecho al agua, arregló sus negocios i partió de Santafé, con ánimo determinado de retirarse a lejanas provincias, miéntras algun vaiven de su ingrata suerte lo condujese de nuevo a sus lares. Partido mui cuerdo a la verdad, porque (lo que él decia) ¿ qué adelanto yo con andar como fujitivo en mi propia casa, esquivando las ocasiones de verla, atormentado por la idea de su mismo amor, i por las ansias de una situacion violenta para ella i para mí ? Que yo no he de solicitarla ni aun verla siquiera, es cosa clara ! ya lo he prometido al aceptar el retrato... Que ella, en la apariencia por lo ménos, me ha de mirar con desvío, quién lo duda ! Vamos ! no hai remedio ! Es preciso abandonarla... pobrecilla !... I mirando el retrato lo besaba, los ojos cuajados de lágrimas.

Presentósele a la sazón una coyuntura mui favorable para realizar su proyecto en mayor escala. El Presidente don Diego del Corro i Carrascal, sucesor del famoso Egües de Beaumont, que tantos bienes hizo a la ciudad de Santafé, entre ellos la construccion de los puentes de San Francisco i San Agustin i el puente Grande sobre el rio Bogotá, habiendo terminado su corto período de mando por promoción a la Presidencia de Quito, debia trasladarse a aquella capital. Presentóse nuestro jóven resueltamente al ex-Presidente, i le dijo cómo en la ciudad de Quito (i así era la verdad) tenia algunos intereses de familia i ciertos negocios abandonados que le importaba arreglar, i que, deseando aprovechar la compañía, i aun el influjo de tan distinguido sujeto, se le ofrecia,

sin gravámen , para lo que pudiera ocurrírsele en su largo viaje, ya como secretario privado, ya en cualquiera otro destino honroso. El buen don Diego le cobró aficion al mozo, i prendado de sus buenas maneras, le ofreció recibirlo en su comitiva, para llevarlo hasta Quito, i en efecto cumplió su promesa.

Partió, pues, nuestro amigo, no sin despedirse con hondos suspiros de la ciudad nativa i de la casa que tanto amaba, i llevando consigo, como el padre de Eneas llevaba sus ídolos, aquel lienzo , muda pero elocuente prenda del afecto de Ines.

A los dias serenos i tranquilos de esta, pasados en moler colores, en preparar lienzos , en diseñar cartones para las obras de su padre, habia sucedido la época breve i un tanto turbulenta de sus primeros i últimos amores ; con el haz de pinceles en la mano divertia la vista, distraida i risueña en la abigarrada paleta, i de entre sus mil colores matizados veia brotar las ilusiones i los sueños en que su alma se estasiaba. Eran las mismas indefinibles emociones que se experimentan al contemplar en una hermosa tarde las nubes doradas que bordan el flavo horizonte, barrera tan engañosa como frágil. Al verla empuñando la larga i lijera caña i la gran paleta de madera de cedro, un poeta antiguo la habria llamado nueva Minerva armada con la lanza i el escudo, hija del Júpiter de las artes granadinas. Pero aun eran mas tristes i angustiosos los dias que le reservaba su adversa fortuna. Estos sufrimientos amargos, que aceptaba con resignacion cristiana, fueron coronados por la mayor de las desdichas que pueden agobiar el corazon de un hijo. El que no ha perdido a sus padres, el que no ha recibido aún su bendicion postrera i recojido su último aliento, dándoles la mano para bajar a la

tumba, ese no puede comprender la desgracia de Ines.

Los achaques del pintor poeta se aumentaban dia por dia, i presintiendo tal vez su fin cercano, dióse priesa a concluir el cuadro de la *Concepcion* que usted habrá visto en la iglesia de la Candelaria, en la nave de la izquierda.

— En efecto, allí lo he visto varias veces, contesté a mi amigo.

— Pues bien, concluida esta obra, en que se retrata todo el sentimiento poético de su autor, fué colocada en el altar que le estaba destinado. Era probablemente un voto o devoción de Vásquez, porque el dia de la colocacion, que fué el 8 de diciembre de 1710, se hizo la ceremonia con gran solemnidad, cantándose una misa que él mismo costeó. Preparada de antemano su conciencia, recibió aquel mismo dia los sacramentos en compañía de su hija, con toda la unción edificante del que no esperaba recibirlos ya mas en este mundo, i de allí se retiró a su casa, de donde no volvió a salir sino para la última morada. Ocho dias despues, agobiado por un nuevo ataque de su enfermedad habitual, espiró rodeado de muchos amigos i de algunos de los vecinos religiosos.

La noticia del fallecimiento de Vásquez no podia ser en aquella época de grande interes fuera de la capital de la Presidencia. Sabido es que entónces no habia un sistema de correos regularmente organizado, i las jentes de negocios se valian ordinariamente de los viajeros para que les condujesen las mui raras cartas que tenian que escribir. Esta costumbre de *aprovechar una ocasion* subsistió despues hasta el tiempo de la República, i no hace muchos años que para escribir a Europa, i aun a la Costa, se aguardaba la oportunidad de que alguno se marchase para recomendarle una carta. No ha

sido sino en estos últimos treinta años que nuestros compatriotas han abandonado tan ridícula costumbre, i se han habituado ya a enviar su correspondencia por el correo i a pagar el porte. El mismo correo de la Península no venia a la colonia sino cada seis meses, i era ese un acontecimiento tan notable, que el dia de su llegada a Santafé se echaban a vuelo todas las campanas, particularmente si traian la noticia de que la importante salud de sus majestades se conservaba inalterable. Si era el nombramiento de algun correjidor, oidor o alcade de casa i corte, los noticieros vagamundos tenian en qué ocuparse, i si era la provision de la Presidencia o de la sede vacante, esta noticia, como si fuera un temblor de tierra, hacia salir a todos los habitantes de sus casas, i durante quince dias no se hablaba de otra casa en la ciudad. En cuanto a la prensa periódica, escusado es decir que en aquellos tiempos era tan poco conocida en la tierra granadina, como lo son ahora los telégrafos eléctricos. Sabido es que hasta fines del siglo siguiente, no se trajo a Santafé la primera imprenta, i que hasta esa época i principios del siguiente no floreció en sus primeros albores el periodismo.

Así, pues, las noticias de algun interes no se sabian en los pueblos distantes sino tarde, mal i a veces nunca, i por consiguiente no es extraño que la nueva de la pérdida del primer pintor americano no llegase a oidos del amante de Ines sino despues de mucho tiempo de ocurrida, i cuando, de regreso de algunas incursiones al interior de comarcas lejanas, llegó a la ciudad de Ibarra.

Al saber este suceso, triste i alegre para él a un mismo tiempo, se dió priesa a arreglar sus no mui bien parados negocios, i a poco emprendió su regreso a Santafé, a donde

llegó lleno de ajitacion, de ansiedad e incertidumbre, fluctuando entre la esperanza i el temor, i combatido su ánimo por secretos presentimientos.

Lo ligaba, es verdad, una promesa, si no esplicita i terminante, por lo ménos bastante clara i formal para reputarla como sagrada; promesa que por nada en el mundo hubiera violado jamas; pero una cuestion mui natural ocurría a su pensamiento: muerto aquel a quien habia hecho esa promesa tácita, i de cuyas manos habia aceptado el retrato en prueba de aquiescencia ¿continuaría ligado por ella? El compromiso de no volver a ver a la dulce pintura ¿no habria cesado desde el momento en que ella habia quedado libre i dueño absoluto de su voluntad? La conciencia mas estrecha i severa no vacilaría en fallar por la rescision de aquella especie de contrato, en que debian suponerse ciertas reservas permitidas a un hombre honrado.

Así que, espoleando siempre su cabalgadura el impaciente jóven, contaba, no ya las leguas sino los pasos que andaba, i la multitud de pensamientos, de combinaciones i proyectos que sin cesar traian ocupada su imaginacion, no eran parte a hacerle parecer mas breve el camino que recorria ni el tiempo que en ello empleaba.

Pero en veinte meses de ausencia; cuántas cosas habian sucedido! ¿Qué tropel de desgracias i acontecimientos inesperados, imprevistos, si es que en esta vida puede haber alguna cosa inesperada e imprevista!

El pintor habia muerto poco tiempo despues de su salida, Ines habia quedado sola en el mundo, reducida a los escasísimos medios de subsistencia que le proporcionaban, no soló los santos del cielo, sino los que a la lijera pintaba en tabla o lienzo, i que enviaba a vender por las calles con un chico

que en este mismo oficio habia servido largo tiempo a Vásquez. Sin mas herencia que su arte, sin mas dote que su virtud, sin mas compañía que su criada o dueña, fiel tipo de las criadas de aquel tiempo, reducida a habitar en una casilla estrechísima, Ines se consumia en la tristeza i el fastidio, agravándose su situacion por el tenaz recuerdo de un amor desgraciado. Descubria mui en lontananza, es verdad, las vislumbres de una esperanza incierta ; pero el tiempo corria, la estrechez aumentaba , i las noticias de un hombre cuya posicion para con ella no habia quedado bien definida, se hacian desear en vano, hora por hora, dia por dia, año por año.

Todo este cúmulo de contrariedades, enemigas de su reposo, fueron labrando sordamente su salud, i del espíritu enfermo pasó el contagio al cuerpo, predisponiéndolo a sucumbir a cualquiera leve enfermedad. Así sucedió en efecto, invadida la ciudad por una de aquellas terribles epidemias que de vez en cuando la han azotado cruelmente, sucumbieron entónces a la pestilente influencia gran número de personas principales, siendo una de las desgraciadas victimas, a la edad de solo 22 años, la modesta i sensible hija de Vásquez, hija única i lejitima del eminente artista. Enflaquecida i débil, como ya he dicho, agobiado su espíritu por tantos sufrimientos, no pudo resistir a los estragos del contagio, sino el tiempo necesario para recibir los auxilios de la relijion i para encomendar a su leal amiga i compañera la manda de sus últimos suspiros, sin decir a quién iban dirigidos.

Escusado seria pintar el dolor i desesperacion que se apoderaron del atribulado jóven a la nueva de tantos i tan desastrosos acontecimientos. Aturdido en un principio por

la violencia del golpe, no dió rienda a sus sollozos sino cuando, repuesto de la sorpresa, vió toda la realidad de su desgracia. En los caracteres nobles i perseverantes no debe confundirse la resignacion con el olvido ; i en nuestro amigo, apasionado i caballeroso por demas, esa resignacion fué tardía e incompleta, segun lo demostró en el curso de los años que sobrevivió al objeto de su amor.

A su regreso a la capital vivió triste i separado de toda sociedad ; de accesible i franco que le habian conocido sus amigos, se tornó en misántropo i uraño, con no poca sorpresa de los que ignoraban la causa de tan repentina variacion. Sus negocios iban de mal en peor, i el éxito poco favorable que tuvieron sus dilijencias en Quito, confiadas despues a un agente infiel, todo ello vino a reagrar de tal modo su situacion ya desesperante, que en un dia de aburrimiento i dolor resolvió separarse para siempre del mundo, i buscar un asilo contra sus decepciones.

## II.

Iba a continuar mi amigo su interesante relacion cuando de improviso vino a interrumpir nuestra sabrosa plática, i como a tomar parte en ella, un huésped alado cuya importunidad le perdonámos de buena voluntad en gracia del placer que al oirlo experimentámos. Era una mirla blanca que posándose casi sobre nuestras cabezas, i meciéndose en una rama como en blanda hamaca, vuelta la cara al sol que ya se escondia, entonó un solo de trinos i gorjeos, tan caprichosos e inciertos en su tono como en su medida : sinfonia del cielo que

nos advertía que la oracion de la tarde es un deber aun para los seres inferiores de la creacion. A veces acompañaba su dulce canto con el movimiento de las alas, a semejanza de aquellas jentiles bailarinas andaluzas que, empuñando el sonoro crótalo, repican i mueven los brazos con un garbo i donaire que solo ellas poseen i que caracteriza esa raza feliz i privilegiada. En ocasiones suspendia por unos momentos sus notas indefinibles i permanecia en silencio, como estudiando nuevos cantos, i volvía de nuevo al ritornello con mayor entusiasmo. Figurábanseme estas intermitencias a los calderones o pausas en que los músicos callan para contar varios compases.

Aquel canto delicioso, i las escenas de la vida de los claustros que me habia referido mi buen amigo, me trajeron a la memoria el cuento vulgar de cierto lego que oyendo cantar en el jardin de su convento un pajarillo, se quedó estasiado en la meditacion, i allí permaneció muchos años, que le parecieron breves momentos; i dije para mí, si el caso fué cierto, no hai duda que este pájaro que vino a dar al lego una idea de la eternidad i de la gloria era una mirla blanca.

Por poco no nos sucede lo mismo a mi compañero i a mí, que embebecidos i con la boca abierta, oíamos todavía las suaves modulaciones, aun despues de habernos abandonado nuestro nuevo interlocutor, lanzándose en el aire tan rápido como una flecha.

Permanecimos en silencio un buen espacio, i como entregados, a pesar nuestro, a la contemplacion de la escena vespertina que habia venido a animar la cantora del Desierto, hasta que, anudando el anciano su relacion, continuó pintándome las ansias del amante jóven, su desesperacion, el vacío que lo rodeaba por todas partes, i la sequedad de su

corazon desde que el rocío de la esperanza i de la ilusion que lo mantenía fresco, se había evaporado con la muerte de la única mujer a quien lo había entregado.

Describía al mismo tiempo con rostro animado la desolacion de la ciudad por consecuencia de los estragos de la peste; el abandono de las casas, la consternacion de los habitantes, que por aquel tiempo no dejaban de ascender a cerca de 20,000 entre criollos i españoles, el luto jeneral, las rogativas i penitencias públicas que se impuso la poblacion, i en fin, todo aquel gran cuadro de una desgracia inmensa i lamentable. Contóme cómo la antigua casa de Vásquez, abandonada también desde su muerte, permanecía cerrada i desierta, pues en aquella época no eran tan escasas como hoi, ni tenían tanta demanda, las viviendas de alguna cuantía i las casas de buena apariencia. Díjome, golpeando con su baston sobre una piedra, cómo el desventurado amante, dando rienda suelta a su dolor, i perdido todo miramiento, llamaba desatentado a la puerta de aquella casa, ántes para él tan alegre i prometiente; i que llegando casi hasta la insensatez, solicitó i obtuvo las llaves, i entrando en ella, se encerró por dentro i recorria a grandes pasos todas las habitaciones donde Ines i su padre estaban de ordinario en otro tiempo; aquel taller de donde habían salido tantas obras maestras, entónces desierto i habitado solo por las ratas; aquellas antecámaras mudas i silenciosas; aquel patio cubierto de brezo i ortigas, donde no resonaba ya sino el triste canto de alguna rana solitaria. I que por último, sin poder contenerse, a semejanza de aquel viajero que visitando las Termópilas, subido sobre una roca, llamaba a grito herido al inmortal Leonidas i a sus valientes compañeros, nuestro incógnito amigo llamaba también a Ines i a su viejo

padre en alta voz. Acercándose otras veces a los balcones miraba en melancólica contemplacion el lugar en que su amada habia delineado sus facciones, i tocaba con las manos contraidas las manchas de color que los pinceles de los dos artistas habian dejado en las puertas i paredes del taller, como otras tantas inscripciones elocuentes de la fragilidad de las cosas humanas.

Un amante formado en la escuela de las novelas o melodramas modernos, continuó mi interlocutor, i tan sensible i estremado en su pasiones como era este, habria puesto fin a sus padecimientos con un suicidio ; pero no era ese el término que el amante de Ines debia buscar a su desdicha. Piadoso por organizacion, aleccionado desde sus primeros años con la suave doctrina del Evangelio, hijo de padres timoratos, i dotado de un espíritu recto i de un corazon sano, su heroicidad i abnegacion debian tener un carácter mas sublime, i salir de los límites de la vulgaridad en que incurren los réprobos suicidas.

Asi pues, tomada su resolucion irrevocable, despues de haberlo pensado detenidamente ; arreglados lo mejor que pudo sus negocios temporales ; sin comunicar nada de sus proyectos a los parientes lejanos con quienes vivia, pues sus padres habian muerto, siendo él todavía mui jóven, encaminóse una tarde con paso lento al consabido convento de la Candelaria, de tan gratos recuerdos para él, i al punto en que las campanas daban el toque de oraciones, entraba por la portería nuestro jóven meditabundo, i allí se detuvo como para lanzar la postrer mirada a la vecina casa, testigo de su desgracia.

Al llegar a este punto oimos distintamente la lejana vibracion de unas campanas : era el mismo toque de oraciones

que de la distante iglesia del Desierto nos traía el viento de la tarde. Por un movimiento involuntario nos pusimos de pié simultáneamente i, descubriendo la cabeza, permanecimos algunos segundos en profundo silencio. Esas voces pausadas i solemnes de la campana mayor eran para nosotros el toque de fajina, i un aviso de que debíamos suspender nuestra historia i retirarnos, pues el sol estaba ya debajo del horizonte i la noche se acercaba mas que de paso.

— Se levanta la sesion, dijo mi amigo, para continuarla mañana a la misma hora.

— Convenido, dije, i yo tendré cuidado de hacer esta noche la minuta del acta. Pero dígame usted ¿no podré saber al fin el nombre de este incógnito amante que tanto me interesa?

— Debo callarlo, replicó, por respeto a algunas personas que llevan su apellido i que probablemente son de su misma parentela; pero si usted quiere, podremos llamarlo en adelante por su nombre de pila que era Guillen, con o sin el *don* correspondiente, que nada hace a esta relacion esa especie de apéndice inevitable en toda persona no reputada en aquellos tiempos por plebeya o de baja estraccion.

— Que me place! dije, porque al fin tendremos, usted un descanso i alivio natural para su relacion, cuyo desenlace ya preveo, i yo una palabra en que personificar este ideal vago i vaporoso, un sonido articulado que sirva como de foco de mis impresiones i reciba mis simpatías.

Asi continuó nuestra conversacion hasta llegar a un paraje en que se oía ya mui cercano el murmullo del rio i se hacia mas espesa i abundante la vejetacion que borda sus orillas. En uno de aquellos bosquecillos formados al rededor de un coposo *muelle* i dos o tres sáuces llorones, se presentó de nuevo nuestra melodiosa cantora, que parecia seguirnos

de léjos i espiar nuestros pasos. A lo ménos tal lo creí yo ; pero mi compañero me dijo : no solo una de estas cantoras encontraremos en el camino, sino un centenar de ellas, pues abundan tanto aquí como los *copetones* en Bogotá, o los toches en Fusagasugá. En efecto, a medida que descendíamos a la vega, oíamos por todas partes estos conciertos alegres i misteriosos a un mismo tiempo.

Siempre he sido mui afecto al canto de las aves, dije llegando a nuestra posada, pero el predilecto para mí es el de la mirla blanca, o mas propiamente parda : encuentro en él una suavidad, una finura, un no sé qué, que no puedo explicar. El turpial, tan estimado, canta, o mas bien silba, demasiado fuerte, i sostiene siempre esa aspereza natural de su voz, sin modularla ; el toche es algo simple, i sobre todo incapaz de aprender otro canto que el que le enseñaron sus padres ; el canario es dulce i apacible, pero poco variado ; el ruiseñor, vulgarmente llamado *cucarachero*, es sin duda un animalito admirable : ese canto, alegre i bullicioso en medio de las sombras de la noche, es de un jénero tan especial que ninguno otro se le parece. Pero la mirla blanca, cuando ha llegado a su madurez, no tiene rival, a lo ménos en lo que yo conozco. Ella reúne en su voz las bellas cualidades de todos los otros ; ensaya primero sus gorjeos como para buscar el tono conveniente ; canta mui piano, i sus preludios a *sotto voce* parece que tienen por objeto llamar, i prevenir al que ha de oírlos despues. A veces se diria que, temiendo molestar a su dueño, no se atreve a levantar la voz, sino cuando es escitada para ello. Si se le enseña un aire, ella lo modifica mejorándolo ; i en fin, sus cadencias, ya melancólicas, ya alegres, ya pausadas o lijeras, despiertan en el que la oye una idea vaga de cantos desconocidos en un paraíso que solo

se ve en sueños. Tengo para mí que si hai aves de mal agüero, que solo anuncian desgracias, tambien hai otras mensajeras de felicidad. Yo a lo ménos, cuando oigo alguna vez en mi jardin los preludios fujitivos de un ruiseñor que viene a hacerme una visita de pocos segundos, i despues de cantar tres o cuatro veces, mui de priesa, se marcha sin saber con qué destino, siento una emocion que ensancha mi alma i la llena de alegría.

Es tanta mi pasion por esta clase de música que, si usted me lo permite, i mi memoria no me hace quedar mal, voi à recitarle a usted unos versitos, si tales pueden llamarse, que hice en años pasados, i que no tienen otro mérito que el del asunto : se titulan *Mis amores*, i dicen así :

Suspiro noche i dia.  
Suspiro sin cesar,  
Muriéndome de amores,  
Muriéndome de afan.  
De mi ventana enfrente  
Otra ventana está,  
Donde continuo veo  
La tímida beldad,  
Objeto de mis ansias  
I causa de mi mal.  
Oh ! ; quién feliz pudiera  
Alzando el vuelo allá,  
Con amorosa mano  
Su cuello acariciar !  
La dulce prisionera  
Con voz anjelial  
En infantil deleite  
• Siempre cantando está.

¡ Qué trinos ! ¡ qué gorjeos !  
¡ Qué blando modular !  
La renombrada Alboni,  
La Grissi, la Sontag,  
Junto a mi *prima donna*,  
Pudieranse eclipsar.

Apénas de la aurora  
La rubicunda faz  
Por el oriente asoma  
En nubes de coral,  
Mi tierna vecinita,  
En su pasion tenaz,  
Mirando la luz bella,  
Su voz al viento da,  
I con su alegre canto  
Llama a la vecindad.

I cuando el sol hermoso  
Baja al ocaso ya  
Para sumir su disco  
En el lejano mar,  
Mi infatigable amiga,  
Cantando mas i mas,  
Saluda i se despide  
Del dia que se va.

¿ I quiéres saber, Cintia,  
Quién es esa beldad.  
La cándida sirena,  
La maga que falaz  
Embarga mis sentidos  
Que tras ella se van ;  
Que cuando canta encanta

I a mí me hace penar ?

Es... una mirla blanca  
Que tiene don.Pascual  
En la ventana dicha,  
Debajo del alar !.....  
¡ Preciosa cantorquilla !  
Que no puedas trinar  
Como ántes en las selvas  
Donde tu amor está,  
Ni conocer el precio  
Del alma libertad !

Mas eres mi delicia,  
No tornes allá mas !  
Yo aquí seré tu amante,  
Tu amigo el mas leal.  
No cambio, no, por nada  
El placer que me das,  
Canta, canta, vecina,  
No dejes de cantar.

Si es cierto que tu dueño  
Deja la vecindad,  
Como lo dijo anoche  
En casa de Pilar,  
Huye, huye, bien mio,  
De tus prisiones sal,  
I vuela a mi ventana  
Sin tardanza : verás  
Cual te acaricio i mimo  
Con miasas de pan,  
Semillas de mis flores,  
I frutas, i.... andarás

Tan libre por la casa  
Cual solias andar  
Por las floridas vegas  
Picando el arrayan.

No soi adusto i fiero  
Como ese tu Pascual,  
Que así en estrecha jaula  
Te encierra sin piedad.

Ven, ven a mi ventana,  
Ven conmigo a silbar ;  
Yo sé muchas canciones,  
Que repetir podrás,  
Poniendo entre mis labios  
Tu pico de coral.

Mui bien ! me dijo mi amigo cuando concluí la recitacion de mis pobres versos, i me apretó la mano, como para inspirarme cada vez mas confianza. Ya veo que es usted un enamorado de toda cuenta, i un filarmónico destapado. Pero la historia de esos amores está trunca. ¿ En qué paró la bella cantora ?

— Ah ! Señor, dije, es una tragedia lamentable. El buen Pascual, que era algo mas tunante de lo que convenia a su inocente compañera , debió de volver mui tarde a su casa cierta noche, i juzgando piadosamente por los antecedentes que yo tenia, vendria con los aposentos altos ocupados, segun la frase de los capuchinos de marras ; lo cierto es que mi pobre vecinita, aterida por el frio de una de aquellas noches glaciales de diciembre, amaneció emparamada en su jaula, que el bárbaro Pascual habia olvidado de guardar aquella tarde. I aquí me tiene usted, nuevo Guillen, enamorado de mi vecina de enfrente, casi, casi llorando,

cuando al echar ménos su diana a la mañana siguiente, supe que habia pasado a mejor vida, si así puedo esplicarme, pues la que llevaba con su dueño era mui aperreada. A falta de un retrato de mi amiga, quise poseerla, aun despues de muerta, i pedí con instancia su cadáver a Pascual, quien no tuvo dificultad en cedérmelo con la misma frialdad con que un empleado de hospital entrega un muerto a los estudiantes de anatomía para conducirlo al anfiteatro. Recojí aquellos restos queridos, que creia reanimar con el calor de mi seno, i no resolviéndome a darles sepultura, me dí mis trazas de hacer una diseccion, preparando i rellenando el cuerpecito de la cantarina, que quedó intacto i tal como era cuando vivia, i lo coloqué en una caja mui bonita con sus vidrieras, en actitud de gorjear. Oh! si usted viera esta caja que tengo en mi gabinete i que es su mas bello adorno!

— Si usted necesita en la soledad de su viudez un reemplazo vivo i efectivo, yo le ofrezco dos de la mejor calidad, i a manera de empresario de ópera, procuraré que sean soprano i contralto de la mayor fuerza que se conoce.

Acepté tan bondadoso ofrecimiento, dí las gracias por él, i con esto nos despedimos cordialmente con un apretón de manos i un «hasta mañana», al cual nada habia que agregar.

### III.

Con ménos motivos que nuestro pobre Guillen, a quien la fortuna volvió rara vez el rostro afable, todo un virei Solis, rodeado de honores i comodidades, amado del pueblo, halagado con la risueña perspectiva de un porvenir brillante,

paseando una tarde en su carroza se dirigió al convento de San Francisco, i bajando de ella solicitó del Prelado de la comunidad se le admitiese en la religion; lo que al fin obtuvo, a pesar de las muchas reflexiones que se le hicieron para que desistiese de tan inesperado intento, cuya causa determinante ha permanecido oculta hasta el dia. \*

En época mas reciente, añadí yo, el capitán don Anjel Ley, el tipo de los calaveras de buen tono, cuya historia consignó en una bella leyenda nuestro compatriota i distinguido literato Próspero Pereira Gamba, encontrando en sus devaneos i aventuras amorosas el amargo desengaño del mundo i de sus necias vanidades, vistió tambien la cogulla de la misma orden, i cambió, en un momento de arrepentimiento, la vida ajitada i tormentosa de su profesion i estado por la quietud i tranquilidad de la vida del claustro.

Qué extraño es, pues, repuso mi amigo, que un jóven de carácter ardiente i apasionado, de un temple de alma nada comun, i poco dado al bullicio del mundo i a la vida de sociedad, llena de ficciones i de embarazosas contrariedades, buscase tambien, como el ave perdida en el desierto, o como la cierva que persigue el cazador, un refugio seguro contra los males que por todas partes le acosaban, una piscina donde curar las antiguas llagas de su corazon. Aunque jóven todavía, i lleno de esperanzas, segun el lenguaje del mundo, tenia necesidad de buscar un retiro donde el perdon i el olvido viniesen a interponerse entre lo pasado i el porvenir, abriendo al alma rejenerada la puerta de la vida contemplativa, nueva i para él desconocida rejion hasta entónces.

Despues de un detenido i previo estudio que hizo de si

---

(\*) El 26 de febrero de 1761—hoi hace justamente 98 años.

mismo ; pesadas sus fuerzas morales en la balanza de la prudencia i de la prevision ; descritas en el *haber* i en el *debe* del libro de su vida, cuyas cuentas era ya tiempo de balancear para siempre, todas las partidas de vanas i pasajeras satisfacciones, de fugaces placeres, de privaciones futuras, de abnegacion, de contrariedades, i, en fin, de placeres i penas, al estilo *benthuno*, que entónces no habia aparecido todavia para iluminar al mundo, nuestro amigo, como ya lo dijimos ayer, se presentó resuelto i decidido al superior del convento, e imploró la gracia de ser admitido en él como novicio o como simple lego.

Al llegar aquí, llegámos tambien mi compañero i yo al lugar acostumbrado de nuestras pláticas, i sentándonos sobre una piedra, despues de tomar descanso, continuó aquel de esta manera :

Guillen hizo presente al superior, con no poca sorpresa de este, su resolucion irrevocable i su deseo de ser admitido en la comunidad ; i se le dió a conocer, refiriéndole prolijamente todas las circunstancias relativas a su familia, educacion, jénero de vida, aventuras i desgracias que lo habian obligado a dar este paso.

— Nada puedo resolver por mí solo, dijo el superior : el Definitorio, a quien debe hacerse la presentacion, es el que determina sobre la admision o no admision.

— Vuesa paternidad lo vea, replicó Guillen, i haga lo que mejor en talante le viniere ; pero advierta que yo no he de salir de este lugar, sea cual fuere la resolucion que se tome.

— Creo que no se opondrá dificultad ninguna, pues una persona decente i relijiosa no puede dejar de honrar a la comunidad, i al órden entero, tomando su hábito. Hoi mismo haré reunir el Definitorio, i apoyando tan santa peticion,

tendré mui pronto el gusto de dar a usted el abrazo fraternal. I supuesto que su resolucion es no volver a respirar, ni por un momento, el aire del mundo, que disipa las buenas ideas, voi a hacerle preparar por esta noche un alojamiento en el convento.

Despues de haber conversado largo rato en la sala prioral, donde todo lo que veía i oía nuestro amigo no hacia sino afirmarlo mas i mas en su resolucion, salió el padre, dió sus órdenes, i volvió para conducirlo a una celda ocupada anteriormente por un relijioso que pocos dias ántes habia partido para las misiones de Urabá. En esta habitacion, compuesta de dos cuartos no mui espaciosos, habia una mesa, una silla de brazos i un estante con varios libros. Sobre la mesa se veía un Cristo de marfil, obra del escultor santaferoño Juan de Cabrera, que ejecutó las estátuas que están en la fachada de la Catedral, i cuyo nombre se leía en letras embutidas en en la peana negra del Cristo. Habia tambien recado de escribir, i algunos fragmentos de papel, en parte escritos de mano del antiguo habitante de la celda, i en parte blancos.

Instalado el neófito en su celda, despues de dar i recibir las buenas noches de su conductor, que dejó una luz sobre la mesa, púsose a pasear i a meditar sobre su suerte futura, hasta que reparando en los libros tomó uno de ellos, que se titulaba — *Vidas de los Santos*, i sentándose, comenzó a leer. Sea que su ánimo estuviese predispuesto a recibir las impresiones de esta lectura, sea, como él lo creyó, que aquel era un auxilio providencial, por el cual el cielo ponía delante de sus ojos toda la magnífica perspectiva de una vida consagrada a Dios, lo cierto fué que estuvo largo tiempo con el libro en las manos, embebecido en la contemplacion de esos bellos poemas en que la humildad le parecia tan grande, tan fuerte,

que no osaba bajar sus ojos para mirar a los hombres en la tierra tales cuales son. En ellos saboreaba esos piadosos dolores alimentados en el misterio de una celda o en las dudosas sombras de una gruta; esas terribles expiaciones que traen aparejada la satisfaccion de un triunfo sobre sí mismo; esos indecibles consuelos i esa ternura celestial que los solitarios conseguian por premio de su penitencia en el fondo de un espantoso retiro.

Transportado por todas estas emociones, dejó súbitamente el libro sobre la mesa, i tomando la mohosa pluma que estaba en el tintero, escribió en una de aquellas hojas de papel lo siguiente :

“En esta silenciosa i humilde estancia, un hombre lleno todavía de juventud i de vida, se consagra a la oracion i a la meditacion por un juramento solemne e inviolable... Jura, si le es permitido, por el cielo, por la tierra, por la memoria de... sus padres, i de todas las personas que le fueron queridas, no abandonar jamas este asilo, i vivir en él todo el resto de los dias que la Providencia sea servida concederle.”

Al acabar de escribir la última palabra la ya moribunda luz que relampagueaba en el candelero acabó de hundirse, como para confirmar con su voto fatidico el que acababa de hacer nuestro amigo. Todo quedó sumido en las tinieblas i el silencio; pero en aquel momento un rayo de la luna llena que entraba por una ventanilla superior, vino a herir de lleno la imájen agonizante del Crucificado, comunicando a su frente pálida un aire de tristeza singular; probablemente como en el Calvario, en medio de las tinieblas que cubrian el mundo, vino un rayo de luz celestial a iluminar la frente del Redentor, cuando entregaba su espíritu al Padre. Guillen se prostró reverente ante aquella helada imájen del sufrimiento, i

me figuro que le diria : Oh Señor ! que como ofrenda expiatoria, ensangrentado i desnudo, elevais vuestros brazos al cielo ! Yo me consagro a vos desde este instante, i os sacrifico cuanto soi i cuanto tengo. Pero qué es este sacrificio comparado con el que vos hicisteis por mí, hombre extraordinario !...

Así permaneció en oracion largo rato, i concluida esta, se retiró como pudo a pasar el resto de la noche en la humilde cama que en la contigua pieza estaba.

Seria largo para mí referir, i enojoso para usted escuchar, la minuciosa relacion de todo lo que ocurrió despues de aquella noche. Baste decir que al dia siguiente tomó Guillen el hábito i comenzó a ejercer las funciones de su ministerio, consagrándose a los estudios que de él exigia, i que mas tarde habian de ser de grande utilidad al órden i a la humanidad entera.

Pero no era Guillen solo el que habia marcado aquella época notable en los anales del convento, como Solis i Ley en la del órden seráfico : al mismo tiempo que él, i con dias de diferencia, la Candelaria habia abierto sus puertas a un huésped mas distinguido i caracterizado por su posicion social. I este suceso, que, por ser una rara coincidencia, quiero referirle a usted, se enlaza naturalmente con otros incidentes de esta verídica historia, de que ya he hecho mencion.

Separado del mando de la Presidencia del Nuevo Reino, don Diego del Corro, que pasó a Quito en compañía del amante de Ines, fué designado en la Corte para sucederle don Diego de Villalba i Toledo, por influjo del duque de Alba, su pariente cercano. Este sujeto, jeneral de artillería i jentil hombre del príncipe don Juan de Austria, llegó a Santafé

i tomó posesion de su empleo en agosto de 1667 ; pero su conducta no hubo de ser mui arreglada, pues suscitó quejas repetidas a la Corte, con cuyo motivo fué residenciado i suspendido, i él, sea por la vergüenza que esto le ocasionó, sea por arrepentimiento, o por cualquier otro motivo, resolvió retirarse al dicho convento, en donde permaneció hasta su regreso a España en 1677, pobre i octojenario. Todavía volveremos a encontrarle en el curso de esta relacion ; i entretanto hablemos de otro personaje, que, figurando en tercer término, viene a hacer juego en este cuadro, i a representar un papel, que aunque grotesco i ridículo, no deja de servir para un episodio o digresion un tanto divertidos.

El ex-Presidente habia llevado consigo a un andaluz llamado Martin, que habia servido a sus órdenes en la Habana, i al cual habia tomado un cariño entrañable por su jenio alegre, chistosas ocurrencias i carácter sencillote i bonáchon. Muchos años lo habia acompañado i servido, i ya se deja entender que al quedar don Diego depositado en el claustro, a guisa de novia contumaz, no dejaria por puertas al buen Martin. Llevólo en efecto consigo, i allí le servia como de costumbre ; mas a poco tiempo sucedió que, bien hallado con la vida del claustro, i estimulado por los buenos ejemplos que allí veía, entró en tentacion de hacerse el cerquillo i aceptar la pitanza en calidad de lego, que sus estudios i erudicion no alcanzaban para mas. Largo tiempo luchó tambien en su interior, i aun estuvo a pique de abandonar el proyecto, pues conversando un dia familiarmente con un novicio que leía la Biblia, le dijo como por broma :

Ea ! hermano, vamos a ver si usted me saca de ese librote un texto que me convenga, o aunque sea un refran.

El novicio abrió sencillamente por el libro del *Eclesiástico*, i leyó a aquella sentencia que dice : « ¡ Ai del solo ! »

¡ Vamos, exclamó el andaluz, eso quiere decir que yo he de ser fraile de a dos en celda, i que es mejor dejar los hábitos quietos donde están ; que el hábito no hace al monje, i yo puedo ser buen casado, i servir a Dios como él lo manda.

Algo se impresionó con esta casualidad ; pero sea que ya la edad lo llevaba a mal traer, sea por la influencia de las ideas de aquella época, se hizo cada dia mas devoto, i al fin, no esperando volver a su pais, vistió el saco negro, con el consentimiento de don Diego, que se lo otorgó de buen grado, supuesto que habia de continuar sirviéndole como hasta allí.

Algun tiempo despues murió un relijioso, i depositado por la noche en el salon de *profundis*, los conventuales de escaleras abajo estaban obligados, segun la estrecha regla i severa disciplina, a velar el cuerpo por turno hasta el dia siguiente. Bien hubiera querido Martin, pusilánime como era, excusarse de tan ingrata ocupacion, pero la santa obediencia por una parte, i el ejemplo de sus hermanos por otra, lo hicieron sacar fuerzas de flaqueza, i tuvo que quedarse con el muerto desde las dos a los cuatro de la mañana. Con los nervios crispados i todo trémulo rezó algunas oraciones no bien articuladas, i aun intentó rezar el rosario ; pero el sueño, mas poderoso que el miedo en esta vez, lo sorprendió en la cuarta casa, i cerrando los ojos se olvidó de lo que tenia por delante. Sueño era este como el del infeliz que está en capilla : un sopor que se interrumpe al menor ruido. Así fué que a poco rato despertó sobresaltado oyendo cerca de sí, en el asiento donde estaba, un rumor que por el silencio que reinaba tomó proporciones enormes, e inmediatamente sintió que le tiraban de la manga. Tuvo el valor de atribuirlo a su propio miedo ; pero repetida la operacion con mayor fuerza al cabo de un rato, i estando

bien despierto, dió un grito i alzándose los hábitos salió desatentado hasta la portería, donde permaneció acurrucado hasta que al amanecer abrieron la puerta, por la cual se escapó, dejando los hábitos en un rincon.

No volvió a saberse del prófugo hasta el cabo de tres dias en que volvió avergonzado i arrepentido. Averiguado el caso, se supo que el buen apetito que siempre le acompañaba le hacia llevar entre la ancha manga, como en una despensa portátil, algunos mendrugos de pan, queso i otras golosinas, al olor de las cuales, atraidas las ratas que en gran número habitaban en el salon, habian querido violentar al pobre lego con un descaro de que no hai ejemplo en la historia.

Burlándose de Martin un dia el novicio de la Biblia le dijo : *¡ Ai del solo !* i el andaluz le respondió : « mas vale solo que mal acompañado ; i entiéndalo, hermano , como quiera, que tanto lo digo por los muertos como por los vivos. »

## VI.

Todavía nos reiamos del episodio del andaluz Martin, que, por via de digresion, refirió mi amigo, cuando sentímos ruido en la maleza ; i al mismo tiempo pasaron , casi por entre nosotros, dos lindos conejillos que huían o retozaban, i se entraron en la vecina gruta *del eco*, junto a la cual nos hallábamos, como de costumbre. Para dar algun respiro a mi interlocutor en su relacion, le propuse que siguiésemos la pista a estos nuevos huéspedes , para ver si tenian su madriguera en la cueva, i mas bien por satisfacer una curiosidad pueril, que por hacer daño alguno a estos inofensivos

animalitos. Hicimoslo así, i levantándonos, entrámos en la gruta que ya queda descrita ; registrámosla con cuidado, sin hallar nada que nos indicase que aquella era la guarida de los aparecidos conejos ; pero en lugar de lo que buscábamos, dimos con una cosa de mayor estimacion, por lo inesperado del hallazgo. Husmeaba yo todos los huecos formados naturalmente en la roca, a manera de un niño que busca nidos de golondrinas, i metiendo la mano en uno de ellos, que estaba a la altura de mi cara, toqué un papel doblado, que saqué inmediatamente. Desdoblélo, i acercándome a la entrada de la gruta, donde la luz era mas fuerte, ví que habia alguna cosa escrita. Comunicélo, a mi compañero, lleno de sorpresa ; i habiendo salido los dos a la claridad del dia, nos pusimos a descifrar aquellos renglones trazados con lapiz en la vuelta o sobrescrito de una carta, que decia en buena letra « Al señor M... R... Chiquinquirá. » No poco trabajo nos dió esta operacion, pues el tiempo i la humedad habian casi borrado las pálidas letras, escritas, segun se conocia, mui a la lijera, i tal vez sobre alguna escabrosa piedra. Una vez traducido, si puede decirse, aquel escrito autógrafo e inédito, nos convencimos de que algun viajero, que un tiempo no mui distante habia visitado tambien la *gruta del eco*, habia tenido la humorada de escribir unos versos que dejasen memoria de su visita ; i que no pudiendo hacerlo en las paredes de la roca por su desigualdad, a estilo de los que se ven en las ventas i casas de posada, habia recurrido al medio que queda indicado. Los versos, dirigidos al eco, se titulaban, « El eco del Desierto, » i decian así :

Eco triste i solitario  
Que entre las rocas te escondes,  
I a mi voz siempre respondes,

¿ Qué haces mientras te llamo ?

— *Amo !*

En este sitio apartado,  
Sobre esta piedra musgosa,  
Sonó la voz de una hermosa  
Que adoro con frenesí.

— *Sí !...*

Sí ! tus senos desiguales  
Repitieron sus acentos ;  
Mas al darlos a los vientos  
¿ Cuál fué su dulce clamor ?

— *Amor !*

Amor ?

— *Amor !*

— *Cierto ?*

— *Cierto !*

— ¿ I no dijo suspirando  
A quién con afecto blando  
Su corazón destinó ?

— *No !*

— ¿ De su dicho quién ha sido  
Testigo, o de sus pesares ?  
¿ Quién recojió sus cantares  
O quién sus quejas oyó ?

*Yo !...*

¿ Cuál, es entre las zagalas  
Que vienen a esta espesura,  
La de mayor hermosura,  
La mas donosa i mas bella ?

— *Ella !*

¿I qué hace el amor mio,  
Si buscando fresca sombra,  
Se tiende en la verde alfombra,  
A orillas de estas corrientes ?

— *Entes!*

Pues que todo lo repites,  
I eres tan poco discreto,  
Revélame ese secreto ;  
¿Será mi amor infeliz ?

— *Feliz!*

Ah ! yo la amo, i de mi amor  
Te pongo a tí por testigo,  
Oráculo fiel i amigo,  
Díselo, díselo así !....

— *Sí!*

Ni la fecha ni el nombre del que escribió eran lejibles, pues estaban, como ya se ha dicho, borradas varias palabras por la humedad.

Aunque los versos no sean mui buenos, dije yo, i en esto me remitiré en caso necesario a los que entienden la materia, es lástima que el que aquí los dejó escritos no hubiese tenido la ocurrencia de tomar alguna precaucion para salvarlos de la accion destructora del tiempo, pues al fin no puede negarse que son orijinales, aunque de algun amator vulgar que nada veía mas allá de su querida, i a quien nada inspiraban las escenas de la naturaleza campestre. Yo le hubiera aconsejado que hiciese lo que hicimos en cierta ocasion varios calaveras que bajámos al pié de la cascada de Tenquendama, i fué poner sobre una gran piedra, de las muchas que hai allí, una botella corchada, dentro de la cual colocámos una especie

de acta de nuestra atrevida escursión, con la fecha i los nombres de los que habíamos ido, ni mas ni ménos que como se hace en la colocación de la primera piedra de un edificio.

— ¡Qué! dijo mi amigo, no se contentaban ustedes con admirar la estupenda maravilla a la altura del descenso de las aguas? ¡hai quien se atreva a bajar al pié de la cascada?

— Toma! repliqué: no soi yo el único que lo ha hecho; aunque, la verdad sea dicha, no hubiera yo tenido tanto arrojo sin el ejemplo i estímulo de mis compañeros, entre los cuales habia varios extranjeros, empresarios de aventuras, de aquellos que se desviven por romperse las narices, i que no tienen inconveniente en despeñarse para cojer una *orquidea* o atrapar una mariposa, a riesgo de quedar tan *airosos* como el canónigo Claudio Frollo. ¡Cómo se habria reído usted al vernos bajar como arañas, prendidos de un hilo frágil i delgado! Porque ha de saber usted que en mi vida me he visto mas pequeño ni mas semejante a un insecto que vuela en el espacio. Si un filósofo antiguo daba por cierta la metempsícosis o trasmigración, i aseguraba haber sido él mismo en otro tiempo un pajarillo, yo puedo asegurar por mi parte que en aquella ocasión fuí una araña, i casi casi el capitán Araña, segun lo he dicho ya. Toda mi vida me acordaré de esa escena espantosamente horrible, que mas de una vez ha sido el asunto de mis sueños i el argumento de mis pesadillas. Cuando descendíamos por aquel inmenso abismo, sostenidos por cuerdas, no me admiraba yo del héroe de Cervántes, cuyo valor a toda prueba le hizo acometer la empresa de bajar a la cueva de Montesinos, sino de la audacia de nuestro compatriota el presbítero Cuervo, que de un modo semejante descendió al « *Hoyo del aire,* » en la

provincia de Vélez, relacion interesante que habrá visto usted en un cuaderno publicado por él mismo.

Tentado estuve a echar pié atrás cuando me vi en la orilla de la sima, próxima a tragarme, i que como la enorme boca de un boa constrictor, arrojando espuma i envolviéndome en su denso aliento, rujia al mismo tiempo como un leon amenazante. El pavor que se apoderó de los compañeros de Telémaco cuando se acercaban ya al temido Aqueronte, i que los hizo volver la espalda i abandonar a su amigo en la estacada, luchando solo contra el infierno, dejó de ser para mí en aquel instante una fábula, i se convirtió en una espantosa realidad.

Pero si en aquel trance terrible no estuviese uno torturado por la idea de tener que hacer un segundo viaje aéreo para salir a la mansion de los vivos, todo se podria perdonar a la vista de aquel espectáculo magnífico, imponente, aterrador!... Aterrador, sí, porque tal es la impresion que causa ver desplomarse sobre uno, a la altura de cerca de 200 varas granadinas, una enorme masa de agua que, ántes de llegar al fondo, se resuelve en una lluvia copiosa, i cuya caida no permite acercarse al pié de la cascada en un radio de cincuenta varas, a lo ménos sin tomar un baño de cuerpo, de los que en Paris llaman *rusos*.

— Ha hablado usted de la altura del Tequendama, interrumpió mi amigo, dándole cerca de 200 varas; i ya que tocamos este punto desearia yo saber a punto fijo cuál es la medida exacta, pues, segun entiendo, andan discordes las diferentes personas que la han verificado. Es cosa estraña que esta cuestion no se haya aún resuelto de un modo seguro.

— Yo de esto no sé, repliquéle, sino lo que saben todos los

que han leído a Humboldt, a Córdas, Boussingault, Acosta &c; aunque sí debo decir que he tenido cuidado de fijarme mucho en las cifras, conservando en la memoria las varias medidas tomadas por estos señores.

El primero que midió la altura del Salto fué Múti, i sus observaciones se hallaban en los manuscritos depositados en el Observatorio astronómico de Bogotá. Este sabio naturalista le daba 255 varas de altura total.

El segundo de que yo tenga noticia fué don Domingo Esquiaqui, comandante de artillería, que por los años de 1790 se ocupó en esto por órden del virei Ezpeleta. Empleando el método sencillo i seguro de la sondalesa, halló la altura perpendicular de 264,5 varas. (\*)

El baron de Humboldt en 1801 midió también la cascada usando del método, no mui exacto, del descenso de los graves, i le dió 212 varas. En otros manuscritos que dejó en Bogotá, le asigna 220.

Córdas que hizo la operacion repetidas veces, halló que tenia 219 varas.

I últimamente el jeneral Joaquin Acosta, en compañía del baron Gros, (\*) verificaron la medida con sumo cuidado en 1840, i por medio de la sondalesa hallaron 175 varas. El mismo Acosta habia hecho anteriormente, como él mismo lo dice, i usando del descenso de los graves, varias medidas, hallando también 219 varas.

La medida *Acosta-Gros* parece dar muchas garantías ; pero yo, lego como soi, temo que no sea tan exacta como seria de

---

(\*) Estas observaciones se publicaron en el *Papel, periódico de Santafé de Bogotá*, número 88.

(\*) Hoi Embajador de Francia en la China.

desearse, pues ellos hubieron de valerse de un rústico ignorante que ningun interes tenia en esto, para que bajase al pié de la catarata i se asegurase de que la plomada habia llegado al fondo.

Así pues, para no comprometerse en una cuestion *tan profunda*, i adoptando el sistema del *término medio*, que es la mejor sondalesa que se conoce, i el partido mas *grave*; yo me adhiero al *poco mas o ménos*, i digo, *cerca* de 200 varas.

— Ciertamente es lo mejor, agregó mi amigo, pues ese *cerca* quiere decir diez o veinte varas mas o ménos, cifra que nada significa en presencia de aquel abismo.

— En todo esto, como digo, continué yo, me refiero a los sujetos que he nombrado, i a sus escritos. Pero nos hemos desviado mas de 200 varas del asunto que traíamos entre manos. ¿ Cuándo veremos el fin de esta donosa aventura, i daremos remate a esta relacion tantas veces interrumpida, a manera de los cuentos de las Mil i una noches ?

— Hoi mismo, con la ayuda de Dios, o mañana a mas tardar, veremos el desenlace, que en verdad ya puede colejirse fácilmente; i vuelvo a tomar la palabra para continuar. Así lo hizo diciendo :

— Mui poco se conoce el hombre a sí mismo, i nada le aprovechan las lecciones de la esperiencia que le enseña casi siempre con el látigo del desengaño. Esperanzas burladas, proyectos desvanecidos, planes desconcertados, propósitos destruidos, esa es la vida humana, esa la historia de las guerras eternas entre la impotencia i el orgullo del hombre. Una doble resolucion habia formado en su interior nuestro Guillen, al abrazar la vida monacal, con ánimo decidido de cumplirla : era la una, no recibir las órdenes sacerdotales, o por lo ménos rehusarlas hasta donde le fuera posible, por

creerse indigno de ejercer tan alto i delicado ministerio. El carácter del jóven era naturalmente humilde i modesto, i en esta resolucion no habia ni hipocresía, ni debilidad. Era la segunda, no abandonar jamas el convento que lo habia adoptado como a hijo i recibíendolo en su seno como a un huérfano, i vivir i morir en la soledad de su retiro. Pero ni una ni otra cosa vió cumplida nuestro amigo, a quien la Providencia reservaba para mas altos destinos, como lo veremos luego.

Nada de notable ocurrió a Guillen durante el primer año de su nueva residencia; pero sí es digna de referirse la mortificacion que experimentaba cada vez que tenia que entrar a coro, i la penitencia que hacia venciendo esa propension natural a volver la vista ácia la antigua casa de Vásquez, siempre que pasaba por delante de la celosía, donde con tanta frecuencia se habia apostado en otro tiempo para ver a Ines, i en donde ella lo buscaba con amorosos ojos, como el colorin que otea su nido por entre el espeso ramaje de los árboles. Este era el motivo por qué al subir la escalera i atravesar el ante-coro se calaba la capilla cubriéndose enteramente el rostro, como ya habia tenido ocasion de observarlo la comunidad; i al salir del oficio, mojaba los dedos en el agua bendita que estaba cerca de la puerta i se santiaguaba reverente. No se sabe si la tentacion lo venció alguna vez.

Trascurrido algun tiempo, recibió órden de trasladarse con otros relijiosos a esta recoleta del Desierto, i aquí tuvo ocasion de entregarse a su sabor a la vida ascética i contemplativa, para lo cual le brindaba ancho campo la tranquilidad de este retiro, las bellas perspectivas que tenia delante, el murmullo apacible de las aguas, i en fin, todos los encantos de un paisaje deleitoso, de un clima suave, i de un silencio

solemne, de que no necesito hablar a usted, pues que los está palpando en este momento.

Dije ántes que la Providencia le tenia reservado para mas altos destinos, i así fué en efecto.

El celo apostólico de aquellos tiempos, que servia de poderoso auxiliar a la causa de la civilizacion del mundo, habia puesto a cargo de las órdenes relijiosas las misiones del Nuevo Reino. Estas cruzadas, verdaderamente humanitarias i filantrópicas, a donde ocurrían por su mayor pretea relijiosos beneméritos, ilustrados i llenos de un santo ardor i celo por la propagacion de la fé, habian hecho conquistas, de que hoi no se glória la República, i que desgraciadamente se han dejado perder. Contábanse entre los campeones del evangelio los padres franciscanos de Popayan, a quienes se habia encomendado la catequizacion de las tribus de los Andaquíes ; los agustinos descalzos o candelarios de Santafé, que tenian a su cargo, con el mas brillante suceso, las misiones del Meta ; los franciscanos de la misma ciudad que administraban satisfactoriamente las de San Juan ; los dominicanos que servian con empeño parte de las de Casanare ; i finalmente los relijiosos de Panamá que reducian las de Veráguas.

En esta nueva soledad habia tenido ocasion nuestro amigo de leer las relaciones de los misioneros ; relaciones llenas de interes, de sinceridad, de verdad i de uncion, i conversaba frecuentemente con los relijiosos ancianos que aquí habia sobre un tema inagotable, i para él lleno de atractivos. Este alimento frecuente de su espíritu, que tanto halagaba sus inclinaciones i sus instintos caballerosos, i que tan en armonía con su alma grande i su carácter jeneroso i blando, hizo nacer en él no mui tarde un vivo deseo de ser del número de

esos apóstoles de la civilizacion i de la fé; i en el punto i hora en que tal deseo le vino, tambien cayó por tierra su propósito de no aspirar al sacerdocio, i ántes sintió que lo deseaba con ardor. ¡Qué carrera tan brillante se abria para él en aquellos vastos desiertos habitados solo por las fieras i por las tribus salvajes! ¡I qué glorioso título el de conquistador de esos seres desgraciados por medio de la palabra i de la dulce insinuacion?

Apresuróse a adquirir los conocimientos que aún le faltaban, i sacando del arsenal de las bibliotecas las armas que necesitaba, en breve se halló con fuerzas para presentarse en campaña en busca de una gloria positiva i sólida... tal vez de una corona!... Tomó tanto vuelo su espíritu con esta hermosa esperanza, i la llama de la caridad se alzó tanto en su pecho, que hubiera estallado sin duda si no hubiese visto mas próxima de lo que él esperaba la realizacion de sus deseos.

En aquel mismo año recibió las órdenes que tanto habia temido i esquivado, i en el siguiente fué designado para marchar al Meta en compañía de otros dos relijiosos. Preparóse debidamente para este viaje dilatado i penoso; arregló i acondicionó todas aquellas cosas de que se le habia provisto i que se creían necesarias, no para las personas de los misioneros que solo habian menester confianza en sus propias fuerzas, sino para el mejor éxito del grandioso objeto de que estaban encargados.

En cuanto a sí mismos ninguna disposicion tenian que tomar los misioneros: pobres como eran de los bienes que el mundo da, sin mas equipaje que un humilde sayal, un par de sandalias de badana blanca i algunos libros, cualquier dia i a cualquiera hora estaban prontos para marchar al fin

del mundo, si era preciso. Pero el Padre Félix (que tal fué el nombre que tomó nuestro amigo al abandonar el mundo para siempre) poseía alguna cosa que en otro tiempo habia sido para él un tesoro de inestimable precio, i a la cual debia dar algun destino ántes de emprender la santa expedicion. Aquel retrato, que usted recordará, le habia acompañado por donde quiera, enrollado i envuelto en el mismo papel con que Ines lo habia cubierto, i atado con la misma cinta verde que las manos de la amante artista habian puesto como señal para distinguir su obra de la de su padre ; pero qué hacer con él en esta circunstancia ? Llevarlo consigo no era prudente : ademas de ser en cierto modo un estorbo, por no tener donde colocarlo cómodamente, habria sido esponerlo a correr todos los azares de una larga campaña, i a que en momentos angustiosos quedase tal vez abandonado en un desierto, perdido para él i para todo el mundo ; i por cierto que el inocente retrato, no merecia tal suerte. Ademas, pensaba nuestro amigo, ¿ no seria ya tiempo de separarse resueltamente de toda antigua reminiscencia, de todo vínculo que lo ligase, aunque débilmente, al mundo i a sus vanidades, de todo objeto que pudiese ser ocasion de recuerdos profanos, i de tentaciones inevitables ? Quién sabe si esta última reflexion no obró fuertemente en su ánimo para tomar una resolucion definitiva , aunque dolorosa. Sacando , pues , de un cofre viejo aquel lienzo querido, que en mucho tiempo no habia desenrollado, temeroso de una indiscrecion, i sacudiendo la lijera capa de polvo que lo cubria, presentóse al superior del convento, a quien debia grande amistad i atenciones, i con voz conmovida i mano trémula, se lo entregó en depósito diciéndole que le hiciese el favor de conservarlo como una memoria suya, miéntras hubieran de permanecer separados.

Aceptólo el prior con gratitud i aprecio, aunque no sin dejar traslucir con un jesto imperceptible de sorpresa, lo extraño que aquel inesperado presente le parecia ; i en el mismo momento lo colocó en el marco de una antigua pintura i lo colgó en la pared de la celda, junto a un lienzo de Vásquez que representaba al evangelista San Lucas haciendo el retrato de la Vírjen. ¡ Raras coincidencias por cierto, de que no llegó a ser sabedor el misionero, pues esta fué la última vez que entró a la celda prioral ! ¡ Cuán probable es que en este mismo lienzo pusiera sus manos la hija del pintor para ayudarle en él, como sucedia frecuentemente !..... Nueva i mas rara coincidencia !....

— Ciertamente, interrumpí al anciano, es mui probable que así fuese. A esta cooperacion de la hija de Vásquez, a lo que ella misma pintaba por su cuenta, i al gran número de obras de su tio Juan Bautista Vásquez, debe atribuirse esa extraordinaria multiplicidad de pinturas que se dan por de Gregorio Vásquez, i no todas por cierto de un mérito superior.

— En efecto, dijo, esta misma causa ha impedido que se conozca bien en Europa i se aprecie en su justo valor al verdadero Vásquez granadino. Culpa de ello es la falta de criterio, o la codicia indiscreta de los nacionales i extranjeros que en todo tiempo han querido especular con aquel gran nombre, comprando sin discernimiento i llevando allá pinturas que ni eran de aquel famoso pincel, ni podian compararse con las producciones de un ingenio tan grande, i que tanto admiran los pocos extranjeros inteligentes que vienen a nuestro pais.

La campana del Desierto nos anunció que era llegada la hora de retirarnos. Ya nos lo decian tambien las nubes

parduscas con perfiles de oro que se retiraban al occidente como para ver ocultarse el sol i cubrirlo con su manto, i las ráfagas alternadas de rosa i azul que, como colas de inmensos cometas, subian del poniente al zenit en forma de rayos de una estrella.

## V.

Largo i enfadoso por demas seria el viaje que hubiéramos de hacer si intentásemos seguir a nuestros misioneros hasta las vastas soledades del Meta.-Así continuaba mi amigo su relacion, i añadia : si usted desea mas pormenores sobre un viaje de esta naturaleza, puede consultar la relacion del que hizo en 1782 el capitan don Antonio de la Torre por orden del arzobispo Góngora, la cual se halla orijinal en el archivo de la Secretaría de Gobierno, en Bogotá.

Despues de no pocas penalidades, tropiezos i peligros, llegaron los nuevos misioneros al naciente pueblo de Macuco, primer punto de escala de las misiones, i lindante con el territorio en que ejercia su apostolado la Compañía de Jesus. No se cansaban de admirar aquellos inmensos i silenciosos desiertos, cuya existencia ignoraba el mundo civilizado, pero que algun dia serán, a no dudarlo, el foco de una nueva civilizacion, i el emporio de riquezas casi fabulosas. De estas soledades, decia el P. Felix, habrán de surjir con el trascurso de los siglos tantas naciones grandes e independientes como tribus errantes i salvajes las habitan hoi.

La que se decia poseedora de aquella comarca era la llamada de los Salivas, no tan feroz e indómita como las de

los Goajivos, Yarures, Tunebos, Huevo-pintado i otras mas retiradas hácia el oriente, pero susceptible i valerosa. Merced al interes i buen manejo del empleado civil don Joaquin Fernández, que allí gobernaba, i al celo de un misionero agustino, los indios se iban civilizando, i aun tenian ya labranzas (*Cucunucos*) con plantaciones de cacao, caña i algodón.

Los nuevos relijiosos comenzaron a ejercer su ministerio alternando entre Macuco, Guanapalo, Ibaiva i otros puntos de las márgenes del Meta, del Cravo i otros de sus afluentes, donde habia mayores recursos, i entre tanto se iban instruyendo en los varios dialectos de las tribus, en que ya eran versados los españoles eclesiásticos i civiles que allí residian. Pero el cuartel jeneral, si así puede decirse, de aquellas misiones era la hacienda de Tocaria, que se estendia por gran parte de la márjen occidental del rio del mismo nombre, confluyente con el Cravo : posesion bien provista de ganados i bestias, i vestida de abundosas sementeras.

Durante el primer año i parte del segundo fueron en extremo fructuosos los trabajos de los nuevos misioneros, que, auxiliados por los conocimientos prácticos de los pocos que en aquellas tierras existian esparcidos en diferentes puntos, lograron reducir gran número de indios de las tribus occidentales, mas dóciles i mansas que las que se internaban en las soledades del oriente. En ménos de veinte meses tuvieron la gloria de ver coronados sus infatigables esfuerzos con la fundacion de varios pueblos en las márgenes del Meta, del Cravo i del Ele, algunos de los cuales prosperaron i se mantuvieron en buen pié hasta casi mediados del Siglo XVIII, corriendo mejor suerte que los que en tierras de los indómitos tunebos habian fundado mas ántes los padres capuchinos, i

de los cuales no quedaban en aquel tiempo sino leves vestijios que habian escapado a la saña i depredacion de los naturales.

Pero el celo de nuestro amigo i su santa ambicion no se limitaban a tan fáciles conquistas. Su osadía lo llevó a arrostrar mayores peligros, i dando aviso a los habitantes de la hacienda de Tocaria, i tomando consigo algunos de los nuevos colonos con bastantes provisiones, partió a fines del segundo año con ánimo de internarse hasta el corazon de los desiertos donde habitaba la numerosa tribu ya mencionada, que en vano habian intentado reducir las varias espediciones enviadas con este objeto. Tres dias caminó sin ver nada que digno de notarse fuera, i hallándose a distancia de diez o doce leguas de la casa de las misiones, encontró, a la entrada de un gran bosque, un sitio pintoresco donde resolvió hacer alto, i establecer una escala intermedia. Su primera dilijencia fué fabricar con estacas una rústica capilla, i algunas ramadas o ranchos a donde ir atrayendo i dando instruccion a aquellos de los indíjenas que lograrse reducir.

En ménos de un mes concluyó sus trabajos, i despidiendo a sus peones, con encargo de que le enviasen mas tarde provisiones i herramientas, dejó solo consigo a un mozo indijena, intelijente i fiel que pudiera auxiliarle en sus tareas.

Allí sentó sus reales i se preparó para su gloriosa empresa, bendiciendo la mano de Dios que así lo ponía en camino de acometerla felizmente.

Aquel sitio encantado, que demoraba a orillas de un riachuelo tributario del Cravo, se habia llamado en época anterior la *Sabaneta*, por ser un espacio de hasta cien varas de diámetro cerrado por bosquecillos de tamarindos, dátiles,

piñas, i naranjos silvestres ; pero él con su poética imaginacion quiso darle el nombre bíblico i significativo de *Terebinto*, porque decia que un pequeñuelo débil como él pretendia en ese valle acometer i vencer a Goliath i a los filisteos, con el auxilio divino.

Varios encuentros habia hecho ya con algunos indios tunebos que, saliendo de sus inciertas rancherías, vagaban por las orillas del rio, i aunque apénas conocia imperfectamente su áspero dialecto, por señas i demostraciones , mas que por palabras, habia logrado, esponiéndose a no pocos peligros, conferenciar con ellos sobre la necesidad de adorar un solo Dios i de vivir como hermanos, reunidos en sociedad. Despues de algun tiempo supo que la repugnancia i obstinacion que con ademanes le manifestaban cuando él queria persuadirlos a que viniesen a cultivar la tierra, i a vivir con él, mostrándoles herramientas i otras cosas, provenia de una antigua tradicion que entre ellos habia ; i era que un *Mapure* o jefe de la tribu, anciano respetable i sabio, habia maldecido aquella tierra, i que nada produciria para ellos. I no era parte a destruir esta preocupacion el ver los abundantes frutos que pródiga i casi espontáneamente producian las feraces comarcas vecinas en manos de los blancos, i de los mismos indios.

Era mas frecuente hallar mujeres que hombres de estos indíjenas, i entre las que el Padre Félix habia visto varias veces en sus escursiones, tenia presente una jóven como de veinte años, viva, intelijente i bella, en cuyas facciones regulares se notaba un aire de dignidad i de distincion poco comunes, i que decia mal con sus hábitos i apariencias semi-salvajes. No podia él concebir cómo en medio de aquella uniformidad invariable de rasgos característicos, de

miradas estúpidas, de movimientos i de facciones *sui generis*, podia hallarse una escepcion tan notable, una mujer que parecia participar de los caracteres de la raza blanca, pues su hermoso cabello largo i suave, sus labios finos i rosados, su nariz regular, sus ojos dulces, i su tez blanca, aunque tostada por el sol, diferian mucho de los de la raza indijena. Mas tarde pudo esplicarse este misterio, como adelante veremos.

Una tarde que nuestro misionero reposaba sentado al pié de una elevaba palma, puesto el báculo a un lado, i con un libro en las manos, vino a sacarlo de su distraccion el ruido de pisadas en la hojarasca i la sombra de una persona que se detenia en frente de él. Alzó los ojos i reconoció a la interesante jóven que mas de una vez habia visto de paso internarse como una gacela en la espesura del bosque, sin poder darle caza. Estaba en pié, con los brazos cruzados, contemplando fijamente i con jesto severo la insólita figura del misionero, que tan estraña le parecia en aquellos lugares. Hizo este un movimiento para ponerse en pié, i la jóven con una evolucion eléctrica, semejante a la que hace la perdiz cuando siente preparar la escopeta del cazador, dió unos pasos, i se puso en guardia, temiendo sin duda un ataque. Apoyada con toda la gallardía de un guerrero en un arco flexible, tan alto como ella, habria podido servir de modelo para la estatua de Diana. El Padre Félix involuntariamente se arrojó de rodillas, i levantando sus ojos i manos al cielo, hizo una breve i fervorosa oracion implorando su auxilio, i en seguida estendió los brazos ácia la májica vision en señal de paz. Repuesta i desarmada con el ademan suplicante del desconocido, se acercó a él i alargando garbosamente la mano la ayudó a levantarse del suelo; luego cruzando ámbos brazos sobre el pecho, pronunció precipitadamente algunas palabras ininteligibles.

Aquí dieron principio las relaciones amistosas de dos seres que, si no comprendían sus lenguajes articulados, muy pronto se pusieron de acuerdo i se comprendieron sus almas para la obra grande de la rejeneracion de uno de ellos.

En esta primera entrevista supo el misionero que la jóven se llamaba Shelma, despues logró entender que era hija única, i que su padre habia muerto hacia largo tiempo. Su primer cuidado fué conducirla a su habitacion, que distaba muy poco de allí, i ofrecerle una túnica blanca de algodón para que acabase de cubrirse, a lo ménos mientras estaba en su presencia. La viveza i talento natural de Shelma la hicieron comprender intuitivamente cuán justa i natural era aquella exigencia, i desde el primer dia adoptó su nuevo vestido para presentarse delante del padre. Esta túnica sin mangas le bajaba desde el pecho hasta la rodilla, i atada por un cordón en la cintura, le daba cierto aire elegante i civilizado.

Escusado es decir que una jóven como Shelma, lejos de rechazar la amistad e insinuaciones del Padre Félix, tendria placer en departir con él, en escuchar sus dulces palabras i seguir sus paternales consejos, cuando estuviera en estado de comprenderlos. En efecto, el cariño i estimacion que la jóven india concibió por él fué creciendo con el tiempo, hasta el punto de verlo casi diariamente. Este cariño, inocente i tierno, no solo no podia serle perjudicial sino que era el garante seguro de una próxima catequizacion i conversion, único anhelo del misionero.

Era de verse la humilde barraca donde habitaba nuestro amigo, convertida en un museo de curiosidades, que él mismo recojia, o que Shelma le traia como presentes de amistad. Aquí era una coleccion de aves de bellísimos i variados colores i formas, unas vivas i otras muertas; allí

eran sartas de semillas o pepas aromáticas que embalsamaban la cabaña; mas allá, colgados de una estaca, varios instrumentos i utensilios toscos de barro, piedra o madera, de los que usaban los indios; por acá, tendidas en el suelo, algunas pieles de animales monteses, muertos por las flechas i macanas de los errantes cazadores. Un dia traía Shelma en su canto diversas frutas silvestres; otro dia una red llena de fresco pescado; al siguiente venia en busca de su amigo con un puñado de nueces, o de gordas i jugosas piñuelas, o un enorme racimo de *marabaes* (mararayes.) ¡Estraño contraste! aquella choza tan pobre, al parecer, trasladada a cualquier pais civilizado habria sido un tesoro de inestimable precio por los objetos raros que contenia.....

A fuerza de hablar con Shelma i de leer una especie de gramática informe, o mas bien vocabulario manuscrito, que habia hecho el Padre Luis de San Favian, antiguo misionero, nuestro Guillen, hacia progresos visibles en el idioma bárbaro de aquella tribu; i ya entendia i se hacia entender bastante, no solo de su hija, que así la llamaba, sino de otros individuos de ámbos sexos que Shelma habia traído consigo, persuadiéndoles de la bondad de su nuevo padre, i enseñándoles las cuentas de vidrio, espejillos, cintas i estampas de cobre que la regalaba.

Un dia vino, como de costumbre, aunque mas temprano que de ordinario, i con cierto aire de alarma e inquietud que causó no poca en el ánimo del misionero. Interrogóle este con interes cuál fuese el motivo de su desazon, i ella le dijo, mitad en su dialecto i mitad en castellano, que tenia fundados temores de alguna desgracia; que la tribu entera estaba en movimiento i que ciertas cosas que habia oído la hacian entrar en sospechas de una violencia, no solo contra él i

contra los que concurrían a oír sus instrucciones , sino también contra todos los misioneros i blancos, estendiendo probablemente sus planes hasta la hacienda de Tocaria, contra cuyos habitantes se había esitado mas de una vez su encono, i de quienes no les faltaban graves motivos de queja.

Bien, hija mia, le dijo el jóven misionero : que se haga la voluntad de Dios ! Nuestra suerte está en sus manos, i si él ha determinado suspender la obra que por mi indigna mano está ejecutando, aguardaré aquí tranquilo el cumplimiento de sus adorables decretos.

— Sí ! pero yo moriré también.... i entónces... mi madre... mi pobrecita madre.... qué será de ella ?....

— Tu madre ! dijo Guillen con sorpresa, dónde está tu madre ! Me has, hablado de ella alguna vez, pero no me la has traído — Dónde está ? Que venga ! quiero verla, instruirla. Mui pronto, como lo espero, recibirás tú las sagradas aguas del bautismo, i entónces tu madre, que te dió el ser natural, debe asistir a tu rejeneracion , i ser testigo feliz de tu incorporacion en la familia cristiana. Pluguiese al cielo que ella también quisiese seguir tu ejemplo !

— Padre mio, exclamó Shelma, padre mio... i no acertó a continuar : cuajados los ojos de lágrimas, solo pudo en su dolor tomar con sus manos las del padre Félix i estrecharlas contra su pecho. Sensibilidad estraña en aquellos duros salvajes, que tal vez no conocían las dulzuras del llanto ; i nueva circunstancia que revelaba al padre un oríjen mas noble en aquella tierna doncella.

Tras un prolongado sollozo, Shelma continuó conmovida : mi madrecita no puede venir.

— Por qué ?

— No puede andar.... i yo moriré separada de ella... porque

moriré aquí... contigo... i ella tambien morirá... la matarán, porque no puede andar...

— ¡ Bien ! la traeremos aquí !

— Sí, sí, oh ! sí... bendito seais ! Dios te premiará , dijo señalando al cielo. Eso queria yo, a eso vine. Eres sabio, i has conocido mi pensamiento i mi deseo — Vamos, padre, vamos ahora mismo ; está a medio sol de aquí... allá... al pié de las montañas que se divisan a lo léjos.

— Sí, sí, hijia mia, vamos ! En este momento !

Antes de concluir este diálogo, en que el padre Félix entendió perfectamente a Shelma, i se hizo entender de ella, ya habia tomado su bordon de macana, i su libro, i con el crucifijo pendiente del pecho, partió apresurado, guiándolo Shelma, cuyas lágrimas habia enjugado el padre con la manga de su hábito, desteñido i raído ya por la intemperie.

Al llegar a cierto punto se detuvo la jóven i dijo : dos sendas hai para llegar; la una nos lleva por tierra i es mas dilatada; la otra nos conduce al rio grande (el Cravo) i sus aguas nos llevarán en breve tiempo al pié de la montaña. Si prefieres la segunda yo lo tengo dispuesto todo para el viaje. No vaciló el padre en elejir la última, i marchando de priesa, en profundo silencio, ántes de una hora llegaron a la orilla del rio, que en aquel paraje se esplaya i aumenta sus corrientes con la de otros rios menores. Una tosca canoa (*curiara*) de las que fabrican aquellos indios los aguardaba atracada el pié de una barranca, i un indio robusto i bien formado, que debia ser el conductor, se entretenia en pescar. Apénas vió este a los viajeros se acercó, i poniendo las manos en la frente se hincó delante dal padre, a quien reconoció inmediatamente, pues ya habia estado varias veces con Shelma en el valle de Terebinto. El padre hizo una corta

oracion, bendijo la canoa, i santiguándose él mismo, entró con los indios en ella i siguieron los tres aguas abajo.

Si las soledades de los bosques son grandiosas i magníficas porque en ellas se ve el hombre aislado, mano a mano con la naturaleza, admirando su pequeñez física i reconociendo su impotencia, la soledad del mar o de un ancho rio que lleva sus ondas en pausado silencio, circuido de blancas playas, o de tupidas selvas, lo hace entrar dentro de sí mismo, i mirarse como un átomo imperceptible, pero lleno de soberbia. Allí, a proporcion que el hombre se compara con los objetos que lo rodean, se anonada, se humilla, desaparece en él la materia i la forma corporal, i no queda sino la intelijencia, es decir, la vida por escelencia, la vida imperecedera, la llama que todo lo alumbra, que todo lo anima i vivifica ; no queda, en fin, sino la conciencia de la propia existencia moral, el pensamiento. La presencia del Ser único es allí palpable, indubitable ; se siente por donde quiera la mano que crea, la mano que conserva, pero no la mano que destruye, porque Dios no destruye *in absoluto* nada de lo que crea.

Estas reflexiones hacia el padre Félix cuando surcaba tranquilamente las aguas del lado derecho del rio, i abstraído enteramente en ellas, ni aun imaginaba que algun peligro pudiera amenazarle de cerca. A ratos divertia la vista en la variada i caprichosa perspectiva que, como un movible panorama, pasaba por delante de sus ojos en sentido contrario al curso de la mansa corriente ; otras veces rezaba en su breviario, miéntras que el conductor i Shelma bogaban sin descanso para acelerar el paso de su *curiara*.

Al llegar a un promontorio bastantemente elevado i que remataba en una ancha playa, el indio detuvo la embarcacion para enseñar a sus compañeros aquel lugar, e hizo que

Shelma dijese al padre, como en efecto se lo esplicó, que en ese punto habia muerto un antiguo misionero. No pudo saber el padre Félix la causa ni la naturaleza de su muerte : ¿ habia perecido a manos de los salvajes como tantos otros mártires gloriosos, o bien habia sucumbido a alguna fiebre violenta o a algun otro accidente, espirando, como Francisco Javier, en esa playa desierta, sin mas cabecera que una piedra, ni mas testigos que su cruz i su libro ? Esto no pudo averiguarse, pues solo era una vaga tradicion.

El padre hace atracar la canoa, salta a tierra, dobla la rodilla i eleva al cielo una oracion fervorosa, que termina por dos lágrimas. Shelma i su compañero hacen lo mismo. Shelma tambien llora.

Señor, dice el misionero, bendita sea tu santa voluntad ! Dame a conocer el lugar donde este apóstol de la fé te entregó su espíritu ; yo levantaré estas piedras que están aquí, i erijiré un monumento a su memoria, no por vanidad mundana, sino en accion de gracias porque quisiste concederle la corona del martirio. I diciendo esto, comenzó a levantar, ayudado de sus amigos, algunas grandes piedras para formar con ellas una rústica pirámide.

Pero ! oh sorpresa ! ¡ oh dicha ! El Señor habia oido la súplica ferviente de Félix.... Al levantar una de las piedras alcanza a divisar alguna cosa que brilla, aunque cubierta de tierra i de orin : es una pequeña cruz de cobre, como de dos pulgadas de largo, casi destruida por la humedad i el tiempo... Los viajeros caen de rodillas, besan la tierra i bendicen al Señor, que así quiere manifestar con ellos su bondad.

Era probablemente la cruz del rosario del mártir, que habia resistido a la accion roedora del tiempo, i a la rapacidad de sus asesinos, si su muerte habia sido violenta.

No sería mas grande ni mas puro el gozo de la emperatriz Elena cuando descubrió en Jerusalem el sagrado leño en que espiró el Redentor, i cuya figura tomó su padre Constantino por enseña del victorioso Lábaro, que el que experimentó nuestro amigo al hallar aquella humilde cruz de bajo metal enterrada en un lugar donde ningun mortal hubiera podido hallarla. Ni era para él de ménos valía este tesoro que la cruz de oro i piedras preciosas que el mismo Constantino mandó fabricar ántes de librar la batalla de Majencio.

Terminada la piadosa tarea, i concluido el tosco monumento de piedras erijido a la memoria del mártir anónimo, el misionero limpió cuidadosamente la cruz, la colocó en su pecho, i los viajeros se embarcaron de nuevo siguiendo su rumbo por mas de una legua sin contratiempo alguno. Una brisa fresca i suave templaba los ardores del sol, i secaba en la frente de los navegantes la traspiracion abundante que habia producido en ellos la fatiga anterior.

El terreno de una i otra márjen del rio comenzaba a elevarse poco a poco, i la selva se hacia cada vez mas espesa. Pronto se dejó oír un sordo i constante rumor, aumentado por el ruido que hacia el viento en la floresta, i que crecia por momentos ; era que la corriente se estrechaba mas abajo i, formando un raudal, las ondas se empujaban unas a otras i se apresuraban a pasar por entre dos altas barrancas, como si quisiesen salir presto de aquella estrechura. Shelma i su conductor cambiaron una mirada de intelijencia, que no se escapó a la penetracion del padre, i que lo llenó de alarma sin poder comprender lo que le anunciaba. Shelma que así lo habia sospechado, lo tranquilizó enseñándole con el dedo el raudal en que estaban ya próximos a entrar, i esto solo bastó para que el padre se persuadiese de que habia un nuevo peligro que arrostrar.

El conductor entónces echó mano de una larga palanca que llavaba atravesada en la *curiara*, i dando un a ullido salvaje , abandonó su embarcacion , despues de haberla dirigido al medio de la corriente impetuosa. Shelma hizo sentar al misionero en el fondo, i ella permaneció de pié, i en guardia para cualquier evento.

El paso de la canoa era en extremo peligroso, i la operacion consistia en afirmar la palanca en un momento dado i preciso en cierto hueco de la roca, i con este apoyo dar súbitamente la direccion conveniente a la canoa para evitar que se estrelase.

La maniobra fué perfectamente ejecutada, como que el conductor era mui diestro en ella i práctico conocedor del rio ; pero el empuje fué tan fuerte, que saliendo la embarcacion como una flecha, hubo de recibirla un chorro que se formaba mas abajo, del lado opuesto, i no pudiendo la informe quilla resistir este contrario impulso, se inclinó tanto del costado derecho que el agua entró inmediatamente en ella.

Un triple i simultáneo grito de espanto resonó en la soledad, ahogado por los bramidos del torrente, i la canoa se sumerjió en el abismo con los tres viajeros, sin que fuesen parte a salvarla el valor, destreza i serenidad de su conductor....

## VI.

Era de noche. El agua caía a torrentes en la vasta estension de las llanuras que recorre el Meta ; los vientos rujidores batian los bosques, que resistian tenaces a su empuje ; los

relámpagos iluminaban el agreste paisaje, que alternaba instantáneamente entre una claridad deslumbradora i una oscuridad profunda, como el infeliz próximo a ahogarse que saca un momento la cabeza a la luz del día para volver a sumergirse en el abismo; las detonaciones eléctricas rodando por el espacio i repitiéndose en los mil ecos de las montañas, lejanas conmovían la tierra, i amedrentaban a las fieras, que, ocultas en sus profundas guaridas, no se creían seguras, i erizando su piel mojada ni aún se atrevían a rujir, i guardaban pavoroso silencio. La naturaleza estaba en un acceso de fiebre, o en uno de aquellos momentos de ira en que amenaza destruirlo todo.

Al ruido de un espantoso trueno el misionero que dejámos envuelto en el torbellino de las ondas, abre los ojos i se ve tendido en el suelo sobre una piel, desnudo i apenas medio cubierto con anchas hojas de palma, sobre las cuales está tendida la túnica blanca de Shelma. No sabe en dónde se halla, pero se incorpora, i mirando al rededor reconoce a la luz de una pequeña hoguera a su hija i amiga que, hincada cerca de él, le pone una mano sobre la frente i otra sobre el corazón, i que al verlo abrir los ojos lanza un grito de alegría.

Un profundo suspiro es la primera señal de vida que sale de su pecho. Poco a poco se va orientando de los objetos que lo rodean; procura reunir sus recuerdos, i se persuade de que la Providencia le ha conservado una vida que creyó terminada en aquel instante en que, sumergido en el agua, perdió el conocimiento. Junta entónces sus manos dando gracias a Dios por haberlo salvado de aquel peligro, i estrecha tiernamente la de Shelma en señal de gratitud.

Cuando la canoa le volcó hubo un momento en que los tres viajeros desaparecieron completamente i estuvieron a punto

de perecer ; pero la jóven india, gran nadadora, como todos los habitantes de aquellos contornos, i mas ágil que una anguila, se desprendió con un esfuerzo supremo de las manos del misionero que la habia asido fuertemente, i empujándolo con la cabeza logró, no sin mucho trabajo, llevarlo a punto donde el rio volvía a ensancharse, a lo cual ayudó tambien la misma impetuosidad de la corriente que lo lanzó a largo trecho del lugar de mayor peligro. El interes de Shelma por el padre estimuló su ardor i la hizo cobrar aliento para completar su obra de salvacion, saliendo con él a la ribera derecha, despues de grandes fatigas, i de sentir casi agotadas sus fuerzas.

El conductor, sea por indolencia natural, sea porque un interes mayor, cual era el de salvar su *curiara*, lo hacia mirar con indiferencia aquella escena en que no habia para él gran peligro, se agarró prestamente de la canoa i logrando subirse en ella, solo batalló algunos instantes con la corriente cuya fuerza logró vencer al fin, restableciendo a su compañera en su posicion primitiva.

La lucha del misionero, aunque de corta duracion , le ocasionó sinembargo una asfixia grave. El miedo, el afán i la sorpresa por una parte, su poca destreza en el nadar por otra, i el embarazo que le ocasionaban los vestidos , lo sumerjieron mas de una vez a gran profundidad, así fué que llegó a la orilla exánime i luchando entre la vida i la muerte. Su cuerpo era un cadáver amoratado, el estómago i pecho inflados i llenos de agua, los miembros ríjidos, la respiracion imperceptible.... En este estado los dos indíjenas lo levantaron, i tomándolo en sus brazos , lo condujeron por tierra, i por una indecisa senda abierta en la montaña, hasta el lugar que queda dicho. Bien hubiera querido el conductor,

en quien habia todavía algunos asomos del carácter díscolo i egoista de la mayoría de su parcialidad, evitarse esta nueva fatiga, enfadado ademas como parecia estar por el reciente fracaso ; pero un jesto imperativo de Shelma lo hizo callar i obedecer, i así abandonó con gran sentimiento su curiara en la ribera para andar todavía una hora por el bosque i para ayudar a su compañera en la tarea de conducir al inerte misionero. A cada paso era preciso hacer alto para despejar el camino obstruido por la maleza ; pero al fin, vencidas las dificultades, llegaron al anochecer a la ranchería, o mas bien caverna, en que habitaba, como un animal montés, la madre de Shelma. Allí se le prodigaron los cuidados que podia proporcionar la misera situacion de un salvaje, destituida de los recursos que brinda la vida social. Conociendo el modo de hacer fuego, encendieron una pequeña hoguera con ramas secas para calentar al yerto huésped, i procuraron darle algun alimento.

Luego que este pudo hacer uso de sus sentidos comenzó a examinar el lugar en que se hallaba, i divisó por allá en un rincon de la barraca, formada a la entrada de una gran cueva que dejaba la union de dos enormes rocas, una figura estraña, que mas que forma humana tenia apariencia de una vision infernal. Era una mujer, tendida en la tierra casi desnuda, i que, a juzgar por su fisionomía, no pasaria de los cuarenta años. El pelo cerdoso i desgredado, los ojos medio estraviados, el ceño torvo, i un sordo rujido, o mas bien ahullido, semejante al de una fiera, hacian de este ser desgraciado un verdadero tipo del último término de degradacion a que puede llegar la especie humana. Aquel espectáculo, iluminado por la llama intermitente i rojiza de la hoguera, en medio de la borrasca, no era mucho mas agradable por cierto que los que

presidia el famoso Mefistófiles de que nos habla Goéthe en su *Fausto*.

Repuesto algun tanto el paciente misionero, i alentado con la seguridad de que no se hallaba mui distante de su habitacion ordinaria, donde podia hallar otros recursos, pasó aquella noche bastante bien, i al siguiente dia pudo levantarse, aunque sentia todavía un poco débil la cabeza. Reunidas las cuatro personas que allí se hallaban, el padre oró un buen espacio, i despues rezó en alta voz las oraciones de costumbre, si bien su libro habia perecido en el naufragio.

No pudo emprenderse la marcha aquel mismo dia, como lo deseaba el padre, porque su debilidad era extrema, i así hubo de permanecer hasta el siguiente, aprovechándose de este tiempo para acercase a la infeliz mujer que tanto necesitaba del socorro corporal como del espiritual. Ayudado de Shelma i del otro compañero, le hizo varias preguntas, i le dijo palabras de consuelo, de paz, de esperanza, i comenzó a instruirla en las nociones mas necesarias.

No parecia que ella estrañase tales palabras, lo cual provenia de que Shelma se habia anticipado a darle noticia del padre i de sus doctrinas desde que habia hecho conocimiento con él. En el curso de la conversacion el padre Félix llegó a persuadirse de que no eran la estupidez i la dejeneracion las que hacian de esta mujer un ente casi irracional, sino mas bien sus dilatados sufrimientos físicos, i el casi completo aislamiento en que vivia hacia algunos años; pues poco a poco se fué acostumbrando a las insinuaciones del padre, i comprendiendo sus ideas, como aquel que entrando en la oscuridad no ve al principio los objetos, pero al cabo de algunos momentos comienza su vista a distinguirlos.

El deseo mas vehemente de nuestro amigo era saber la

historia lamentable de aquella desgracia, de que hasta entonces nada le habia dicho Shelma, i así les rogó a una i otra que se la refiriesen.

Aquí tiene usted lo que el padre Felix sacó en limpio de la relacion que la pobre india, auxiliada por sus dos compatriotas, hizo trabajosamente, despues de haberla persuadido de que ningun inconveniente habia en ello. I para ayudarlas nosotros por nuestra parte, recordaremos algunas circunstancias históricas, que, aunque bien conocidas por usted i por mí, no carecen de interes para ámbos.

Sabido es que, tanto los primeros conquistadores de estos paises como sus descendientes, miraron siempre a los aborígenes como a una raza de animales, útil solo para el trabajo material. Casi no habia peninsular, i aun puede decirse blanco, con mui raras escepciones, que no participase de este carácter cruel, i no abrigase disposiciones inhumanas contra la poblacion abyecta i ya sojuzgada de la América. Los *Capitanes*, los encomenderos, los propietarios territoriales, todos a una se habian conjurado contra los infelices indios para reputarlos i tratarlos, no ya solo como esclavos, sino como bestias de carga, en el sentido literal de la palabra.

— En efecto, dije interrumpiendo a mi amigo, las crónicas antiguas cuentan i no acaban lo que nuestros ascendientes hacian con los verdaderos i lejítimos dueños de la tierra. Tengo sobre esto varios apuntamientos curiosos, i aun con mi amigo el señor Rafael E. Santander, que usted conocerá o habrá oido nombrar, hemos reunido algunos episodios interesantes sobre la materia, que pronto verán la luz pública.

— De lo que me alegraré mucho, replicó, i espero que ustedes no habrán echado en olvido, en obsequio de la verdad i para honor de algunos corazones jenerosos, los esfuerzos que

mas de una vez se hicieron para reprimir tan culpables excesos i aliviar la suerte de esa parte desgraciada de la humanidad.

— Ya se ve que no ! agregué, i citaremos como una prueba de ello las mui espresivas leyes de Felipe II, en que se recomienda el tratamiento que debe darse a los indios ; asi como la noble lucha que contra tales desmanes sostuvo incansablemente el filántropo i venerable sacerdote Las Casas, de imperecedera memoria. Pero mui particularmente hablaremos del célebre acuerdo de la Real Audiencia de Santafé que dió oríjen a una famosa asonada en el siglo XVI, en la cual tomaron parte, o mas bien hicieron cabeza, los principales *Capitanes* o conquistadores.

— Desearia conocer ese episodio ántes de proseguir en mi cansado cuento. La palabra *asonada* ha llamado mi atencion, i escitado mi curiosidad.

— Con mucho gusto se lo referiré a usted en doblones. El hecho que registran las crónicas que mi amigo i yo hemos consultado es el siguiente :

Llamóse la edad dorada el período de diez años en que gobernó el pais el doctor Andres Díaz Venero de Leiva, i la escelencia de su mando debe atribuirse en parte a los ajitados tiempos que le antecedieron, al tino con que supo reprimir los abusos casi arraigados de los primeros años de la conquista, al impulso que dió a las poblaciones, i al ardor con que se dedicó a aliviar la condicion de los indios respecto de los encomenderos, midiéndoles i señalándoles resguardos, i obligándolos a vivir en poblado. Los conquistadores, como es bien sabido, habian reducido a los naturales, no ya a la simple condicion de siervos, sino a la de bestias de carga, como hemos dicho.

Cuál podría ser la causa de tan bárbaro proceder? El libro en donde hallamos esto Santander i yo, tratando del completo desaparecimiento del imperio muisca, como hecho providencial, se pierde en conjeturas acerca de la procedencia de esta nacion, i habla de cierta tribu perdida, que por alguna maldicion de Dios, i en castigo de algun grave delito, fué condenada a ser bestia de carga, *asinus fortis*. Tan menguada preocupacion vino a favorecer el tráfico que los conquistadores hicieron de los indíjenas. En defecto de bagajes, de brazos para la agricultura i demas faenas, aplicaron a los indios para la conduccion de equipajes, mercaderías i aun para cabalgaduras. Acaso la costumbre, que aun subsiste hoi, de trasportar a las espaldas grandes pesos i a largas distancias, i de conducir del mismo modo cargas i viajeros al traves de las montañas, sea un vestigio incontestable del servicio brutal a que los desubridores los habituaron. Ello es que el espectáculo de infelices indios destinados por sus amos a una servidumbre que, a mas de ser ominosa, los diezmaba rápidamente, o hacia que huyesen a las selvas en busca de su perdida libertad, tocó el ánimo del Presidente Leiva, i desde luego pensó en refrenar esa abominable tiranía. Verdad es que cualquier medida de esta naturaleza que se adoptase iba a herir en los mas vivo el predominio con que se creian investidos los arrogantes Capitanes de la conquista, quienes, midiendo la magnitud de sus servicios por el resultado espléndido de sus hazañas, estimaban que les venia de derecho la posesion absoluta en todo lo descubierto, hombres i cosas, sin otro miramiento que el señorío reservado al rei. Sinembargo, era preciso hacer guardar la voluntad de este mismo rei, quien ya habia dicho que « los indios eran por su naturaleza libres como los mismos españoles, i que no se habian de vender, legar, donar ni enajenar.»

Para llevar al cabo su determinacion el prudente i previsivo Leiva se pone de acuerdo con la Real Audiencia, i en el mayor secreto conciertan de consuno la prohibicion de que los indios sean empleados en las penosas faenas reservadas a las bestias de carga. Esta prohibicion exijia una severa conminacion, i tal que no se pudiera eludir con el dinero, i que no alejase a los pobladores, como sucederia con el destierro o las galeras. Ocurriose, pues, a la pena de *azotes*, que siendo afrentosa i degradante, se reputó como mas preventiva i eficaz. Mas no se calculó que ella vendria a recaer sobre los encomenderos, mercaderes i propietarios, ni se contó con el conflicto en que la autoridad vendria a encontrarse, impotente i nula al tener que habérselas con una soldadesca engreida con sus hazañas.

El acuerdo se tuvo, como queda dicho, entre la Audiencia i el Presidente ; pero deseosa aquella de hacer alarde de un poder superior al de este, quiso aprovecharse de su ausencia de Santafé, de donde tuvo que salir para acudir de pronto a dar mano fuerte al correjidor de Tunja, comprometido a la sazón en el descubrimiento i castigo de cierto asesinato de que era autor el hidalgo Pedro Bravo de Rivera, encomendero de Chita. El licenciado Melchor Pérez de Arteaga como oidor, i el licenciado García de Valverde, como fiscal, eran los únicos que componian el Real Acuerdo, o sea la Audiencia, i en calidad de tales representaban la persona del rei en estos dominios. Jóvenes ámbos, infatuados con la majestad de la garnacha, picados con el desenfado i arrogancia que gastaban los hombres de espada, trataron de asestarles un golpe de autoridad que los arredrase i pusiese a raya. Sin reflexionar sobre las consecuencias que se seguirian de comprometer el poder civil en lucha desigual con soldados a quienes se de-

bia la conquista del reino, promulgaron el acuerdo que imponía la pena de doscientos azotes a los que se sirviesen de los indios, haciéndoles soportar cargas u otros servicios que los identificasen con las bestias de labor. Aquel día habría quedado vilipendiada la potestad civil, hollada la ley i sobrepuesto al orden regular de la sociedad el régimen de la fuerza, si un hombre que llevaba al cinto una espada victoriosa, la figura mas notable en el gran cuadro de la conquista, el decano de los Capitanes, no se hubiese interpuesto en defensa de la ley, como sacerdote e intérprete que había sido de ella : este hombre era Gonzalo Jiménez de Quezada.

Serian las doce de la mañana del día 13 de junio (fecha muy notable en materia de asonadas en Bogotá) de 1564, cuando el público pregon daba a conocer a los moradores de aquella ciudad el acuerdo de que hemos hablado. En el local de la Audiencia, que comunicaba con las casas reales, habían quedado el oidor i el fiscal, prevenidos i esperando el primer efecto que causara su aventurada providencia. El pregon vino a perturbar la agradable plática en que se entretenían García Zorro, Juan de Céspedes, Díaz, Cardozo i Hernán Venégas, con Prado i otros esforzados Capitanes, cuyo valor, constancia i fidelidad habían ganado esta tierra para la corona de Castilla. No bien Zorro hubo entendido que a ellos principalmente se encaminaba la prohibición de servirse de los indios, i la odiosa pena con que eran cominados, cuando terciando la capa bajo el brazo i requiriendo la espada, exclamó:

— ¡ Voto a Dios, señores Capitanes, que estamos todos azotados !

— Cómo se entiende ! dijo Venégas con voz estentórea, i arqueando las pobladas cejas.

— Sí, señores, oid el pregon, añadió Céspedes : doscientos azotes nada ménos para cada uno de nosotros. ¿Pues este bellaco, ladron, ganó por ventura la tierra?

— Seguidme, caballeros, gritó Zorro, que lo he de hacer pedazos!

Este lenguaje eminentemente sedicioso prendió como una chispa eléctrica en el ánimo de aquellos hombres indómitos. Echan atras las capas, tiran de las espadas, i en grueso peloton dejan la esquina de la *calle de mercaderes*, i se encaminan ácia la Audiencia, apellidando venganza contra el licenciado Arteaga, a quien atribuyen la obra del acuerdo i del encubierto insulto.

No léjos de allí, bajo los *portales* de la plaza estaba el adelantado Quezada en familiar conversacion con el valeroso cuanto experimentado Alonzo de Olalla, de sobrenombre *el cojo* por la lesion que sufrió al caer precipitado del alto de Simijaca, en el rudo encuentro que con los indios de aquella comarca tuviera años atras.

Las voces de los amotinados, la actitud agresiva en que los divisa, la direccion que llevan, i las jentes que acuden de varios puntos i se agrupan a su rededor, todo le advierte al adelantado que se trata de un acometimiento contra la Audiencia. Prontamente se apercibe de la causa, i determinando en un instante i por inspiracion providencial lo que ha de hacer, dice a Olalla : acudid a ellos i decidles que en mi puesto me hallarán como leal i como bueno ; i fué a cerrar el paso a los descaminados Capitanes.

No era el de Arteaga un licenciadillo a quien pusiesen miedo las baladronadas de aquellos agresores. Sereno i resuelto esperaba el momento en que los amotinados llegasen a pedirle cuenta de sus procedimientos. Armado con una par-

tesana que arrebató de las manos de un guardia, confiaba disputarles, si no su autoridad, a lo ménos su existencia, resuelto a afrontar el torrente de los enojados invasores hasta rendir la vida. Al verle así Quezada, que, tan lijero como sus años se lo permitian, habia subido ya a la sala de Audiencia, le dijo con voz ajitada pero fuerte : Bien ! señor licenciado, mui bien ! Pero en vuestras manos aparece mejor la vara de la justicia : tomadla, señor, i gritad conmigo, favor al rei !

Una sola cosa faltaba a esta escena rápida para ser completamente dramática, i esa circunstancia se presentó en aquel momento con todos los caracteres de una verdadera peripecia. Una puerta que comunicaba con la sala se abre estrepitosamente i aparece al lado del jóven oidor una señora de porte noble i digno, i no escasa de hermosura : era la señora doña María Dondegard, esposa del Presidente Leiva, i llamada ella misma *la Presidenta*, segun la costumbre española. Venia a reparar con su presencia parte del daño, segura como estaba del ascendiente que su posicion i su sexo ejercerian sobre los desavisados autores del tumulto ; i tomando en sus manos la insignia de la real majestad, la colocó en las de Arteaga, i fué luego a colocarse al lado de Quezada, diciéndole ; señor, a vos i a mí nos toca hoy salvar la autoridad lejítima, i defender al rei en la persona de su representante : no se dirá que en la ausencia de mi esposo no ha habido quien haga sus veces.

Un anciano i una mujer eran los únicos guardianes que en aquel dia dejaron bien puesto el decoro de la autoridad civil. Los capitanes a la vista de aquel hombre que, aunque enteramente civil, los habia conducido con tanto valor i enerjia en la empresa de descubrir i someter estas rejiones ; que

siempre habia combatido al frente de ellos, aventajándolos en osadía i denuedo: a la vista de una señora que, si es digna de respeto por ser débil, sus fueros cobran mayor estima si es de ánimo levantado i jentil continente, como la de Leiva; los capitanes, decimos, como heridos por un rayo, bajaron a un tiempo sus espadas por el uno, i descubrieron sus cabezas por la otra, inclinándose respetuosamente. Rara i hermosa mezcla del carácter español, que siempre ha unido al valor arrojado la galantería mas cumplida i el respeto i acatamiento por las personas constituidas en dignidad !

Pocas pero enérgicas i oportunas palabras les dirijió la Presidenta, con tono benévolo aunque firme, i a su voz i a la de Quezada callaron los del motin. — Venid conmigo, si os place, dijo la señora, i a una señal suya todos la siguieron hasta su habitacion, como en homenaje al profundo respeto debido a las damas.

Es de suponerse que allí completaria en union de Quezada la obra que con tan buen suceso habia comenzado, dejando así conjurada la primera asonada formal i de carácter grave que se representara en estos paises contra la potestad civil.

El resultado de ella i el mejor fruto que podia esperarse fué la promesa que hicieron los Capitanes de la conquista de que seria suavizado el tratamiento que recibian los indios, con tal de que el acuerdo de la Audiencia fuese recojido. Para evitar esta humillacion en que los miembros de ella no podian consentir sin detrimento de su dignidad, se ocurrió de comun acuerdo al medio de simular que ese acto no habia existido, i que todo habia sido efecto de un error o mala intelijencia. ; Tristes recursos, que no evitan la afrenta ni lavan la mancha, por subidos que sean los merecimientos i los respetos que se interponen, sobre todo cuando está de por medio la majestad de la lei !

## VII.

— No conocia yo este episodio, me dijo el anciano luego que hube terminado mi relacion ; i cuando me habló usted de *asonada*, fruta que con sus afines, los *bochinches*, *puebladas*, *pronunciamientos*, *conspiraciones* i *motines*, parece haber sido de todos tiempos i de todos los climas, creí que iba usted a referirme la mui célebre que tuvo lugar en Santafé por los años de 1631, i que usted habrá leído en las « Memorias para la historia de la Santa Iglesia Metropolitana de Santafé, » que escribió en 1824 el arzobispo don Fernando Caicedo i Flórez.

— No conozco ni las Memorias de que usted habla, ni el suceso que refieren, contesté ; pero tendria mucho gusto en oír de boca de usted esa curiosa relacion, si no lo ha por enojo.

— Desde luego lo haré con placer, procurando reunir recuerdos ya mui debilitados.

Serian las tres de una tarde del mes de noviembre de 1631. El presidente don Sancho Jiron, marques de Sofraga, estaba asomado al balcon de su palacio, que daba frente por frente de la Catedral. Habíase notado cierto tumulto i movimiento en las puertas de la iglesia, acompañados de voces destempladas i alboroto. La jente comenzaba a acudir de todos lados ; los mercaderes, despues de haber dormido la siesta i vuelto a sus ocupaciones (porque entónces se comia a las doce i média o la una), cerraban sus tiendas, i con la capa a medio embozo, acudian a la plaza ; las botilleras i

chicheras, los muchachos, i todo jénero de curiosos se dirijian apresurados a informarse de lo que aquello pudiese ser, para tener de qué conversar durante dos o tres semanas.

Una gran parte de la poblacion se reune en pocos instantes en la esquina de la catedral, i sabido el motivo del tumulto, i enardecidos los ánimos al ver que algunos sacerdotes que allí están son desacatados por los soldados de la guardia del Presidente, i que estos se llevan a muchas personas presas, comienzan a gritar : muera el Presidente ! abajo el marques ! no lo queremos ! Viva nuestro amado Pastor ! no mas persecuciones a la iglesia !.... Vamos a poner fuego a las casas del Presidente ! — A la casa del Presidente ! gritaban otros, sí ! fuego ! fuego !..... I los oleajes del pueblo crecian por momentos, i se dirijian a la casa del Presidente, oyéndose un sordo rumor en la plaza i sus inmediaciones.

— I cuál era la causa de tan estraño alboroto en aquellos tiempos de octaviana paz ?

— Qué habia de ser ! que el Presidente se oponia tenazmente a que se hiciese el altozano de la iglesia, porque diz que afeaba la plaza e impedia el paso de su carroza cuando iba de paseo por la calle de *mercaderes*, despues llamada la *calle real*, i posteriormente *calle del comercio*.

Era don Sancho Jiron hombre díscolo i de ágrío jenio, i ya llovía sobre mojado, pues las disenciones i contiendas entre él i el arzobispo venian desde mui atras. Eralo entónces el americano don Bernardino Almanza, que apénas ocupó la sede vacante, su primer cuidado fué procurar con empeño la continuacion i conclusion de la obra de la Catedral primitiva, suspendida hacia muchos años por la quiebra que en 160,000 pesos hicieron el rematador i sus fiadores. Muerto en una cacería por los páramos de Usme el arzobispo Zapata,

que tanto impulso habia dado a la fábrica, esta habia quedado *in statu quo* hasta la llegada del señor Almanza.

A poco tiempo, como he dicho, de haber entrado en el ejercicio de sus funciones, comenzó a dictar providencias para continuar el trabajo, i visitaba diariamente la fábrica, estimulando con su presencia i dulces palabras a los obreros.

Concluida la única torre que entónces tenia la Catedral, emprendió la tan disputada obra del altozano i cementerio de que carecia, i aquí fué cuando el Presidente echó el resto de su saña i furor (dice el señor Caicedo) contra el arzobispo. Trató de impedir la obra por cuantos medios le sujeria su malicia ; pero el señor Almanza continuaba impertubable en ella, sin hacer caso de las frivolas razones i aun amenazas del voluntarioso Presidente, que mas de una vez habia tenido ocasion de experimentar la entereza de su antagonista, suave i moderado, pero al mismo tiempo firme i enérgico.

La tarde de que hablamos estaba don Sancho asomado a su balcon, i vió que el maestro mayor de albañilería con una multitud de oficiales i peones trabajaban con grande actividad en la obra del altozano. La exaltacion i rabia del Presidente fué tal que inmediatamente, i con voces destempladas, mandó que una partida de los soldados de su guardia fuesen a impedir de hecho los trabajos, i llevasen presos a la cárcel pública a todos los albañiles. Tan arbitraria órden fué cumplida con mas eficacia de la que convenia a la justicia, a la dignidad de su puesto i a la paz pública ; pues quiso la casualidad que esto pasase a tiempo que salian de coro los canónigos, capellanes i demas dependientes de la iglesia, quienes, viendo tal tropelía, se indignaron, e inflamados de un celo extraordinario, aunque nada prudente (agrega el autor de las Memorias) se pusieron a trabajar personalmente en la obra,

capitaneados por el Dean don Gaspar Arias Maldonado, que hacia de sobrestante. Un espectáculo como este conmovió extraordinariamente a todo el pueblo que, aparte de su piedad i sentimientos respetuosos ácia la autoridad eclesiástica, amaba tiernamente a su bueno i jeneroso Prelado.

Este, por su parte, tan pronto como tuvo noticia del escándalo del Presidente i de la actitud amenazante que habia tomado el pueblo, que amagaba atacar el mismo palacio, corrió desolado, i atravesando con dificultad por entre los espesos grupos, exhortó al pueblo con enerjía, con emocion, i aun con lágrimas en los ojos, a que se calmase, i al fin logró persuadirle a que se retirase de allí. Reprendió severamente a los eclesiásticos, afeándoles su celo indiscreto que tan graves males pudo haber ocasionado, i lleno su corazon de amargura se retiró tambien a su casa, i de allí marchó a pocos dias a la Villa de Leiva, donde murió, cual otro Mosquera, injustamente perseguido por su implacable enemigo.

De este modo cesó una tormenta que pudo haber aparejado males de grande trascendencia.

I ahora, volviendo a nuestro asunto principal i al interesante grupo de que nos hemos casi olvidado, es de notarse que el espíritu de caridad i dulzura que caracterizaba a las misiones de estos paises no podia impedir que aun los mismos empleados que servian en ellas, como auxiliares de sus trabajos cometiesen repetidos i bárbaros abusos de que en vano se quejaban anargamente los apóstoles del evangelio, i para los cuales no hallaban humano remedio. La codicia i ambicion de los administradores i mayordomos de las haciendas de las misiones, el desenfreno i vida semisalvaje a que estaban habituados los encomenderos, dueños de tierras i fundadores

de pueblos, i en fin, todo linaje de intereses personales i de bajas pasiones hacian punto ménos que imposible la reduccion, digámoslo así, no ya solo de las tribus errantes, sino de los mismos cristianos.

Este proceder duro i atentatorio no hacia sino encender mas i mas el odio, i arraigar el rencor i antipatía de los indios contra los blancos, i mui especialmente contra los Correjidores de los nuevos pueblos i sus dependientes. ¡ Cuántas veces no fué oríjen de sangrientos conflictos, de violencia i depredaciones la conducta irregular i vejatoria de estos ! Ya era que los despojaban de sus tierras e incipientes labranzas, ya que los engañaban en sus tratos, ya finalmente que les arrebatában a viva fuerza sus *guarichas* (nombre indijena con que designan indistintamente a todas las jóvenes). Ocasion hubo, i no una sola, en que, averiguando donde ranchaban algunas familias o parcialidades, iba de noche i en sijilo una partida de blancos i, cayendo repentinamente sobre ellos, los mataban sin compasion, los despojaban, i se llevaban sus mujeres i sus hijos para servirse de ellos, o para venderlos, a veces hasta por el ínfimo precio de diez pesos.

Refieren las tradiciones de aquellas comarcas que en tiempo de un Correjidor Cayzedo se cometieron mil violencias en Guanapalo i otros pueblos, alejando así de la vida social a muchas familias de aquellos dóciles indijenas ; i aun se cuenta que el administrador don Alonso de Várgas, con la tropa que entónces llamaban *de escolta*, i que no servia sino para hacer daño, mató en una sola noche mas de 300 indios de ámbos sexos.

Estas depredaciones tenian por pretesto, como en muchos otros lugares, el que no se pagaba su sueldo a los Correjidores i demas empleados, i que este era tan exíguo que no les bastaba para atender a su subsistencia.

Aquí tiene usted, pues, explicado el orijen de Shelma i de la desgracia de su madre. Por poca perspicacia que usted tenga, ya habrá adivinado que esta mujer fué triste víctima de esas abominables invasiones, en mas de una ocasion. En efecto, siendo jóven todavía, cayó en poder de los rapaces españoles que habitaban en la hacienda de Cravo i sus inmediaciones, i arrebatada, en la oscuridad de la noche, despues de haber visto asesinados cruelmente a sus parientes, fué conducida a la casa del liviano Correjidor donde este la mantuvo prisionera en su serrallo durante cinco dias. Pudo fugar de allí con otros indíjenas i volvió en busca de sus ranche-rías, pero solo hallaron los tristes vestijios de ellas, pues habian sido incendiadas i saqueadas.

Poco tiempo despues nació una niña, a quien puso por nombre Shelma, que en su idioma quiere decir, infeliz, cui-tada, mísera..... porque, en efecto, era hija de la desgracia ; pero ; cuánto debió ella celebrar en lo sucesivo esa desgracia que le proporcionó una hija dejenerada de su raza, dotada de blandos instintos, de intelijencia i dulce carácter, i que fué su apoyo, su protector, su guia ? La luz de su razon, débil i enervada por naturaleza, no estaba sinembargo tan ofuscada que no conociese i apreciase este bien, grande aun para un estúpido salvaje.

Nunca se separó la niña del lado de su madre, i cuando lle-go el dia de nuevas desgracias, desplegó ese espíritu i esa fuerza moral, cuya pintura da a estas relaciones tradiciona-les un barniz de exajeracion que las hace perder mucho, pero que no es del todo inverosímil.

No fué este, como he dicho, el único asalto en que la madre de Shelma tuvo que experimentar la crueldad de los que se llamaban civilizadores. Estando ya crecida la linda mestiza,

fué sorprendida nuevamente la ranchería una noche, a favor de las tinieblas, dispersos o asesinados los indíjenas, arrebatadas algunas mujeres, i robados sus pocos utensilios i plantaciones. Al abandonar los blancos el campo de sus gloriosas fazañas, quedaron tendidos en el suelo varios cuerpos, entre ellos los de dos españoles ; i cuando la luz del dia vino a iluminar este cuadro de desolacion, se vió a la madre de Shelma exánime, cubierta de sangre i acribillada de heridas...

En los primeros momentos de terror i sorpresa Shelma habia huido, perseguida tal vez por los carniceros enemigos de su raza, i, separada de su madre, que tambien huia, no pudo reunirse con ella en el resto de la noche ; pero al alba del siguiente dia, cuando ya todo estaba en calma, volvió en su busca, i a poca distancia del lugar de su ranchería la halló tendida en el suelo, en el estado que hemos dicho. La pérdida de sangre que brotaba de sus heridas la habia estenuado hasta el punto de dudar si vivia, pero la buena hija, llorosa i aflijida, la levantó como pudo i la condujo, casi arrastrando hasta la orilla de un riachuelo, en cuyas turbias aguas lavó sus heridas, i donde la dejó a la sombra de unos arbustos, para ir en solicitud de auxilio. Halló en efecto un corazon compasivo, que tambien los hai aun entre los salvajes, i fué el mismo que ya hemos visto figurar en los grupos agrestes que con brocha gorda he dibujado el conductor de la curiara que naufragó con el misionero, i que andaba tambien fujitivo por aquellos contornos.

Sea dicho de paso, si ya no lo he apuntado, que estas violencias traian de vez en cuando justas represalias de parte de los indíjenas, que naturalmente ansiaban vengar tantas injurias ; i de aquí la fama de ferocidad que se daba a esta tribu,

valiente, pero dotada de buenos instintos, i que no era antropófaga, ni adoraba ídolos materiales, circunstancias que por sí solas son ya un grande elogio suyo. Es de creerse que si a los esfuerzos de los misioneros se hubiese unido un trato blando i cariñoso de parte de los otros blancos que en aquellas comarcas se habian establecido, la completa reduccion de miles de hombres errantes en ellas habria sido cosa llana i hacedera, i obra tal vez de pocos años.

— Infame era esta raza de fieras que no de cristianos, interrumpí yo, sin poder contenerme. A esta conducta hostil de los conquistadores deben atribuirse las cuatro quintas partes del odio que contra ellos abrigaban los aboríjenes. Ciertamente, sin salir de la historia de nuestros propios hogares, da lástima ver como despues del recibimiento jeneroso, amable, i aun galante, que hicieron los chibchas a la jente de Quesada, el zipa reinante fué traidoramente asesinado en su casa de recreo por robarlo ; i su sucesor murió en la prision, donde se vió cargado de cadenas durante largos años.

I aun en nuestros dias, ayer puede decirse ¿no han sido atacadas algunas tribus inofensivas del Opon por vengar a ton-tas i a locas las violencias cometidas por algunos indios aislados de otras parcialidades distintas contra las personas que se habian establecido en las selvas del Carare ? Que esas tribus son fáciles de reducir por medios pacíficos, lo probó hasta la evidencia i con hechos repetidos, el ilustre i nunca bien lamentado compatriota nuestro doctor Céspedes.

Pero pido a usted perdon por haberlo interrumpido en lo mejor del cuento, i le ruego prosiga su relacion.

— El jugo, continuó el anciano, de ciertas plantas de virtudes secretas que aquellos indíjenas conocian, i de que se proveyeron Shelma i su amigo, aplicado a las heridas de la po-

bre baldada, restañaron la sangre i la fortalecieron, aunque mui lentamente. Era preciso buscar ante todo un refugio seguro, i no creyendo prudente volver a la antigua ranchería, conocida del enemigo, i abandonada ya totalmente de los demás indíjenas, se resolvió por indicacion de Juan (que así llamaremos a nuestro auxiliar, i que así se llamó despues) conducir a la enferma a la caverna que queda descrita, i que él habia descubierto en sus correrías : lugar a propósito por hallarse al abrigo de las miradas curiosas, i fuera del alcance de cualquiera persecucion, tan escondido i disimulado estaba por la espesísima maleza i gruesos troncos que ocultaban su entrada.

Gran trabajo i fatiga les costó llevarla hasta aquel antro que en otro tiempo habia sido probablemente guarida de fieras, segun lo indicaban los huesos i otros despojos de animales, de que estaba lleno, aunque ya cubiertos por una capa de tierra. Entre estos halló el padre Félix una mandíbula de tigre que se conocia habia sido rota tal vez en algun combate con otra fiera, i que se habia soldado naturalmente ; curiosidad que tuvo cuidado de recojer i llevar consigo para su museo rústico.

Restablecióse al fin por entero, pero con gran dolor de Shelma se vió que su pobre madre no podia hacer uso de las piernas i que estaba completamente tullida. En efecto, cuando el padre Félix, saliendo con sus amigos a la claridad del sol la examinó mas despacio, reparó las muchas cicatrices de que estaba cubierta, todas de sable u otra arma cortante : una de ellas le bajaba desde el carrillo izquierdo hasta cerca del hombro, que contribuia a hacer mas horrorosa su fisonomía, desfigurándola enteramente el rostro ; otra tenia en las espaldas ; dos en la cadera derecha, que probablemente ha-

bian sido la causa de su inhabilitacion para continuar huyendo; i finalmente.... no puede pensarse en esto sin horror!... una vez caida por tierra, la habian desjarretado bárbaramente!....

No es posible concebir cómo aquella mujer habia podido sobrevivir a tanto daño hecho en su cuerpo, pues aunque ninguna de las heridas era mui profunda, la sola emision de sangre durante una noche entera habria sido suficiente para concluir con el hombre mas robusto. Estando ya, pues, instalada allí, Shelma i su hermano, que tal pudiera llamarse con razon, le llevaban los alimentos i la cuidaban con filial esmero.

Aquí es de advertirse que el padre Félix pudo distinguir perfectamente las cicatrices porque entre estos indijenas no acostumbran pintarse el cuerpo con colores estravagantes, sino los jefes i personas principales, como en señal de distincion; i para evitar las picaduras de los mosquitos, de que tanto abundan las inmediaciones de aquellos rios, se untan lijeramente la piel con un aceite incoloro i trasparente, pero de un olor mui agradable, que estraen de cierta palma, i cuya eficacia es tal que les basta renovar la operacion cada dos o tres meses, para preservarse de los insectos, i esto aun cuando se bañen en el agua.

Determinado el viaje al valle de *Terebinto*, por tierra, pues por agua presentaba muchas dificultades, se hicieron los preparativos para la traslacion de la tullida. Construyose una especie de barbacoa con palos, bejucos i ramas de árboles, i cubriéndola con hojas de palma, colocaron en ella a la inválida, despues de haberla sacado con no poco trabajo, pues para salir de la cueva era preciso trepar por la roca, agarrándose de algunas raices o helechos, i dar un largo rodeo, con

peligro de resbalar : tan obstruida estaba la entrada por un enmarañado i espeso bosque, piedras i troncos, que no era fácil remover.

He aquí reproducida, aunque mas interesante por su naturaleza, la escena de Pablo i Virginia que el tierno i sensible Bernardin de Saint-Pierre nos pinta con colores tan apacibles; i digo mas interesante porque las dos figuras principales de aquel grande idilio son dos niños, almas inocentes que se aman sin saber por qué, que extraviados en los bosques de una isla, no comprenden su desgracia, ni conocen el peligro, ni sienten mas verse solos en el desierto que pudieran sentirlo dos tortolillas amantes que en cualquiera parte hacen su nido, que donde quiera hallan dulces sus caricias i bello su amor. Pero en la escena patética de que hablamos, mui anterior a la otra, i que no tiene de comun con ella sino las decoraciones, se llevaba como en triunfo a la desgracia personificada ; a la futura cristiana, dos veces mártir, porque lo fué en la vida i en la muerte; .....a la nueva catecúmena que, saliendo de las tinieblas de los ojos i de las tinieblas del alma, a la luz del sol i a la luz de la fé, era en ese momento una especie de imájen de aquella pobre perseguida que jimió tan largo tiempo en las catacumbas de Roma para salir despues triunfante al Capitolio a coronarse reina del universo !

Seria ciertamente un espectáculo conmovedor i digno del pincel del gran poeta de la naturaleza, ver esa cama rústica, adornada con flores silvestres, andando como una santa procesion por el silencioso desierto, i haciendo alto a cada paso para descansar, para abrir una senda, para despejar el camino de los estorvos que se presentaban.... Ya la levantaban en hombros Shelma i su hermano, marchando delante de ellos

el misionero con un gran bordon en forma de cruz, i deteniéndose de trecho en trecho, como esforzado gastador, para separar las enredaderas que se apostaban en el camino, mientras recitaba a média voz un salmo, o un himno de accion de gracias ; ya dejaba este su papel de guia i conductor para reemplazar a Shelma o a Juan, tomando sobre sus hombros la pesada carga, que a él le parecia lijera, mientras el que quedaba libre marchaba adelante para preparar el camino.

Llegan en fin a su destino, jadeando de fatiga, sedientos, cubiertos de sudor, las manos i piés desgarrados por las espinas i estacas del camino. Al oir los primeros murmullos del arroyuelo cristalino que circunda su valle querido, todos los de la comitiva se miran con placer. Hace alto por última vez el carro triunfal ; sus conductores corren anhelosos a apagar la sed, i vuelven a su puesto, trayendo agua en una cuenca para la pobre tullida, que con las manos puestas sobre los ojos parece deslumbrada por la intensidad de la luz del sol.

Algunos de los pocos indijenas que viven allí con el P. Felix, o que vienen a visitarlo, salen a su encuentro con demostraciones de alegría, i quedan sorprendidos a la vista de aquel espectáculo, cuya causa ignoran. Los mismos loros i guacamayas que el P. Felix habia domesticado parecen saludarlos i darles la bienvenida con su inocente algazara. Prepárase alojamiento conveniente para al nuevo huésped ; Shelma se queda allí establecida definitivamente con su madre, con Juan i algunos otros indijenas ; i las cosas vuelven a seguir su curso ordinario.

Los dejaremos descansar algunos dias, durante los cuales el P. Felix hace los preparativos para la gran fiesta en que han de recibir el bautismo solemnemente todos los individuos

de su naciente colonia. Instrúyelos con bondad i con paciencia exhórtalos fraternalmente a amarse los unos a los otros, como una consecuencia del amor de Dios ; incúlcales el amor al trabajo, la resignacion, el perdon de las injurias, el respeto a la propiedad. Enséñales, en una palabra, el decálogo, i les hace comprender los fundamentos de la fé i las verdades cristianas en agradables pláticas familiares que ellos escuchan atentos i aun con marcada emocion.

Llega, en fin, el 24 de junio, dia de San Juan Bautista, i creyendo a los catecúmenos suficientemente instruidos i preparados, determina derramar sobre ellos en aquel dia las aguas sagradas del bautismo i hacerlos entrar de esta manera en el gremio de la Iglesia. El dia se anunciaba sereno i brillante ; tras una aurora tibia i perfumada el sol comenzaba a levantarse a saltos de entre la tierra, bañando en fuego las inmensas llanuras, los bosques i las lejanísimas cumbres occidentales de los páramos de Chita ; todo era luz i silencio, los vientos callaban, el éter diáfano i de un azul oscuro no revelaba la existencia de ningun otro cuerpo celeste, ni era empañado por el mas leve vapor.

Al rayar el alba el misionero se pone en oracion, pide a Dios la gracia i el perdon de todos sus pecados, llora i bendice su santa voluntad ; luego prepara el rústico altar, i lleno de una santa alegría va a llamar a sus hijos, i con ellos toma flores silvestres i adorna la humilde ramada pajiza con honores de capilla. Al salir el sol todos se hincan llenos de recojimiento i de gozo interior, elevan sus ojos i manos al cielo implorando su misericordia, i el misionero, despues de bendecirlos i de leer las oraciones del ritual, con todas las demas ceremonias que allí eran posibles, comienza a verter el agua sagrada sobre cada uno de aquellos seres afortunados, poniéndoles un nombre cristiano.

Miéntras esta escena divina pasaba en el nuevo Terebinto, otra enteramente diferente tenia lugar en Tocaría. Concer-tando los ofendidos indíjenas su terrible venganza, llena la medida de sus sufrimientos, agotada su paciencia, se reunen mas de quinientos hombres de guerra i resuelven atacar si-multáneamente todos los puntos donde hai blancos estable-cidos. Armanse con sus terribles mazas i macanas, con flechas envenenadas, hondas i demas instrumentos de muerte que manejan con destreza, i al grito de guerra caen sijilosamente en alta noche sobre los desapercibidos españoles. Invaden los términos de la hacienda de Tocaría, i atacan las habita-ciones con empuje furibundo. La sorpresa, la oscuridad, la algazara ponen en confusion a sus habitantes, que al princi-pio quieren huir, pero hallándose rodeados por todas partes i atacados con furia salvaje, se ven forzados a resistir i de-fender su vida a todo trance. Resisten en efecto, i la mortan-dad es grande entre los indíjenas, pero esto mismo, léjos de acobardarlos, aumenta su furor, i haciendo un esfuerzo, el último que ha de decidir finalmente de su suerte, arrollan a sus enemigos. La sangre corre por todas partes, los alaridos ensordecen a los combatientes, los golpes resuenan por donde quiera, i por último, una inmensa llama que se eleva en los aires, voraz, destructora, viene a iluminar con rojos res-plandores aquel campo funesto de muerte i desolacion. Las casas i sementeras son consumidas en breve tiempo por el fuego, i no quedan sino los vestijios de ellas : todo perece, hombres, mujeres, niños animales....

La venganza de los naturales queda consumada, pero no está satisfecha. Su cólera se ensaña mas i mas, i alguno nombra el punto de la *Sabaneta*....

Dispérsanse al momento en partidas, i una de ellas se di-

rije a la ranchería del P. Felix, punto a donde deben completar su obra de esterminio. Caminan precipitadamente a la luz de las estrellas, i ántes de que el sol esté sobre el horizonte llegan a la entrada del bosquecillo. Penetran en silencio, i cuando están cerca de la capilla, al grito conocido, todo lo invaden, todo lo destruyen.... el fuego rechina por todas partes i el humo de las resinas aromáticas que allí se quemaban se confunde con el humo del incendio....

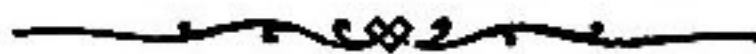
En el momento en que invadian el recinto sagrado, el misionero completaba su obra santa, derramando sobre la cabeza de Shelma, adornada con su túnica blanca i con guirnaldas de azahares, las aguas rejeneradoras, que le abrían las puertas del cielo. El apóstol no se intimida : a los gritos de los salvajes no responde sino alzando la voz gravemente para implorar la misericordia i el auxilio divinos, i conserva su puesto al pié del altar....

Continúa imperturbable la ceremonia, i al verter el agua pronuncia con tono solemne estas palabras : — « Yo te bautizo, María Ines Shelma, en el nombre del Padre, i del Hijo, i del Espíritu Santo !.... » Pero ántes de concluir las, la primera flecha disparada viene a hincarse en su costado derecho, i le hace caer de las manos el vaso sagrado.... Tras esta llueven otras mil, i una nube de dardos i macanas cae sobre el misionero.... Shelma se abraza con él para defenderlo con su cuerpo, i cayendo herida, estrecha sus rodillas, en medio de la angustia i el dolor. Los recién bautizados, todos indefensos, corren a reunirse a su padre. Solamente Juan, el intrépido Juan, que ya se llamaba así, arrebató una enorme maza de manos del primero que se acerca, i blandiéndola en los aires, echa por tierra sin sentido una docena de enemigos ; pero, abrumado por el número, recibe heridas mortales i espira a pocos momentos.

En medio de esta escena rápida i confusa, un cuerpo que se desliza por el suelo viene a aumentar el grupo de los mártires .... Es la tullida, que, haciendo un esfuerzo supremo, se arrastra.... se arrastra como un insecto i viene a morir tambien al pié de altar i al lado del misionero i de su hija....

El fuego llega ruiendo i devora cuanto encuentra, pero cuando toca a los cuerpos de los cristianos ya no encuentra sino cadáveres.... Todos habian espirado rodeados del misionero, i al pié del crucifijo que éste habia arrebatado del altar en los momentos de la agonía....

En la tarde de aquel dia, funesto i dichoso a un mismo tiempo, el viento del Sur deshacia los montones de cenizas en el valle, i, arrebatándolos consigo, parecia querer descubrir los restos de nuestros amigos; pero solo hacia brillar tal cual chispa fugitiva, de los trozos de madera encendidos todavia. Ajitando despues las palmeras i tamarindos que rodeaban la espirante hoguera, les arrancaba con melancólico chirrido las hojas tostadas i ennegrecidas por el fuego....



# NO HAI MAL QUE POR BIEN NO VENGA



## UN POETA CONDENADO A MUERTE

Hace algunos años me hallaba de paso en una de las haciendas mas bellas del sudoeste de Bogotá, situada en la parte baja de esa gran mesa inclinada que, segun todas las probabilidades se formó por el aplanamiento repentino de aquella parte de la cordillera oriental, en uno de tantos cataclismos como han trastornado la frágil tela de araña sobre la cual vivimos mui tranquilos : trastornos cuyos efectos nos revelan las antiquísimas pájinas de ese libro abierto que se llama la costra o superficie de la tierra.

Los que saben la noble i distinguida hospitalidad que han dispensado siempre a sus huéspedes los dueños de aquella hacienda, podrán figurarse los dias de placer que allí pasamos cinco personas que nos hallábamós en ella, a saber, una señora de Bogotá con sus dos hijas, un jóven distinguido i mui estimable, pariente de los dueños de casa, i el que estos apuntes escribe.

El paseo a pié o a caballo ; el baño en el espumoso rio que baja por entre manglares, *cafetales* i limoneros, como el Rin por entre las vides que lo circundan; las visitas a las hermosas huertas que rodean la casa, llenas de multitud de árboles frutales, cuidados con el mayor esmero ; i todo ello sazonado con la grata i amena conversacion de nuestros anfitriones, nos hacia pasar deliciosamente el tiempo. Pero no se limitaban a esto nuestros goces : queríamos que el espíritu tomase tambien su parte en estas fruiciones inocentes, i así, cuando despues de caer el sol volvíamos a la casa, i nos sentábamos en los anchos corredores a tomar el fresco, miéntras las luciérnagas i *cucuyes* revolaban al rededor nuestro, i las chicharras nos obsequiaban con sus tenaces conciertos de soprano i contralto, nos entreteníamos en agradables lecturas, o en recitar versos, o en disertar sobre algun punto literario.

Propúsonos la señora de la casa un juego de invencion suya, i era poner dentro de la copa de un sombrero nuestros nombres escritos en pequeñas cédulas, i en la de otro algunos refranes, pensamientos o máximas sueltas, a manera de lo que se hace para *sacar compadres* en las semanas que preceden a la cuaresma. Debía sacarse cada noche un nombre a la suerte, al mismo tiempo que uno de los papeles que estaban en el segundo sombrero, i aquel de nosotros que era señalado por la suerte estaba obligado a escribir en prosa o verso una historia, o composicion de cualquier jénero, sobre el tema indicado por la papeleta, i que debía ser leida o recitada en la reunion nocturna siguiente.

Aceptada con entusiasmo esta proposicion, mui del gusto de las señoritas, que eran afectas en extremo a la literatura, i mui competentes para tomar parte en aquella justa, se procedió a hacer el primer sorteo, i el nombre que salió de la

urna fué el del jóven de que ya he hablado. \* A la noche siguiente recitó una bellísima composicion en verso sobre el tema que le tocó.

El segundo nombre sorteado fué el de la señora de la casa, acompañándolo este verso de Luis Várgas Tejada,

« Juntos la senda de la vida hollamos  
I juntos moriremos. »

Aunque la señora es reputada como una de las mejores poetisas americanas, no creyó sin duda conveniente entrar a disputar la palma a su antecesor en la poesía, i se contentó con escribir en prosa sobre aquel pensamiento una interesante historieta titulada « Recuerdos de Tibacui, » cuyo borrador me franqueó despues, i tuve ocasion de darlo a luz en el *Museo*, periódico literario que se publicaba en Bogotá en 1849, \*\* i que mas tarde se reprodujo en la *Guirnalda*.

No pudimos oír sin profunda emocion esta pintura sencilla de las costumbres patriarcales de los habitantes del campo, i especialmente el fallecimiento casi simultáneo de dos ancianos esposos, que, habiendo pasado juntos una existencia dilatada, tranquila i feliz, juntos fueron tambien a descansar en el cementerio de la aldea que los vió nacer. El testo que encabezaba esta historieta no podia ser otro que el que ya se ha citado.

En el tercer sorteo salió mi nombre junto con el antiguo refran que dice : « no hai mal que por bien no venga. » Tuve que sujetarme al decreto irrevocable, i, confieso la verdad, aquella noche no pude conciliar el sueño pensando en que

---

\* El poeta José Várgas Tejada, digno hermano de Luis, i cuya muerte prematura fué una pérdida para las letras granadinas.

\*\* Véase el número 4, correspondiente al 1.º de junio.

mi escaso ingenio iba a quedar poco airoso delante de los que me habian precedido, i buscando un asunto que cuadrase bien con el malhadado refran.

Acordeme, en fin, de que habia estado leyendo aquella mañana en la biblioteca de la señora algunos cantos de la *Araucana* de Ercilla, i viniéndome a la memoria el orijen e incidentes de este poema, i la desgraciada suerte que estuvo a pique de sufrir su autor, me dí una palmada en la frente i exclamé con gozo : este es mi asunto, i me viene como pedrada en ojo tuerto !

A la mañana siguiente, i al punto en que comenzaba la sinfonía matinal de los innumerables toches que pueblan las huertas i campos adyacentes, ya estaba yo levantado, escribiendo mis apuntes en la pieza de la librería.

He aquí los borriones que entónces hice para llenar mi compromiso, i que hoi desentierro para cumplir otro no ménos grato con el estimable editor de este periódico, si bien los presento con mayor temor i desconfianza que cuando leí estos renglones a mi amable i amistoso auditorio, i despues de haber hecho en ellos las modificaciones que he creído convenientes.

---

Creo que no dejará de tener interes para este discreto círculo, i especialmente para las señoritas, la historia de un buen mozo. I si al ser buen mozo agrega el haber sido guerrador i valiente, al mismo tiempo que dotado de claro i fecundo ingenio ; i si a todo esto reune el haber sido poeta i escrito un gran poema sobre asunto americano ; ese interes natural debe subir de punto.

De un mozo de esta calaña es que quiero referir a mi estimable auditorio una anécdota séria, el mas interesante episodio de su vida, i puede decirse de sus milagros, porque tales deben llamarse los hechos de heroicidad, de sufrimiento, de abnegacion i de constancia que consumaron los españoles conquistadores de América, i mui particularmente los que sujetaron el pais de los belicosos araucanos, o sea el moderno Chile.

Ustedes conocen sin duda el tan celebrado poema de la *Araucana*, de don Alonso de Ercilla, i si alguno de los que aquí estamos no lo conociera deberia leerlo, sin que obstase para hallarlo mui bello aquella primera octava de la introduccion que dice :

No las damas, amor, no jentilezas  
De caballeros canto enamorados,  
Ni las muestras, regalos i ternezas,  
De amorosos afectos i cuidados ;  
Mas el valor, los hechos, las proezas  
De aquellos españoles esforzados  
Que a la cerviz de Arauco no domada  
Pusieron duro yugo por la espada.

Como digo, el que Ercilla no se propusiese cantar las damas, ni los caballeros enamorados, ni los requiebros i devaneos, no quiere decir que el poema no sea bueno, ni que deje de figurar en él alguna mujer, que sí las hai, i mui apreciabiles i escelentes muchachas.

Este magnifico poema, como la Historia de la Conquista de Méjico por Solis, como la de los Incas por Garcilazo, como las Elejias de varones ilustres de Castellanos, como las Historias de Oviedo i Muñoz, como el Moctesuma de doña Jertrudis Gómez de Avellaneda, i como muchos otros libros

españoles de este jénero, debieran tener para nosotros los colombianos (hispano americanos) el doble interes de asuntos de nuestra historia continental, i de obras maestras de nuestra literatura, que tal puede i debe llamarse la literatura española, abstraccion hecha por ahora de los ensayos épicos nacionales de que hablaré mas adelante. \* Es, pues, mui extraño que esos libros no nos sean tan familiares como otros muchos, tal vez de inferior mérito. Para mí, a lo ménos ellos tienen tanto o mayor atractivo que los que sobre asuntos de América han escrito muchos autores extranjeros, que acá para entre nosotros, i en confianza, están plagados de no pocas inesactitudes.

Pero todavía hai un interes mayor, i es el de hacer conocer i apreciar el mérito de los pocos monumentos épicos que poseemos, analizando sus diversas partes, admirando sus bellezas, i hablando de ellas a cada paso, sin desperdiciar ocasion de hacerlo con el amor de hijo i de compatriota, ya que los europeos cuya lengua no es el castellano, al paso que admiran la riqueza de esta, nuestra admirable facilidad para versificar, i nuestra brillante imaginacion, *lamentan* con cierto aire de desden que no poseamos un solo poema que pueda competir con los que existen en otras lenguas.

Está pues, en nuestro honor *glótico*, en el honor de nuestra sangre, si puedo espresarme así, aplaudir por nuestra parte la *Araucana* de Ercilla, el *Moro Espósito* de Saavedra, el *Diablo mundo* de Espronceda, aunque incompleto, i si se quiere, la *Gatomaquia* de Lope de Vega i la *Mosquea* de Villaviciosa, de que con tanto elogio habla el mejor crítico

---

\* I mal que les pese a los que no conocen ni por el forro esa literatura, i a los que quieren llevar su decantado liberalismo hasta renegar de su raza si es que tienen alguna de qué renegar.

moderno, Martínez de la Rosa; aplaudirlos, digo, con el mismo ardor i entusiasmo con que se alaban i ensalzan la *Jerusalem*, el *Paraíso perdido*, el *Orlando*, la *Luisiada* i varios otros poemas antiguos i modernos.

¿ I por qué no hacer lo mismo con nuestros ensayos nacionales? ¿ Valdrán ellos ménos que otra multitud de escritos de este jénero que han merecido aplausos tal vez exajerados? Si los franceses ponen por las nubes la *Henriada* de Voltaire, de la cual dijo un crítico intelijente i espiritual, que no era sino una gaceta en verso, por qué no habríamos de gloriarnos los granadinos de poseer i dar a conocer al mundo los *Cantos de la Patria* de José Joaquín Ortiz; *Cristóval Colon* del mismo; *Gonzalo de Oyon* del poeta payanes Julio Arboleda; la *Colombiada* de José M. Salazar; *Aquimen Zaque* de Próspero Pereira Gamba; el que sobre el mismo asunto que este tiene comenzado Santiago Pérez, autor de la bellísima leyenda *Leonor*; i algunos otros?

Pido a ustedes perdon, si me he entretenido mas de lo que pensaba en estas observaciones ajenas del objeto que me proponia, que era solo referir un episodio de la vida del ilustre Ercilla, autor de la *Araucana*; este nombre célebre en las letras como en las armas, está tan íntimamente ligado al de su obra maestra, que no es posible hablar del uno sin mencionar el otro. Voi a mi asunto.

No os figureis, amigas mias, que Ercilla era un viejo de ceño adusto, cabello desgredado i aspecto repugnante: no! al contrario, figuraos un jóven hermoso, de gallarda presencia, de pera negra i poblada, esmerado en su persona, ojos negros i centellantes, facciones regulares i simpáticas, aire noble i distinguido, donoso en el decir, versificador sin igual, cortés con los caballeros, rendido con las damas, valiente

como el Cid ; i tendreis un imperfecto retrato suyo. Figuraos todo esto i decidme si el poema de la *Araucana* podrá ser malo i despreciable !

Pues bien, ese jóven de acomodada familia i de esmerada educacion, ardiendo en deseos de gloria habia venido a la conquista de nuestra América, no os diré cómo ni por dónde porque esto no hace a mi propósito. La suerte, mas bien que su propia eleccion, lo trajo al pais de Arauca, hoi Chile ; porque habeis de saber que no siempre el hombre va a donde lo llaman su deseo o su conveniencia. Si así fuera, Miguel de Cervantes habria venido a Santafé de Bogotá, a donde solicitó con instancia ser destinado por el gobierno español, i a cuya solicitud se dió carpetazo, privándonos así a nosotros de esta gloria.

Preparábase por abril de 1558 una gran fiesta en la recién fundada i bellísima ciudad llamada la *Imperial*, en Chile, para celebrar la proclamacion del rei de España, Felipe II, despues de haber obtenido las fuerzas que mandaba don García Hurtado de Mendoza un espléndido triunfo sobre los indómitos araucanos de aquella comarca. Entre los varios juegos de cañas, lanzas, toros i otros ejercicios gimnásticos, propios de la época i de la vida de campaña que llevaban los conquistadores, se habia presentado el de un estafermo fijado en un alto mástil, en mitad de la plaza. Gran número de garbosos jinetes le embestian sucesivamente hiriéndolo de lleno, i el que con mas destreza lo hacia, escapando del golpe que al jirar debia darle el estafermo con unas pesadas bolas de fierro que tenia en las manos, era aplaudido por su ajilidad.

Militaba entónces con Ercilla i con otros muchos hijos de las mas ilustres casas de España, el famoso en armas don

Juan Pineda, jóven de fogoso carácter i de un valor a toda prueba, pero vano i ensimismado. Es de suponerse que algun motivo pueril de discordia existiese ya entre Ercilla i Pineda, pues lo cierto es que con ocasion de aquella fiesta, i como ámbos tomasen parte en el juego dicho, armose disputa entre ellos sobre si a Ercilla le habian rozado en la espalda los bolillos del estafermo, por no haberle herido con la necesaria destreza, sobre si Pineda anduvo ménos afortunado que Ercilla, perdiendo los estrivos i dejando ladear la silla, i sobre otras cuestiones de la laya, propias mas bien de jóvenes imberbes i bisoños que de guerreros cubiertos ya de gloria i cicatrices.

De las palabras pasaron a las amenazas, i de estas al escándalo de desnudar las espadas i retarse atropelladamente en presencia del pueblo i de sus demas conmlitones, i delante de la puerta de la iglesia principal, en que a la sazón se celebraban pomposos officios. Pero no paró aquí la reyerta, sino que los espectadores, en vez de mediar i poner paz entre los contendores, tomaron parte en la refriega, así los nobles como la plebe. Los amigos de Ercilla, como los partidarios de Pineda, echan mano de sus armas, empiezan a sacudirse sin compasion, i se atacan unos a otros como pudieran hacerlo por motivo de mas consecuencia.

Por fortuna el gobernador Hurtado llega oportunamente al lugar de la escena para calmar la tempestad, e impuesto de la querella, manda arrestados a Ercilla i a Pineda. Este majistrado, severo en extremo i mui celoso del órden i disciplina, no podia dejar sin castigo tamaño desacato, i levantando la informacion de los hechos, sometió a los acusados a un consejo de guerra para que los juzgase con arreglo a las leyes militares.

Participando el consejo, en apariencia, de esta misma severidad, pero en la realidad influenciado por mezquinas rivalidades, antipatías i antiguos resentimientos; puestas a un lado consideraciones de alta conveniencia; i alegando con malicia inferirse claramente del proceso que el hecho era premeditado, i que no habia tenido otro objeto que el de promover un motin de grave trascendencia para desobedecer a Hurtado i deponerlo del mando; los sentenció a ámbos a la pena capital.

Aguardábase con ansiosa impaciencia el resultado de este juicio marcial, i la consternacion que él produjo entre los que sabian i estaban persuadidos de que la querrela, aunque grave por el escándalo, habia sido puramente casual e indeliberada, llegó a su colmo cuando se supo cual era la sentencia cruel dada por el consejo i confirmada por el Gobernador. Proclamose esta en el mismo dia, haciéndose saber los fundamentos en que se apoyaba; i a la fiesta i alegre algazara del interior sucedió la tristeza jeneral i la pena mas profunda, i aún llegaron a vislumbrarse los síntomas de un sério descontento, de que eran anuncios nada equívocos las murmuraciones que circulaban, particularmente entre los soldados de Mendoza.

Ni uno ni otro reo habian querido defenderse: ellos apelaban al testimonio público, i a la notoriedad de los hechos, i del asesinato que iba a cometerse en sus personas hacian responsables ante Dios i ante la sociedad a sus inícuos jueces, elejidos tal vez intencionalmente por Mendoza entre sus bien conocidos enemigos.

Todo estaba preparado para el fúnebre espectáculo, i los dos jóvenes capitanes arreglaban sus conciencias i sus negocios temporales para entregar mui pronto su cuello al ver-

dugo i su alma a Dios. Conociendo el carácter de Hurtado, nadie se atrevia a interceder por las inocentes víctimas ; pero esta ejecucion era tan repugnante, la sentencia tan notoriamente injusta i apasionada, i la condicion, la edad i las prendas de los reos inspiraban tanto i tan tierno interes, que algunos de sus mismos compañeros de armas, i otras personas principales se abocaron por fin al Gobernador i le hicieron presente la impolítica, si no la severidad, i aún la injusticia de tal procedimiento : la conveniencia de morijerar la pena, teniendo en cuenta las circunstancias atenuantes del hecho ; i finalmente, le hicieron notar que la sentencia de muerte por sí sola, i la pena atroz que ya habian sufrido los condenados en la capilla, eran mas que suficientes para producir el efecto de un saludable escarmiento por lo pasado i para lo futuro.

No faltaron lágrimas femeniles i tiernos sollozos que se mezclasen a aquellas súplicas ; i aun se cree que el ángel de guarda de alguno de los dos mancebos, disfrazado en figura de una hechicera jóven, vino a arrojarse a los piés del implacable Hurtado, i estrechando entre ámbas manos la orla de su capa, logró ablandarle el corazon, para que se cumpliese aquello que dijo el poeta :

« Que tanto puede una mujer que llora. »

El nuevo Coriolano prometió rever el proceso i la sentencia i resolver lo conveniente ; i retirado a su estancia, conferenció de nuevo con sus adláteres. La consideracion de los graves males que podria atraer aquel paso precipitado e impopular, en las circunstancias en que se hallaba a la sazón el ejército ; i el tener los sentenciados sobrado número de amigos de valía, i pertenecer a familias respetables en la corte,

fueron motivos poderosos para desarmar la cólera del Gobernador i la venganza de sus aduladores.

Decretóse, pues, al anochecer del mismo dia, la conmutacion de la pena capital en la de destierro, motivándola en la cláusula de *justificada impremeditacion*.

Ercilla, sereno siempre, impávido, i de alma grande, recibió con aparente indiferencia la nueva de su perdon; i con aquella dignidad que le era propia entregó el mando de su jente, i, despidiéndose de sus compañeros de armas, se retiró incontinenti.

Dice un antiguo refran, que *no hai mal que por bien no sea*, i en el caso presente es de una aplicacion exactísima. Ercilla, sustraído ya al ruido importuno de las armas, tranquilo en el retiro que habia elejido en un pequeño paraíso, léjos del teatro donde se representó este drama terrible; excitada su vena poética i su risueña imaginacion con las escenas apacibles i encantadoras de aquel Eden; inspirado por los rumores de los bosquecillos que rodeaban su modesto albergue, por el murmullo de las aguas, por las auras embalsamadas, i, en fin, por todas aquellas voces del cielo que en medio del silencio de la naturaleza adormecen al poeta, i le elevan en éxtasis celestiales; continuó i casi dió fin a ese poema inmortal, comenzado entre el estruendo de la guerra i en los vivaques; ese poema en que con tanta verdad como maestría, cantó el heroísmo de los castellanos i la bravura de los hijos de Arauca.

¿Qué habria sido de esa obra admirable de su ingenio, sin la querrela imprudente de la Imperial? Es, pues, cierto que *no hai mal que por bien no sea!*

Martínez de la Rosa, como ustedes saben, hablando de Ercilla dice: « al ver brillar tantas bellezas en el poema de Er-

cilla, recuérdanse con pesadumbre tantas circunstancias reunidas contra la gloria de un poeta de pocos años, que solo escribía retazos de su poema en los ratos que robaba al preciso descanso, perseguido por la adversidad, i que no halló en su vida errante i borrascosa ni ocasion de madurar un plan completo, ni de consultar el dictámen de personas inteligentes. Apénas se concibe como fué bastante su gran ingenio a superar tales obstáculos i levantarle a tanta altura. »

En cuanto a Pineda, el desenlace de este drama fué mui diferente : impávido tambien, i de un temple de alma poco comun, no pudo, sin embargo, resistir esta dura prueba. Afectólo en extremo, no ya el temor de una muerte que tantas veces habia desafiado en los combates i peligros, sino mas bien la crueldad, la injusticia i la ingratitude de sus jefes i compañeros de armas ; i aquel golpe, tanto mas duro para él cuanto mas noble i jeneroso era su corazon, produjo tal cambio en su corazon, produjo tal cambio en su carácter i en sus ideas, que, desengañado del mundo, i desvanecido delante de sus ojos el humo vano de la gloria, se retiró del campamento i renunció hasta de la sociedad. I miéntras el poeta conquistador colgaba su espada victoriosa i sus laureles, i se daba a cantar las proezas de que habia sido testigo, su compañero de infortunio tambien desceñia los suyos i se despojaba de su arreos militares para vestir el hábito del órden de San Agustin en un convento de Lima, i allí celebraba las glorias del Creador, entregado a una vida de ejemplar virtud i de santa conformidad.



# LA MANO

Fantasia sobre algunos modismos de la lengua  
castellana.

Beso a usted la mano, amable lector, i le ruego que se tome la molestia de leer ésta simpleza de fantasía, a que no he dado todavía la última mano, i que sale de mis manos informe i desaliñada. Ya he dicho que mi amigo S. i yo solemos escribir a cuatro manos algunos artículos de costumbres antiguas i modernas, que por cierto han sido recibidos, en lo jeneral, en palmas de manos. Hoi voi a referir yo solo, por no haberlo hallado a mano para que me ayudase, la mano que a él i a mí nos pasó la otra noche viendo jugar tresillo en cierta casa por la Mana de Zabaleta, a mano derecha.

Era un cuarto o quarteto de lo mas orijinal : al norte un hombre de estado : al sur un jóven sin estado : al este un clérigo, o sea del estado eclesiástico, trasformado en una persona ; i al oeste una señora en tal estado de aberracion i desenfreno por las cartas (negocio en que es mui entendida) que, no diré a cada paso, porque estaba sentada, pero a cada mano demostraba en su semblante i en las muecas que hacia

que el vértigo del juego la sacaba de sus casillas, despues de haberla sacado de su casa aquella noche en silla de manos, con un aguacero de esos que llaman tropicales o bogotanos.

Le iba tan mal en aquella ocasion que a cada jugada exclamaba : sepa usted que es mano de no volver á jugar en la vida.

Le tocó en esto la mano a la dicha señora, i miéntras se barajaba alzó la vista casualmente i vió los dos estafermos que de mano armada nos habíamos metido allí, i estabámos con la barba sobre la mano. Reconocionos al punto, i dirijiéndose a mi amigo, le dijo : ola ! señor curioso, ¿ no nos dice usted algun chiste ?

— Quiere usted, le contestó, que eche tambien mi manita ?

— Pues no ! es usted tan espiritual que me alegraría de ver sazonado i amenizado este suplicio voluntario que llaman el tresillo con alguna conversacion picante.

— Mi señora, en tierra caliente las molenderas de cacao no necesitan de meter fuego debajo de la piedra, sino que con la mano de moler, quebrantan los granos en frio, i esto hace que el chocolate no pierda parte de su aroma i sustancia. ¿ Quiere usted otro chiste ?

En esto llegaron con unos *posillos* de chocolate de média canela, bien atrancados con tostadas i colaciones, que los abonados solian tomar en los entreactos, i varios platillos con dulce de higos i queso de estera.

— Ustedes gustan ? nos dijeron.

— Gracias ! respondimos a duo. A esto, como al tresillo, se le puede aplicar aquello de que, tantas manos en un plato no hai peor rato.

— Esto me hace recordar, dijo un tercero, cierta ocurrencia que refiere en verso un poeta español.

— A ver ! dígala usted.

— Esperen que haga memoria, añadió-dice así :

Varias personas cenaban  
Con afan desordenado,  
I una tajada miraban  
Que, habiendo sola quedado,  
Por cortedad respetaban.

Uno la luz apagó  
Para atraparla con modos ;  
Su mano al plato llevó,  
I halló las manos de todos,  
Pero la tajada no !

— Eso sucede todos los dias en nuestro pais, i mas en grande, dijo la matrona. He visto hasta veinte personas que querian atrapar una misma tajada, fuese remate, contrata, destino, u otra cosa, i ya se la habia llevado otro mas vivo, a favor de las tinieblas. — Pero qué canela tan floja ! apenas se le percibe el aroma.

— A propósito de canela, añadió mi amigo, voi a echar yo tambien mi cuarto a espadas con una anécdota o *cacho* que me viene al pelo. Un español le preguntó a un inglés en qué se parecia el almirante Nelson a un almirez-En que machacaba mui duro, respondió con viveza-No, señor, replicó el español, en que no tenia mas que una mano.

— Yo creo, añadió con cierto majisterio el jóven, que picaba de medio literato, que tienen alguna analogía mas, i es que en castellano la palabra almirante es derivada de almirez.

Admirados nos quedamos todos de la ciencia del jugador ; i la señora dijo, entregando el plato a la criada, i ántes de

llegar el vaso de agua a la boca : Con qué no nos dice usted otro chiste ?

— Si es chufia, contestó S, le recordaré el versito aquel :

Don Quintin me dijo un dia :  
Dame la mano, salero.  
Yo le dije, señor mio,  
Tome usted la del mortero.

Si usted quiere chistes ahí están a mano derecha i a mano izquierda quienes se los podrán decir, o si tiene a mano las obras de frai Gerundio por donde quiera que las abra los hallará a todas manos.

En esto se presentaron sobre la mesa varias alhajas i prendas de vestir que iban a rifar a las manos, i nos pusimos a examinarlas.

—¿ Qué les parece a ustedes este anillo de esmeralda ? nos dijo la señora.

— Para la mano de una revendedora está qué canta, dijo mi amigo S. ; Qué montura tan retrógrada !

— I este collar de gruesas pepas de oro fino ?

— Ah ! dije yo : es una gargantilla antioqueña. Linda alhaja de las que usan las señoras de aquel pais, i las negras de mi tierra !

— I este corte de raso amarillo con florones verdes ?

— Mui bello ! exclamó mi compañero, se da la mano con la gargantilla.

I por este estilo siguió el donoso escrutinio de aquellas mercancías, mucho mejor que el que hicieron el cura i la sobrina del manchego, cuando le jugaron a este la mano de de emparedarlo.

— Pues sepan ustedes, dijo al fin amostazada nuestra interlocutora, que todas estas cosas son de mis hijas.

— Señora, perdone usted, no ha estado en nuestra mano evitar...

Soltó aquí la carcajada uno de los tresilleros que estaba encendiendo un cigarro de los que llamaban ántes de *manibus angelorum*, i dijo : Vaya ! que les ha sucedido a ustedes lo que al jeneral Bolívar con cierto paisano suyo en un baile, cuando le preguntó : ¿ quién es aquella señora tan fea de traje azul ?

— Es mi esposa, le contestó el otro.

— No digo esa, sino la que está a mano derecha.

— Es mi hija, señor.

— No ! está usted equivocado : hablo de aquella que está cerca de la mesa, que parece que se ha dado una mano de barniz.

— Esa es mi cuñada.

— Pues declaro, dijo Bolívar, sin poder remendar el chasco, que en la familia de usted no hai qué escojer.

— Esa anécdota no es nueva, dijo el clérigo, que habia permanecido callado. Desde el año... no sé si de 25 o de 35.....

— Bien ! dije, desde el año de no sé cuántos.

— Eso es, prosiguió el clérigo, desde ese año la publicó aquí un periódico que se llamaba. *La Mano de Malco*. No lo leyó usted ?

— No señor, en ese año no pensaba yo todavía en nacer.

— Pero ya estaria usted *in pectore*, porque no me parece que sea mui niño.

— Aquí tiene usted otro chistoso, dije a la señora, i que siendo eclesiástico necesita que le vayan a la mano, no sea que se deslice, i diga alguna herejía ; i mas, estando aquí mano a mano con la señora.

— Dios me tenga de su mano, dijo con sorna el presbítero.

— Ah ! no meteria yo la mano en el fuego por el señor doctor, dijo ella. Pero sigamos esta rifa que tenemos entre manos, que se hace tarde, i nos estamos aquí mano sobre mano.

— Sí ! vamos ! manos a la obra ! dijo el tercero en discordia. Espero ganarme esos trastajos, que, con unos ramos de flores de mano que gané anoche, me harán la olla gorda. Dicen que de grano en grano llena la gallina el buche.

— En efecto, una mano lava la otra, i entrambas lavan la cara.

I echando mano del naipe continuaron la jugarreta.

— *In nomine patris*, dijo el clérigo, i luego al recibir sus cartas añadió : en tus manos señor encomiendo mi espíritu. Habiendo hecho una mala jugada le dijo la señora : ¿i por qué juega usted la espada ?

— El doctor no tiene obligacion de saber manejar la espada, dijo mi compañero. Si fuera la copa o el oro, ya !

— No me hablen a la mano, dijo el clérigo, por que me *atutuman*.

Siguió jugando malísimamente, i otro de los tresilleros añadió : ¿ No digo yo que las manos muertas no sirven para esto ?

— Sí ! ya se ve que se necesitan manos vivas ! replicó. Al fin me saldré con las manos vacias, i si la suerte no me favorece alguna vez, tendré que dar de mano a este oficio.

— En efecto, mejor le estaria el oficio divino, dijo alguno por lo bajo.

— En qué manos ha caido el doctor ! dije yo.

— Qué ! si aquí le sacan a uno las pesetas de entre las manos !

— Por qué lo dice usted? gritó sériamente uno de los cuartos. Tiene algun motivo de queja? Hai jentes a quienes se les da el pié i se toman la mano.

Viendo mi compañero i yo que la cosa iba de sério, i que si continuaban así podrian venirse a las manos, no quisimos ser testigos de una escena repugnante, en que tal vez se pusieran manos violentas sobre un eclesiástico. Ademas, estábamos trasnochados i vimos que la manecilla del reloj señalaba las once, por lo cual, echamos mano de nuestras capas i nos marchamos pian pianino, deséandosles que tuviesen buena mano.

Ademas, si hubiéramos permanecido allí para pintar todo lo que pasó en esta escena tresillera, habria sido necesario escribir una mano de papel.

Ahora solo faltaba pasar estos borriones a manos del impresor, i untarle la mano para que se dignase publicarlos. Por fortuna estamos del codo a la mano.

Me trasladé, en efecto, al dia siguiente a la imprenta, i como estoi algo cojo, subia teniéndome del pasamano de la escalera, cuando me encontré de manos a boca con algunos colaboradores de periódicos i abonados a la tertulia de la imprenta, que me dieron la mano i comenzaron a preguntarme si llevaba algo para el periódico.

— Entre, señor articulista, me decia uno; hoi tendremos un buen bocado, por lo ménos seis columnas, decia otro; ¿a quién le cargará hoi la mano? añadía un tercero; i todos me bureaban a mano salva, confiados en mi correa.

Amigo, dije al impresor, por evitar el encuentro obligado de estos caballeros pensé enviarle a usted los borradores por tercera mano; pero usted sabe que tales comisiones son delicadas, i que los papeles suelen perderse de una mano a otra.

— Así es, dijo el impresor. Pero qué tiene usted que viene tan cojo ?

— No sé, hace días que estoy completamente inválido. Creo que serán dolores nerviosos.

— En efecto ! esos son nervios. Algun frío que ha cojido el pié... O puede ser también de calor.

— Sí, dije, creo que es un frío caliente.

— Pues para eso.... aguarde usted.... ¿ No se ha puesto usted el aguardiente alcanforado ?

— No !

— Pues sepa que es mano de santo. También saca el frío el agua de llanten, con esa yerba que llaman *mano de gato*.

— Ah ! sí ! la conozco. En casa del escribano hai mucho de eso. Me lo haré con mucho gusto. Pero vea usted esos papeles i si le parecen bien.... para el próximo número....

— Pues cómo no me han de parecer bien ! Estoy seguro que es muy bueno el artículo. Al fin como de su mano !

Despedime del impresor, i teniéndome a dos manos a la baranda, bajé la escalera. El amigo me gritó desde arriba : mire que hágase el remedio, que se le quitará el dolor como con la mano.

De camino encontré con un conocido i antiguo condiscípulo que iba a la imprenta a hacer tirar unas boletas dando parte de su casamiento. (No estaba todavía al corriente de la moda). ¡ Cómo ! le dije sorprendido, ¿ se ha casado usted ?

— No me he casado todavía, me contestó ; pero ya pedí la mano de Juanita, i puedo reputarme su esposo. Es bueno ser previsivo i tener todo a mano.

— Vaya ! me alegro mucho. Me ha ganado usted de mano. Pero mire que de la mano a la boca se cae la sopa.

El lector me dispensará, si me he tomado la libertad de ir introduciéndolo como por la mano a una casa de tresillo, i a una imprenta. Lo que no me podría perdonar seria que lo hubiese llevado a un garito de monte o dado, en donde bien puede decirse que juego de manos es de villanos.



## OJO ! OJO ! OJO !

### Fantasia sobre algunos modismos de la lengua castellana.

Dichosos los ojos que lo ven a usted, señor lector. Si uno no va a su casa espresamente para que usted se tome la molestia de leerlo, seguro está que usted no venga a buscarlo.

Las cosas entran por los ojos, ha dicho el sabio Proudhon descubridor de tantas verdades nuevas. Ya Eujenio Sue habia dicho, que hai ojos que dan en ojos, i que hai ojos que *congracean*, i eso que este señor ni ha venido a la Nueva Granada, ni ha oído nuestras alegres cántigas nacionales con acompañamiento de tiple o bandola.

Pero voi a mi cuento. Figúrese usted que vivo en una de tantas calles como hai en los arrabales de esta ciudad, i en que quisiera poner mas bien los ojos que los piés, según son de malos los empedrados. Qué empedrados, señor ! Con razon mi mujer se queja, no a las piedras, que ellas ningun remedio pueden poner, sino al Gobernador i al alcalde i al cabildo i al *mono de la pila*, que seguramente no tienen ojos para ver el estado de las calles. ¿ I no se ha de quejar si tiene por

pronta maniobra seis callos en cada dedo de los piés, i entre ellos (entre los dedos) cuatro de esos que llaman de ojo de pollo?

Yo estoi persuadido de que en esta cuestion, como en otras varias, mi mujer tiene razon, i las que ella da saltan a los ojos del mas palurdo; porque dice: si el ojo del amo engorda el caballo; por qué el señor alcalde no toma un caballo castaño i, haciendo una visita diaria a sus dominios, dispone que a lo ménos se llenen las sepulturas, se tapen las zanjas, se allanen las eminencias (verbigracia las de la calle de San Bartolomé i la Carrera) i que se cieguen los ojos de agua que saltan por todas partes? Porque, al fin, cuatro ojos ven mas que dos, i lo que no viera él podrá verlo su caballo.

Ella (mi mujer) dice que pudiera, así, a ojo de buen cubero, contar hasta cincuenta calles intransitables de todo punto, i en que le provoca decirle al señor alcalde-punto i coma!

¡I cuando llueve! Es de oírse a la susodicha mi mujer cómo reniega de los estanques, lagos i lagunas en que se baña los piés.

— Pero, mujer! i los zapatones! le digo.

— Pero hombre! aunque llevara zuecos antioqueños, i aun zancos, estoi segura de que embarraría el ruedo de la saya i las médias, i el dobladillo de ojito, i hasta la crinolina, esponiendo a los ojos de los curiosos lo que no debia esponer.

No es que haya cojido entre ojos al cabildo ni al alcalde; pero mi dichosa mujer fija la cuestion con un talento digno de figurar en las mismas Cámaras lejislativas. Dios da la llaga i da la medicina, dice; pero los cabildos i alcaldes no dan mas que la llaga, sin dar la medicina: es a saber, que en los países civilizados, aunque pasan por las calles carros i carre-

tas, i ómnibus i coches, i las destruyen a ojos vistas, el mismo dia que las destruyen se refaccionan, porque la vijilante policia da una vista de ojos, i como dispone de rentas cuantiosas, hace en el acto los reparos necesarios ; pero si nuestras rentas alcanzan a cero, i si nuestra policia está a diez grados debajo de cero, cómo se quiere tener el elemento destructor sin tener el elemento reparador ? Si en ménos que me limpio un ojo destruye un carro diez calles, i no hai con qué reparar el daño, ¿ por qué se permite el carro ?

Por eso dice que prefiere muchas veces no salir de casa para no ver lástimas, porque ojo que no ve, corazon que no siente.

Pero creo que todas las lamentaciones de mi conjunta no harán abrir los ojos a los cabildos i alcaldes, pues no hai peor ciego que el que no quiere ver, ni pobre mas miserable que el que no tiene nada. Quizá nos convendrá no ser ricos por aquella amenaza del evanjelio que dice, que es mas fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los Cielos ! Lástima seria que el cabildo se fuera a los infiernos !

Este era el tema frecuente de las conversaciones de un mi vecino, llamado don Luis, alias el pati-abierto, el hombre mas chinchoso del mundo, si los hai, escaso de pelo, ojos de espulgo, como los del licenciado Calabres de que habla el poeta Quevedo (i digo el poeta para no confundirlo con el músico) ; i, en fin, tan charlatan que en un abrir i cerrar de ojos, ensartaba seis historias i otros tantos cuentos, con pretensiones de gracioso.

El tal mi vecino vivia frente por frente de dos niñas, cuyas ventanas estaban a tiro de bodoquera de la suya. Ambas eran bellas i agraciadas ; pero aunque, harina del mismo costal,

sus fisonomías diferían mucho : Crispina tenía ojos azules, lánguidos i cabello rubio, i Crispiniana ojos negros, vivos i ardientes i cabello oscuro. Ambas le gustaban a mi vecino, i no sabia por cuál decidirse : unos días se moría por la zarca i otros deliraba por la morena. Así era que a una i otra les había ojitos i visajes desde su ventana, i algunas veces desde el porton, cuando entraba o salía ; i a sus padres se les quería meter por el ojo de una aguja. Solía decir que los ojos negros de esta eran dos puñales que le atravesaban el corazón, mientras que la otra lo mataba poco a poco, con sus miradas tiernas i apacibles ; i que si él creyera en el mal de ojo, diría que ámbas lo habían ojeado. Tanto me las ponderaba que yo llegué a dudar si sería por estas niñas de sus ojos que Breton de los Herreros había escrito aquellos lindos versos sobre la competencia entre los ojos negros i los ojos azules.

A propósito de versos, i sabiendo que yo soy algun tanto aficionado a hacerlos, me vino un día con la antífona de que deseaba que le hiciera unos en que pintara sus ansias. Aquel día no estaba yo de humor, ni tenía tiempo para ello ; i como él era un poco amarillado, es decir, que no conocía los libros españoles, ni había leído mas que un capítulo del Quijote, se me antojó meterle gato por liebre, i agarrando las poesías de Breton copié los susodichos versos i se los dí sin decirle quién los había compuesto, de manera que me vinieron como pedrada en ojo de boticario. El pobre los tragó, i aunque no le parecieron tan sentimentales como él hubiera deseado, no pudo ménos de admirar mi ingenio.

Viendo que se había quedado con los ojos claros i sin vista, como los santos de Francia, le dí al día siguiente aquellos otros que dicen :

Ojos claros, serenos,  
Que de dulce mirar sois celebrados,  
Por qué si me mirais, mirais airados ?

Quedó encantado con la facilidad de mi vena, i acto continuo, copiándolos de su letra, trató de hacerlos llegar a manos, o mas bien, a ojos de sus vecinas, i se preparó con ojo avizor para ver qué efecto producian en ellas. Ya se ve que este era un mero coqueteo, i no dicen las crónicas si alguna de ellas, o entrámbas llegaron a corresponder al afecto del don Luis, ni se sabe si lo miraban con buenos ojos.

Pero lo mas triste de esta verídica historia es el desenlace de ella. Volvia una noche, segun me contó despues con lágrimas de sus ojos, de visitar una señora cuyo marido acababa de cerrar el ojo, i que le habia dejado una considerable fortuna para que se le aliviase algo el dolor.

— Mui bien pensado ! dije yo, porque, al fin, los duelos con pan son buenos.

— Si, señor, i con plata deben ser mejores, añadió. I la prueba es que dice el refran (no sé dónde ni cuándo lo diria, pues no conozco sus obras) que la viuda rica por un ojo llora i por otro repica.

— Para que vea usted que sí se puede repicar i andar en la procesion. I ella lo habrá sentido efectivamente mucho.

— Es de suponerse. A lo ménos yo noté que tenia los ojos mui colorados. Despues supe que era una inflamacion u obaldía que hacia largo tiempo la molestaba. Yo la aconsejé que no se refregase, recordándole aquel aforismo de Hipócritas- « los ojos con los codos. »

— Mejor fuera que usted le hubiera aplicado el *noli me tangere*, que ese sí es de Hipócrates, aunque se refiere a los caneros i no a los ojos.

No sabia yo que el noli era bueno para eso ; i vea usted qué remedio tan antiguo, i tan simple !

El pobre de mi vecino, de vuelta para su casa, estando la noche oscura como boca de lobo, i habiendo dado un rodeo inusitado, vino a caer de cabeza en una zanja abierta en mitad de la calle para componer una cañería. Lastimose con la caída una pierna con su respectivo cuadril, i se dislocó un brazo. Allí permaneció largo rato hasta que, a las voces que daba, vinieron algunas jentes i lo condujeron a su casa, i allí tuvo que guardar cama durante dos meses, largos de talle. No era nada lo del ojo i lo llevaba en la mano. Quiso su mala suerte que en este intermedio, la familia de sus vecinitas, que habia resuelto dejar la casa húmeda i no nada barata que habitaba, se trasladase al barrio de San Victorino, i una bella mañana, que por cierto llovía mucho, alzaron los corotos, los pusieron en un carro, i ojos que te vieron ir !

Cuando el baldado pudo asomarse por primera vez a la ventana, se volvía todo ojos mirando ácia las de sus vecinas, pero en vano : nada veía, sino los bastidores i puertas tenazmente cerradas. Confieso que me dió pena verlo tan aflijido cuando le referí cómo se habian marchado sin despedirse.

— I no sabe usted cuál seria el motivo de ese viaje repentino ? me dijo, creyendo que se habian marchado de Bogotá.

— No ! ciertamente !..... Tal vez el padre llegaria a sospechar que usted le echaba el ojo a una de sus hijas. Los padres tienen ojo de águila ! Quizá diria para su capote : no ! ojo al cristo que es de plata.

— Pero, hombre ! esas pobres muchachas....

— Ya ! pero, figúrese usted, él, como buen cristiano, sabría aquello que dice el evangelio : si tu ojo te escandaliza, échalo fuera ; si tu mano te escandaliza, córtala. Estas dos

niñas son su ojo derecho, i seria capaz de sacrificar a las chicas, si no le convenia la vecindad i las pretensiones de usted.

— Ah! dijo dando un tierno resoplido : si al ménos hubiera tenido yo noticia de esta resolucion repentina, habria tenido el consuelo de enviarles siquiera un queso de ojos i unos bocadillos de guayaba para el camino. Así se habrian acordado de mí por fuerza. ¿I no sabe usted adónde emigrarian ?

— En esta cuestion estoi con los ojos cerrados : todo lo que sé es que se marcharon.

— Diera un ojo de la cara por saberlo.... Pero, aguarde usted, añadió, abriendo tanto ojo : la mujer de la tienda vecina podrá darnos razon ; i asomándose a la ventana, ñuá Estefana ! dijo en voz alta dos veces, venga acá por vida suyita.

Estaba esta asomada a la puerta de la tienda, con sus enaguas de frisa, su camisa de bogotana con tira bordada, i su delantal de cañamazo, enderezando la hoja de tallo ,alegórico anuncio de los bollos, que, marchita ya i cansada de estar en vergüenza pública, abatía la frente i se descolgaba del agujero donde la habian fijado. A las voces de mi vecino, dejó la ocupacion i atravesó con pausa la calle.

— Con qué se fueron los vecinos ! dijo don Luis.

— Pasque se jueron, hace dias. Luego busté no lo sabia ?

— No le quede a usted duda, añadí yo, haciendo del ojo a ñuá Estefana, que se han ido i no volverán en mucho tiempo.

— I no sabe usted adónde se han ido ?

Volví a hacer del ojo a ñuá Estefana, i esta dijo :

— No, señor, yo, como estoi aquí metida en mi tienda.

Ellos anochecieron i no amanecieron ; i cuando yo percaté, ya habian agarrado i se habian ido. La niña Tránsito sí le habia oido decir a la criada, cuando venia por las empanadas quesque pensaban irse.

Nada mas pudo sacarse ; cosa estraña ! de esta tan poco curiosa vecina.

Despues de esta escena grotesca no volví a ver a don Luis en muchos dias, pues ya él no necesitaba mucho de mis visitas i buenos oficios ; le habian sobado el brazo i la pierna atándoselos con bejucos de tabaco, i estaba ya bueno.

Pero yo tambien estaba de malas como él : me habian robado en las fiestas del tigre una cartera que contenia, entre otros papeles, dos órdenes de pago que habia comprado al cincuenta por ciento por hacer favor i buena obra a un pobre ahorcado que me las habia metido por los ojos ; pero no pude dar con ellas, no obstante repetidos avisos públicos i privados, que decian en letras grandes : ojo, ojo, ojo ! Comunicuelo a mi vecino, haciéndole el encargo de los papeles, i él tomó en efecto grande interes en servirme. Haria de esto como tres semanas, cuando una noche estando ya acostado, con una fuerte jaqueca, que no me habia dejado cerrar los ojos, oigo llamar apresuradamente a mi puerta : me levanto sorprendido, me acerco a la ventana i pregunto quién llama.

— Soi yo ! me dice en tono alegre el importuno, en cuya voz reconozco a mi vecino. — Soi yo, que vengo a avisarle que ya las encontré.

— Sea usted bien venido, le dije, pues se me alegró el ojo con la noticia ; entre usted, - e inmediatamente mandé abrir.

— Con qué parecieron, eh ?

— Sí, señor, parecieron al fin, i donde ménos se pensaba.

— I parecieron ámbas ?

— Ambas, si señor !

— Cómo así ! dónde !

— Dónde ?.... en Bogotá por el lado de Santa Bárbara : las pillé en una ventana. Vea usted, i yo que creía !....

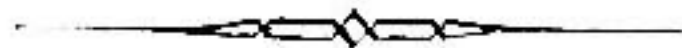
Vamos ! cómo se engaña uno ! Yo que estaba en la persuacion de que el padre me miraba de reojo !

— Acabáramos, exclamé, abotonándome la bata ; con qué no son las órdenes de pago !

— Qué órdenes, ni que calabazas ! Hablo de las vecinas perdidas, que tanto me llenaban el ojo, i tras de las cuales se nos iban los ojos a usted i a mí.

En medio de la cólera que tenia no pude ménos de reirme de la simpleza de mi amigo i de mi propio chasco, conociendo que el cielo me castigaba por haberme burlado de él.

Sin embargo, en los ojos que le eché debió de conocer mi vecino lo mal que yo habia recibido el *quid proquo* causado por lo estemporáneo de su noticia, i se despidió prontamente, ofreciéndome que otro dia me referiría la historia de aquel encuentro, i diciéndome con tono de satisfaccion : para que vea usted que tengo buena nariz, i sobretodo, buen ojo !



## AVENTURAS RUANÍSTICAS

Señor Eujenio Díaz.

Puedo asegurar a usted que me he solazado mucho leyendo su artículo enteramente nacional, titulado *la ruana*, como tambien me he solazado muchas veces con esta, sobándome las manos debajo de mi gran *bayeton*, riéndome de la intemperie, i compadeciendo a los que *andan de militares* en una de esas mañanas *tunjanas* con que suele obsequiarnos el páramo de Cruzverde. Sé por esperiencia, como todo granadino, diré mas, como todo americano, lo que vale una ruana ; i si el bayeton i el encauchado valen lo que pesan, puede decirse que son las ruanas que valen mas. Este compañero jeneroso i confortable, que abriga, que protege, que consuela ; este emblema de la vida dulce i tranquila, de la paz i quietud del cuerpo i del espíritu, mereceria ser conocido, no solo de los napolitanos, inventores del *dolce farniente*, sino de todos los pueblos donde se estime en algo la comodidad, el abrigo. la pereza, i todo lo que hai de sabroso i deleitable.

¿ Habrá mayor dicha en la tierra que ponerse la ruana sobre los hábitos, o sobre una buena bata de lana forrada en algodón ? ¿ I si a todo esto se agrega un par de médias de

lana parda, i los piés envueltos en una frazada tunjana, no estará uno en el cogollito de lo delicioso, i en el *non plus ultra* de lo esquisito? ¿Qué mas estufas ni chimeneas necesitamos nosotros en nuestros inviernos i épocas lloviznosas?

Solo siento que usted no hubiese hecho, como era de esperarse, una clasificacion curiosa de esta prenda indíjena de nuestro vestido, ya por las primeras materias de que está hecha, ya por los lugares donde se fabrica, ya por su tamaño i forma, ya por los diferentes usos que de ella se hacen.

I siento tambien que no haya lamentado, como lamento yo, que nuestras amazonas, tanto urbanas como rurales, hayan abandonado; ingratas! a su antigua i fiel compañera la ruana de seda o hilo, de bellos colores, para reemplazarla por la capa de merino o paño, i solo por el vano prurito de seguir una moda. Así se sacrifican muchas veces las conveniencias positivas al capricho i al espíritu de novelería o veleidad, que no quiero llamar *coqueteria* por no ser descortes.

Usted ha tenido la bondad de hacer en su hermosa *ruana* mencion *honorable* de mis pobres escritos, por lo cual debo dar a usted las gracias, aunque me diga que no hai de qué. I añade usted que la ruana pudiera darme materia para *apuntes de rancheria* mui amenos.

Ah! Señor don Eujenio! créame usted que la ruana me ha dado mucho en qué pensar mas de una vez i materia abundante para notas i apuntes mui curiosos; pero usted sabrá mejor que yo que la ruana suele tener tanto de ancho como de largo: quiero decir, que así como tiene sus ventajas indisputables tambien tiene sus notorios inconvenientes, i por eso no todas mis aventuras con esta señora han sido tan amenas como usted quisiera; i en prueba de ello verá usted

lo que me sucedió, precisamente en uno de esos paseos al Salto de que usted habla, el 15° de mi 2.ª série.

Eramos trece los de la comitiva entre hombres i mujeres, contándome yo entre estas últimas por motivos que diré a usted cuando estemos solos. Si yo fuera inglés, o lo hubiera sido en aquella ocasion, de seguro no me habria contado en el número de los *salteadores*, porque el 13 es cifra fatal para los hijos de Albion ; i sinembargo, iba en la partida un inglés, de que hablaré despues como la figura mas interesante de este cuadro.

Sábado era, me acuerdo mui bien, i como las cuatro de la tarde, cuando salió de esta ciudad la caravana, escoltada i convoyada por la reserva de pajes i mozos que llevaban los víveres i comestibles necesarios para una travesía de tres dias ; aunque, a decir verdad, con escepcion de algunas cosas que no se hallan en las posadas, lo mas que conducian eran botellas de todos tamaños i formas conteniendo variedad de vinos, licores i licorcitos, que tanto el sexo bello como el sexo buen mozo debíamos consumir, si ellos no nos consumian a nosotros.

Despues de haber pasado el rio de Fucha en alegre algazara, dejé adelantar la comitiva i me detuve en la primera casa que encontré para encender un cigarro. La priesa que llevaba la cabalgata, i lo mucho que se tardó la indiecita en traerme un tizon medio apagado, hicieron que me quedase mui atras ; i apenas habia encendido mi ambalema, cuando comenzó a caer una llovizna tan fuerte que en un momento me ví empapado. Piqué mi caballo i me puse a desatar el encauchado que llevaba en los cojinetes : desdoblelo prontamente i, quitándome el sombrero, traté de meter la cabeza por la abertura. Pero aquí fué Troya, pues el caballo, que

por lo visto no habia oido hablar de los encauchados, o no estaba acostumbrado a que los jinetes se los pusiesen encima de él, estrañando aquel ruido, semejante al que hace un encerado que se desdobra con fuerza, hizo una evolucion repentina, i salió a escape conmigo, sin darme tiempo siquiera para acabar de meter la cabeza por la estrecha abertura, la cual me quedó atorada en las orejas i en el caballete, o mejor diré, en la canal maestra de la nariz, sin poder subir ni bajar, como le sucedió a Quevedo. Corrimos así buen trecho, luchando yo por un lado con la ruana que me sofocaba, i por otro con el cuidado de no perder el equilibrio i caer. El rucio hubiera detenido pronto su carrera, pues era manso, pero quiso nuestra mala suerte que encontrásemos en mitad del camino algunos muletos i potrancos, que al principio no hicieron sino alargar el cuello por curiosidad, pero viendo que el ruido i la fantasma se acercaban mas i mas, comenzaron a trotar delante de nosotros, i últimamente, creyéndose perseguidos, soltáronse a correr desbocados. Estimulóse con esto aquel

Hipógrifo violento

Que corria parejas con el viento,

i volando desalado por aquellos andurriales, no hubo ya rienda ni poder humano que lo contuviese. Llegué a creerme en las *siete cabrillas*, como si fuera en Clavileño, tal era la fuerza del viento que me combatia de frente.

Por fortuna venia una récua capitaneada por unos mesunos, i uno de ellos, conociendo el apuro en que me hallaba, me aguardó con la mayor sangre fria, i al pasar por junto a él, cojió bonitamente una punta del encauchado i le dió tan fuerte tiron que me lo zafó de la cabeza, no sin hacerme

perder un estribo i la mitad de otro, miéntras sus compañeros detenian el caballo, entre risas i rechiflos. Bendito tiron que me volvió a la luz del dia i al uso completo de mis manos i de mis sentidos ! Afortunadamente no me habia mojado sino la corona, pues iba bien cubierto.

Cuando yo resollé, mi primer cuidado fué pasar revista a lo que sobre mí llevaba, i por ser mui curiosa, aquí tiene usted la lista de los objetos que habia ido dejando por el camino.

El sombrero.

El cigarro encendido.

El arreador.

La funda del encauchado.

La otra ruana que venia atada.

Una muda de ropa que iba envuelta en ella.

El graniel, cuyas cintas se reventaron.

Los tabacos, que se salieron del cojinete abierto.

Unas chinelas, que venian del otro lado.

El pañuelo, que se salió del bolsillo.

Los guantes de una de las señoritas.

Retrocedí con mucha pausa en busca de todas estas prendas por mi mal perdidas, i gasté mas de média hora en recogerlas, no faltando de todo ello sino el cigarro que llevaba encendido, i los otros, que se salieron de la Gaceta en que iban envueltos.

Cuando regresaba yo en solicitud del botin que habia dejado disperso, encontré la cabalgata que salia de la venta del *Aire*, adonde se habia refugiado a escampar el agua. Ellos me vieron pasar la primera vez, pero no pudiendo reconocerme por llevar la cara tapada, o lo que es mas cierto, no cayendo en la cuenta de que yo me habia quedado atras, me

tuvieron por un extraño, i se contentaron con gritarme-adios ! buen viaje ! muchas saludes por allá !

Figúrese usted cuál seria la broma i burco que me dieron mis compañeros al saber la aventura del encauchado, i que yo era el que habia pasado como una furia por delante de ellos !

Una de la niñas, la de los guantes por mas señas, me dijo con tono desabrido : pasó usted tan de largo, que ni el saludo le merecimos. I mis guantes ?

— Sabe usted que se me perdieron en la refriega ?

— No me lo diga usted ! exclamó. Ai ! mi anillo de esmeraldas que habia metido dentro de un dedo del guante. Corran, corran a ver si lo encuentran ! Que se pierda el guante ; pero el anillo....

Esta noticia, inesperada para mí, me dió tal susto que saqué los guantes hallados del bolsillo del zamarro, i examinando con ansia dedo por dedo, encontré el anillo dentro del pulgar de la mano izquierda.

— Aquí está, aquí está, no se afane usted, dije entregándola los guantes. De estas salchichas comiera yo muchas todos los dias. Pero dígame usted ¿ a quién se le ocurre guardar un anillo en el dedo de un guante, debiendo estar en el dedo de la mano ?

— Es que se me sale, porque me viene mui grande, i como fué por un momento, miéntras me arreglaba la ropa i me amarraba el sombrero...

— A lo ménos, dijo otro de los que presenciaban el diálogo, la señorita ha tenido el buen gusto de poner el anillo debajo del guante, al contrario de lo que hacen algunas charras, que por lucir a todo trance sus sortijas se las encajan encima de los guantes.

Pedí en vano mis albricias, i seguimos nuestro camino.

I caminamos hasta el anochecer.

I hubo opiniones sobre si deberíamos ir a Soacha o a la Cantera.

I dijimos : si vamos a la Cantera no iremos a Soacha.

I el mas juicioso de la mesnada dijo, si vamos a Soacha no iremos a la Cantera.

I despues de una larga discusion...

Pero por no hacerme yo mas largo, segun la frase epistolar comun, a riesgo de que ni usted me lea, ni el señor Santamaria me acepte, pongo aquí punto a esta mi primera, reservándome para otra ocasion continuar refiriendo a usted algunas de las desventuras en que me he visto envuelto por causa de la memorada ruana.

Pues sí, señor, despues de la aventura del encauchado que he referido, tuvimos los viajeros el gusto, el placer i la satisfaccion de ver el Salto, que ya sabíamos de memoria. I si con esta obra maestra de la naturaleza sucede lo que con las obras maestras de los maestros operistas, que miéntas mas se oyen mas gustan, debe creerse que la emocion que sentimos en esta centésima visita fué cien veces mas grande i mas profunda que la que experimentamos en la primera.

Bajamos, pues, hasta la orilla del precipicio, i siempre descendiendo, que fué la mayor gracia, engarzados de dos en dos, como Dios manda, i como carton de zarcillos. Tal parecia aquella escena una contradanza oficial, cuyas parejas se habian designado i ensayado de antemano por los bastoneros. Lo vimos, en fin, lo oimos, lo palpamos, respiramos sus perfumes i sus nieblas, i..... Pero qué diantre ! Me pondré yo a hacer ahora una relacion de este paseo i una descripcion del Salto, cuando las hai por docenas en prosa i

en verso, mas o ménos románticas o graciosas : a ellas me refiero para no hacerme vulgar, i solo diré por conclusion, que lo que nosotros vimos, oímos, oímos, gustamos i palpamos en aquella ocasion, Dios lo sabe, i lo saben todos los que han hecho esta peregrinacion, i aun los que no la han hecho tambien lo saben.

Pero lo que usted ignora, señor don Eujenio, es lo que voi a contar como complemento de mis aventuras de ruana. Como quiera que la vuelta al *Almorzadero* es pendiente i fragosa, ya usted se acordará mui bien, iba yo, a fuer de galante i comedido, ayundando a mi pareja, que apénas podia ya con la figura, no obstante el largo baston de que la habia provisto para que le sirviese de apoyo. Llegamos a un paso algo mas peliagudo que los otros, i subiendo yo en una barranca, alargué la mano a la parte contraria para sostenerla en el escalamiento de aquel Malakoff; abrí i afirmé bien los únicos dos piés de que podia disponer, i la dije : téngase usted bien i salte ! Despues de mil dengues, respingos i otros tantos *qué hago yo en este caso!* dió mi ninfa el brinco i salvó el peligro con gran satisfaccion suya i congoja mia, pues, dar ella el salto, bien agarrada de mi mano, y sentir yo un traquido en la parte posterior de mi cuerpo, que bien claramente conocí lo que era, fué todo obra del momento... Una cuchillada en la barriga habria recibido con ménos dolor que la que mi malhadada suerte me dió algo mas arriba del muslo izquierdo, aunque mui superficial, pues solo afectó la tela del pantalon de cuadros, dejando al descubierto la del calzon blanco interior. Creí que se me salia el alma por aquella herida, que, aunque no ví, a juzgar prudencialmente por el tacto, no dejaria de tener veinte centímetros de largo.....!

Dicen que el mal nunca viene solo, i en aquella ocasion

vino mas acompañado de lo que era menester, pues yo llevaba solamente una ruana corta i lijera, proporcionada para la situacion, puesta encima de una chupa mas corta todavía, que tiraba a chaqueta. No hubo, pues, modo de disimular la catástrofe, de que ni *ella* ni yo nos dimos por notificados en aquel momento. El único espediente que me ocurrió (no hai cosa como los espedientes) fué procurar no tomar de nuevo la vanguardia, sino arrear por delante a mi compañera ; i así como los duelistas tienen cuidado de no presentar el cuerpo de frente a su contrario, yo trataba de ocultarle siempre la parte herida, i presentarle solo el flanco o perfil derecho.

Un color se me iba i otro se me venia pensando en el papel que iba yo a hacer entre toda aquella jente ; pero por fortuna era un paseo al Salto ; estábamos en el campo, es decir, en confianza, en intimidad, sin cumplimientos ni etiquetas, i en estas circunstancias todo se perdona, i todo sirve de diversion.

Pero de camino hacia yo estas reflexiones, sin atender a la conversacion de mi amiga , i aquí entra la filosofía i la moral de mi cuento : si yo hubiera traído mi bayeton, otro gallo me cantara, porque, bajando hasta los piés, cubriría mi desnudez. Cualquiera prenda del vestido masculino me redimiría ahora de la vergüenza que no puedo evitar, una capa, un capote, una levita, un frac, hasta una picarona de cazador.... Vamos ! estaba reservado a esta menguada i mezquina ruana ponerme en tal compromiso, negándome su proteccion cuando mas la necesito. Maldita sea la ruana ! (iba a decir).

En fin, después de mil trasudores i aun sudores enteros, tomamos la altura, i llegamos mas muertos que vivos al dichoso *Almorzadero*. Un poco ántes de llegar a la casa, mi

compañera, rendida de fatiga, quiso descansar sobre la blanda grama, a la sombra de unos árboles ; i yo, pecador de mí ! olvidando el estado en que me hallaba, i por un instinto de galantería, me quité apresuradamente la ruana que llevaba atada a la cintura a manera de chircate, i la tendí sobre la yerba para hacerla mas blanda. Cuando caí en la cuenta de mi estupidez ya no habia remedio.

— Siéntese usted, me dijo ella.

— No, señora,.... muchas gracias....

— Siéntese, que vendrá cansado.

— Gracias.... estoi bien aquí.

— Entónces me levantaré yo.

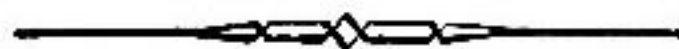
— No, señora, ya me siento.....

Lo hice con mucho tiento i cuidado, como quien padece de mal de gato, pero apénas habia tocado a la tierra, cuando exacerbándose la herida con la fuerza del movimiento, siguió su comenzado camino hasta cerca de la corva. El cuchillo del matador que raja la res desde el cuello no habria hecho mas destrozos en mi pobre pantalon. Ya no pude negar mi desventura e hice partícipe de ella a mi amiga, haciéndome burla yo mismo. Compadeciome con risa, que es la peor de las compasiones, i ofreciéndome su pañuelo, quiso que me atase con él la pierna enferma. No lo acepté por caer en la cuenta de que yo tambien llevaba el mio, i sacándolo del bolsillo, seguí su indicacion. No hai duda que las mujeres tienen, si no mas talento, por lo ménos mas viveza i espediente (ya lo ve usted ?) que los hombres, para los casos apurados.

Levantámonos a poco rato, i tomando yo mi ruana, quise ponérmela ; pero ; oh Dios de Israel....! no podré decir el estado en que se hallaba. No ! esta nueva aventura no se la

contaré a usted aunque me lo ruegue de rodillas..... Infeliz de mí ! Qué eleccion de sitio la que habia hecho aquella desgraciada niña para descansar ! Era una eleccion como muchas elecciones !

En fin, echemos un velo sobre todo esto, i encima echaré yo mi ruana, dejándola allí abandonada para siempre....



# LAS TRIPAS

Fantasías sobre algunos modismos de la lengua bogotana.

Era viérnes, i no digo mas.

Este es un drama en siete letras, o, si usted quiere, en siete cuadros, a cual mas triste, que son los siete días de la semana.

Pues mal ! (por no decir, pues bien ! ) Le tengo dicho a Ruperta que no vaya al mercado, que no me gusta que se ponga en exhibicion. Pero mi santa esposa tiene una cabeza tan dura !....

Cuando veo yo una señora en la plaza, saltando por sobre el pescado i el menudo, se me rallan las tripas ; pero ellas (las señoras) siempre tienen alguna disculpa : a lo ménos Ruperta dice que estas criadas (como si tuviera tantas!) no saben comprar nada, que todo lo llevan a casa mal i por mal cabo, de mala calidad i con un recargo escesivo de precio i comision ; i aun da a entender, Dios me lo perdone, que suele haber alguna cisa i manipuleo, pues en las cuentas que despues se ajustan en la casa con granos de maiz resulta

algun error, que regularmente está en la data ; lo que suele llamar ella las cuentas del gran capitán.

En días pasados, yendo yo para la tienda, la encontré que venia del mercado, de la vista del diablo, la saya embarrada, la mantilla por los hombros, el cabello desgredado, encendida i fatigosa.

— Qué tienes, mi hija, le dije, qué te ha sucedido que vienes como loca ?

— Qué ha de ser ! me respondió, que yendo a comprar la carne me enredé con un monton de tripas que estaban en el suelo, i del vuelo que di fui a caer entre un toldo, sobre dos revendedoras que me han insultado a su sabor. Por fortuna caí de cabeza contra un banco de picar carne, i mira el chichon que me hice.

— Efectivamente, fué una fortuna, dije, llevando la mano al abceso, que era del tamaño de una papa regular.

— Ya ! peor hubiera sido que hubiese dado contra las piedras. Yo no sé por qué estos hombres no tienen las tripas en otro lugar..... i si digo, mejor fuera que no las tuvieran.

— Esa reforma es de primera necesidad, añadí, i debieran suprimirse las tripas del todo, por innecesarias, por desagradables i por feas.

— I que son una trampa ! Si a lo ménos no las soplaran para llevarlas al mercado !... Te aseguro que he tenido un entripado con el hombre de las tripas !....

— I esto que tienes en la mantilla qué cosa es ?

— Ahí está lo gracioso del cuento. Jesus ! me da risa por no darme cólera. Llevaba en una mano una cura i en la otra una papaya calentana, i con la caída se destriparon ámbas ; pero no las solté.

— En efecto, aquí están las tripas de la infeliz papaya.

Pero valiente simpleza la tuya ! ir a dar funcion gratis en un dia como aquel !

— ¡ Qué querias que hiciera ?

— Lo que hizo el alcalde cuando se acercó a la pila de agua bendita, que teniendo el sombrero en una mano i el baston en la otra, se quedó perplejo sin saber con cuál tomarla, hasta que su secretario, que naturalmente sabia mas que él, le dijo que pusiera el baston debajo del brazo. Si tú hubieras hecho lo mismo, llevando la papaya debajo del brazo, o la cura en el seno, se habria salvado la fruta, i tú habrias tenido una mano disponible para agarrarte, aunque hubiera sido de un espino, i evitar el golpe.

— Sí ! tú no sabes lo que es enredarse los piés en alguna cosa, i sobretodo en unas tripas. ¡ Ahora que hago yo ? La plata se me salió de la caja de polvo donde la llevaba i se quedó regada entre la carne.

— Nada ! hacer de tripas corazon ! El proverbio dice, i yo tambien te lo he dicho varias veces, que el que ama el peligro perecerá en él ; i que el que voluntariamente busca la ocasion, no debe quejarse de las consecuencias. ¿ No te he rogado tantas veces que no vayas al mercado ? En tomándose el trabajo de esplicar bien a la criada lo que ha de hacer, lo que ha de comprar, lo que ha de recibir i lo que ha de gastar, no importa que se estravie uno u otro real : peor fuera que se estraviara la criada o el costal, o que en cada caida que tú dés (Dios no lo permita) se te salgan todos i quede vacia la mochila. ¡ A mí que se me revuelven las tripas de solo pasar por aquella plaza i oler tantas cosas desagradables !

Despedímonos, i cada uno siguió su camino.

Pero dia fatal ! Habia mandado yo a la Secretaría de

Guerra un expediente de suministros en cuyo pago esperaba ganar, si no 300,000 pesos por lo ménos unos 300 ; i estando en la tienda me vinieron con la noticia de que se habian perdido las tripas del expediente. No me puse a llorar porque... porque sí, i porque yo sé desde mui niño que el hombre no debe llorar aunque se vea con las tripas en la mano, pero no dejó de aflijirme aquel nuevo golpe, mucho mas fuerte que el que se dió mi mujer cuando se enredó en las tripas. Era ya el quinto entripado que tomaba ese dia.

No habia vendido nada, aunque era viérnes, i a eso de las dos, sintiendo ya, segun la espresion de los antiguos bogas del Magdalena, que la tripa larga le mandaba recados a la muela cordal, cerré la tienda, sin candado, me embocé en la capa, i me fui para casa, porque era hora de llenar la tripa con la mazamorra.

Caro lector, si acaso te lo he entripado con este cuento, dispénsame en gracia de mi buena intencion.



## LAS GRACIAS

Las gracias son divinas o son humanas : estas últimas son de varias clases, segun el verbo con el cual se juntan. Por eso dicen, dime con quién andas...

Las gracias, en plural, se hacen o se dan.

La gracia, en singular, se tiene por la naturaleza, o se pide a Dios.

En lo antiguo no hacian gracias sino los reyes, i los grandes señores : hoi las hace cualquiera, i las da todo el mundo, como que al fin nada cuestan !

*In illo tempore* no se hacian gracias, sino se decian chistes ; ni se daban *mil gracias*, sino se decia « Dios se lo pague, » « le agradezco mucho, » « viva usted mil años » « quién habia de ser !... » i otras frases semejantes. Las gracias mas antiguas de que tengamos noticia en nuestra historia son las que dió el clérigo *Panela* despues de la revolucion del año de 10, cuando asomado al balcon de palacio en compañía del maestro *Paniagua*, dijo al pueblo, que ya comenzaba a ser soberano, i acababa de ejercer el primer acto de soberanía :

Muchas gracias, pueblo amado,  
Por lo bien que te has portado. •

No hai cosa de que sea mas pródiga nuestra sociedad moderna que de gracias, como es abundante de mujeres graciosas i agraciadas.

Un dia de los muchos que tengo desocupados, gracias a Dios, me propuse llevar la cuenta de todas las gracias que recibia i de las que daba gratuitamente, i poniendo mi cartera en el bolsillo desde prima mañana, cada vez que por cualquier motivo me daba alguno las gracias, sacaba el lápiz i apuntaba. De esta manera encontré una ocupacion agradable i útil para la estadística graciosa.

Téngase presente que este trabajo mio no es el mismo que se tomó otro escritor en cierta o incierta ocasion, quejándose de lo inútil i dispendioso que es dar gracias por todo, i a cada paso, i haciendo una cuenta aproximativa, logarítmica, decimal i periódica del tiempo que se gasta en esto, como si el tiempo fuera susceptible de gastarse !

Si ese escritor estuviera en parte donde pudiera oirme, yo le diria.... no sé lo que le diria, pero de seguro le diria algo que le hiciese pensar mas en lo que dijo.

¡Con qué por ser inútil i dispendioso i de pura ceremonia, no deben darse gracias despues de comulgar o de decir misa, ni al acostarse, ni al levantarse, ni despues de comer ! Quedábamos bien !

He aquí la cuenta graciosa de que voi hablando.—

Como a las ocho de la mañana me encontré con un conocido en el puente de San Victorino, el cual me detuvo para hablarme. Sabia que su señora habia estado enferma i le pregunté cómo se hallaba — Está mejor, gracias ! me contestó. Apénas nos despedimos saqué mi cartera, i aunque no me dijo cuantas eran las gracias que me daba, siguiendo el sistema que uso para las saludes o memorias, de reducir a

mil todas aquellas cuya cifra no se fije, puse en abreviatura :

Don Agapito, por la salud de su mujer, gracias..... 1,000

A poco andar *topé* con otro id, que iba a dar un paseo matinal. — Cómo vamos i tal. — Mui bien. — Qué hai de nuevo? — Linda mañana &.<sup>a</sup> — Que usted se pasee mucho (dije al despedirnos)— Gracias, gracias ! Otro al canto. Saqué i apunté, a razon de mil por cada apóstrofe :

A Pacho Rudo, por paseo matinal..... 2,000

Entré a misa (porque yo oigo misa, o por lo ménos la veo) i me acerqué a la pila, segun es de cajon, a tiempo que una amiga mia iba en busca de lo mismo. Mojé el dedo del corazon, i le ofrecí con galantería reverente. Yo no sé si la Iglesia i la hidropatía aceptarán este modo de tomar el agua por tercera mano, i haciendo média cadena ; pero el hecho es que así está recibido. Ella tocó la yema de su dedo rosado con la del mio amarillo, i se santiguó. Mas lo necesitaba yo que ella para espantar las tentaciones. Dijome con un cuarto de sonrisa, i en tono apénas perceptible : Gracias!..... En el altozano no mas saqué el lápiz despues de misa i escribí : Zoila Guerra, por agua bendita..... 1,000

Cuando *me regresé* para casa en busca del titulado almuerzo, me encontré de manos a boca, detras de la puerta, a babor i a estribor, un encapotado i una vieja de sombrero redondo que estaban haciéndome la guardia, como para darme un susto al entrar, i en efecto me lo dieron, pues me salieron a un tiempo a la parada, i en tonos diferentes i no nada acordes registraron de arriba a abajo todo el diapason de las súplicas estendiendo la mano i el sombrero. Cuando me tocó entrar a funcionar en este trio como tenor, ya estábamos al pié de la escalera. Entré a mi cuarto i volví a poco rato trayendo una chupa vieja para el galan i un real para la dama.

Viva usted mil años ! me dijo aquel.

— Dios lo corone de gloria, i le dé mas ! me dijo esta.

Perplejo me quedé, sin saber cómo hacer la anotacion en mi cartera, pues que no eran gracias lo que me habian dado i no habia cuenta abierta para los años que habia de vivir (que, entre paréntesis, me parecian demasiados). No teniendo por otra parte la tabla de referencias, no sabia cómo sustituir unas cantidades a otras.

Mucho ménos lo podia hacer con la corona de gloria que me deseaba la vieja ; i así resolví no anotar nada. Pero al entrar me entregaron un papelito que decia :

— « Un millon de gracias por..... » Esta sí que es gorda, dije, i ántes de continuar apunté..... 1.000,000  
« Un millon de gracias por la molestia que usted se tomó, tomándose la pena de hacer la delijencia del empeño para que me empeñé, i del en que usted tenia interes de conseguir, Me lo viva seguro de que toda mi vida la viviré agradecida de su benigno corazon, de quien es suya verdadera afectísima, q. s. p. h.

Despues de almuerzo salí de casa, i me dirijí a mis tertulias obligadas en la calle de Florian, del Comercio, plaza Bolívar, i otras diez o doce tiendas donde suelo asesinar el tiempo a mis anchas, leyendo en los intermedios de silencio el aviso que dice : *la tertulia perjudica* ; aviso tan respetado i cumplido como los que en letras gordas se ven fijados en los presbiterios de las iglesias, prohibiendo que suban allí los profanos. Me hallaba en una botica, donde, mas que en ninguna otra parte la tertulia perjudica, pues que en una operacion delicada el boticario, distraido con la conversacion, puede perjudicar gravemente a un tercero, i perjudicarse a sí mismo, cuando entró una criada conocida mia con una

botella en una mano i un papel en la otra : figura interesante para un pintor que quisiera representar a algun juez enemigo suyo i del jénero humano.

— Cómo está la señora ? le pregunté.

— Gracias ! me respondió, porque es de las *filáticas* que están en todos los toques.

— Sí, pero en qué quedamos, está mejor o peor ?

— Parece que va mal, porque el médico ha dicho que está mejor. Muchas gracias ! I por allá cómo están ?

— Bien, gracias.... a Dios, ya que no al médico.

Sumé i apunté, i encendiendo un cigarro en la lámpara, me fui en busca de unas varillas de acero para una crinolina. Por supuesto que no era para mí, sino para Mariquita, que habia resuelto enjaularse el dia de Corpus, por primera vez. La modista con quien toqué me dijo, ántes de preguntarle nada-Gracias !..... Tenia razon en dárme las, pues que iba a dejarle reales, o a lo ménos así debia juzgarlo piadosamente.

— Tiene U. varillas de acero, de esas que...?

Oh ! ya sé bien : gracias ! De acero no tango : vienen de acabarse las que tenia ; pero tango de ballena.....

— Nada de tango : al contrario, es para esponjarse.

— Gracias ! Estas son las suplentes, que entran a servir por falta de las principales.

—¿I no hai *designadas*, para cuando falten estas ?

— Oh ? estas no necesitan ser designadas : su color es natural.

— A ver, deme acá. Vea usted cómo les llegó su agosto a las barbas de ballena, que ya no se usaban ni aun en los paraguas.

— Gracias ! están mui escasas ; no se encuentran.

— Será que las ballenas de estos tiempos son lampiñas, o que han dejado la moda de las barbas largas i se afeitan.

— El corsé por arriba i la crinolina por abajo, dijo un tapado que estaba en un rincon, tienen a las mujeres como castillo de *Corpus*, todas armadas en varillas.

Compré mis barbas, a razon de dos reales el metro, i me fui mui contento. Al tomarlas di las gracias a la modista, i al recibir ella la plata tambien me las dió. Habia perdido la cuenta de las gracias de la modista, pero escribí *al tanteo* : por varillas, 4,000 ; i la que habia hecho el escondido, 4,001.

Este era el dia de las cartas i billetes. Al doblar una esquina me detuvo el repartidor de la *Biblioteca*, i me entregó uno, que, en letra mui dibujada, decia :

« Mi amigo don Júdas. Quedo impuesto por su oficio de ayer, de haber sido nombrado miembro ñato de la Sociedad que usted dignamente dirige. Agradezco la honra, aunque rechazo la calumnia. Pero me queda una duda, i es, si usted escribió *nato*, quedando una pequeña mancha sobre la *n*, o si es que la Sociedad tiene miembros ñatos i miembros narigones ; en este caso deben colocarme entre los últimos, i el primero de todos, pues, como nadie ignora, las tengo de marca mayor, i al estilo borbónico. Repito mis gracias, i me suscribo &.»


JUAN CHOPERENA. »

Enterado, dije al repartidor de gracias, i pasé a mi libro :  
Milciades Cortez, por narices..... 1,000

Al desdoblar la misma esquina, en busca de mis guantes que habia dejado en casa de la modista, me encontré de nuevo con el susodicho repartidor, i me dijo : gracias a Dios que lo golví a encontrar. — Como estas gracias no eran para mí, no las apunté. — Se me habia olvidado darle otra carta

que tenía para usted, añadió. Ricibila, i allí no mas la lei. Decia así :

« Amigo mio. Tú que escribes en la *Biblioteca*, hazme el favor de ensartarme el aviso siguiente :

 *Suscripciones* a periódicos i a obras nuevas ; suscripciones para obras de caridad, de filantropía o patriotismo, para fiestas sagradas o profanas, bailes, comidas, paseos, sociedades de cualquier clase, rifas &<sup>a</sup>, &<sup>a</sup>, &<sup>a</sup>, &<sup>a</sup>, &<sup>a</sup>, &<sup>a</sup>. A NADA DE ESTO ESTOI DISPUESTO A CONTRIBUIR, por la razon que da el pájaro de nuestras montañas. Te anticipo mis mas espresivas gracias por tu bondad, y quedo &<sup>a</sup>.

SERVIO LINCE. »

Incontinenti apunté. Suscripciones, por anticipacion. 1,000

Con esto pensaba llegar a mi casa libre de nuevos negocios i molestias, cuando salió de un zaguan i me atajó el paso doña Mónica Chacon, i me dijo con mucho cariño :

— ; Cuánto me alegro de toparlo, que lo deseaba tanto !!!

— Mi señora, estoi a su disposicion.

— Mil millones de gracias por todos sus favores. La capa que me consiguió en el teatro está lindísima. Como mandada hacer, agregó la hija que iba con ella. Va a salir el carro de David magnífico.

— Me alegro mucho de que ustedes.....

— Si supiera lo que le agradecemos !.....

— Qué agradece !

— Cómo no ! En fin, vaya pronto por allá, i verá.

— Con mucho gusto.....

— Conque.... Ya le digo.....

— Sí, señora.

— I mire que.....

— Pues ! Gracias ! Que lo pasen ustedes bien.

— Gracias ! Gracias !....

— I muchas saludes.

— Gracias ! i por allá tambien.....

— Gracias !

Despues de esta sustanciosa conversacion, saqué mi cartera i apunté a lo largo, porque a lo ancho no cabia :

La señora Mónica Chacon — Por una capa de terciopelo..... 1,000.000,000

Los dos últimos mensajes me aguardaban en casa, adonde volvi a regresarme a la hora de yantar. Yo habia escrito el dia anterior un billete a mi amigo Bartolomé Espina, anticuario i literato distinguido, diciéndole, en doblones, que para un artículo de costumbres que tenia entre manos, me hiciese el favor de decirme cuál era el orijen de varios nombres de calles, puentes i otras cosas antiguas de esta ciudad, tales como el *Patio cubierto*, el *Molino del cubo*, el *Chorro del fiscal*, el *Chorro de María Teresa*, la *Mana de Zabaleta*, la esquina del *Rodadero*, la del *Cuartillo de queso*, las calles de las *Véjares*, del *Purgatorio*, de los *Carneros*, de la *Carrera*, el puente de *Lesmes*, la *Huerta de Jaime*, i otros varios sobre los cuales deseaba tener noticia. A renglon seguido me contestó :

« Siento mucho no poder complacer a usted inmediatamente, como quisiera, pero le ofrezco hacer las indagaciones que desea. Por hoi solo le diré que, en cuanto al *Patio cubierto*, sospecho que en alguna casa de aquella calle se darian tal vez en otro tiempo comedias, toldando el patio (Brujo ! dije para mí). Del *Molino del cubo* solo puedo dar a usted razon de la primera parte, i es que en aquella calle, si así puede llamarse, hai un molino de trigo : lo del *cubo* no sé lo que quiere decir. (Eso yo tambien me lo sabia.) En punto a *Chorros* estoi a oscuras lo mismo que usted. La esquina del

*Rodadero* supongo que la llamarán así por lo mui pendiente i resbaladiza, i la del *Cuartillo de queso* por la figura del corte. (Noticia importante.) La de la *Carrera* se sabe que se llamaba así, porque en los primeros años despues de la fundacion de Bogotá, las personas de mas distincion hacian en aquella calle apuestas, corriendo a todo escape para lucir sus caballos. Pero ya que no puedo satisfacer los justos, patrióticos i humanitarios deseos de usted, en los nombres que cita, le indicaré que la *Calle del Arco*, de que usted se olvidó, se llama así por un arco que la atraviesa de un lado al otro, de norte a sur, i que diz que es un puente que sirve para comunicar la Veracruz con la Tercera. (Noticia fresca, dije riéndome de la candidez de mi amigo). En fin, doi a usted mil i mil gracias por haberme honrado dirigiéndose a mí para este objeto, i me me repito &.”

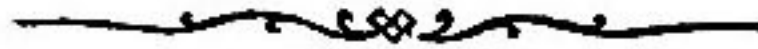
Tiré la carta debajo de la mesa i apunté :

Bartolomé Espina, por noticias..... 2,000

En seguida llamaron a la puerta, i la criada me trajo otra embajada : un papel amarillo i mugroso, que no habia por donde cojerlo. Desde que ví la firma adiviné que era la viuda de don Martin Ceballos, mujer impertinente que pide limosna por circular a todo el mundo, agotando el vocabulario de las vergonzantes, i diciendo mil mentiras, i que por lo regular acaba firmándose *Rosa Flóres de Cebollas* ; equivocacion disculpable en una mujer, i en una mujer pobre, que tambien las ricas suelen cambiar la *o* por la *a*, i aun cometer otros errores mas graves.

No supe si la Cebollas me daba gracias por algun motivo, i aburrido de tanto apuntar, hice la suma de las que habia recibido en solo medio dia, i hallé que me habia vuelto a casa con mil cien millones doscientas diez mil gracias

(1,100.210,000) i esto sin trabajo ninguno i con solo abrir la boca. Con la milésima parte de esta suma que hubiera hallado en reales de granada, o aunque fuera en condores, seria yo mas feliz que un rei, si es que hai reyes felices, i le habria dado a Dios *infinitas* gracias, para no andar con cuentas.



## EL PAN

Fantasia sobre algunos modismos de la lengua  
castellana.

No sé si ya he dicho alguna vez que mi mujer es buena como el buen pan, aunque algo caprichosa i susceptible ; así es que, con escepcion de una que otro disputa de poco momento (las mas largas no pasan de média hora) la vida marital que hacemos desde el año de gracia de 1840, poco mas o ménos, es una vida de ánjeles : i lo llamo de gracia, porque realmente Ruperta hizo una gracia en casarse conmigo, siendo ella entónces jóven i bella i yo pobre i feo.

Esta armonía conyugal, no obstante esas pequeñas disonancias i aun destemplanzas inevitables, es debida en parte a mi carácter tolerante i pacífico, i sobretodo a mi franqueza, pues yo soi lo que se llama pan pan, vino vino ; i con estas cualidades le he cojido, como dicen, el pan debajo del seno.

Una mútua condestendencia i suavidad tan uniformes (i es lo que quiero advertir en este cuento a los maridos, o a los que se sientan con conatos de serlo) hacen milagros domésticos ; los montes, como dice el evangelio hablando de la fe,

pueden trasladarse de una parte a otra, o en términos equivalentes, cualquier cerro de dificultades se allana ; las mismas piedras pueden convertirse en pan en caso de necesidad.

Para que se juzgue de la paz i concordia que reina en mi casa i en la de mi mujer, voi a describir *calamo corrente* una de esas escenas animadas, que si un extraño las presenciara, creeria que iba a ardersse la casa, pero que, observadas en calma i a la luz de una filosofía ordinaria i de un prudente criterio, se reducen a nada en dos platos.

Poco tiempo despues de casados, cuando todavía comiamos el pan de la boda, puede decirse, estábamos un dia a la mesa a la hora de costumbre, i debia de ser tal el entusiasmo con que yo engullía, que al mascar una *vila* de gallina, que hubiera podido servir para una mampara, me mordí la lengua. Mi Ruperta notó el jesto estrambótico que hice, i se enfadó, conteniéndose al principio por prudencia ; pero yo tenia la mano puesta en la boca, i como no hablaba palabra, me dijo con cierto tonillo :

— Ahora le echarás la culpa al pan.

— Por qué ? le pregunté al cabo de diez segundos, sin quitar la mano.

— ¡ Como siempre te parece duro.....!

— A mí ?

— Todos los dias es la cantinela del pan detestable, negro, tieso como guijarro..... Que por qué no lo traen de otra panadería..... Que si es frances, que si es inglés, que si es del pais.... Que si es *mogollo*, que si es torta, que toma, que daca.....

— Pero hija ! dije pudiendo apénas articular palabra por el dolor de la lengua.

— I ahora dirás que no !... Si te ponen pan de a mitad

dices que quieres pan de a real ; si te dan de este dices que lo que te gusta es la *retorita*. Tan pronto suspiras por la *mogolla de chicharron*, tan pronto por el mollete. Pero todo te parece malo. Quién te entiende ?

— Acabaste ?

— Me parece que mas claro no canta un gallo.

— Pues si tu no me entiendes, hija, quién me ha de entender ? Creo que exajeras un poco. Mal pudiera parecerme duro el pan que me das cuando siempre vengo a comer con una hambre, no diré canina, sino yankee ; con un apetito digno de Mackintosh. ¿ No has oido tú decir que con buena hambre no hai pan duro ni moreno ?

— Ya ! es que los hombres son tan exigentes, que siempre quieren *como dice el dicho*, pan i pedazo, i la tortica debajo del brazo !

— Vaya, Ruperta, dejemos la cuestion i comamos en paz. No fué el pan el que me lastimó la boca sino un mordizco que me dí yo mismo en la lengua : lo mismo me hubiera sucedido comiendo bizcochuelos, porque por desgracia Dios me ha dado unas muelas i unos colmillos dignos de figurar en la Conflagracion Granadina entre los primeros i mas afilados. Con que no te afanes por esa alternabilidad paniega que se nota en nuestra pobre mesa, i de que dices tu que yo me quejo, que a falta de pan buenas son tortas i pan pintado en comparacion de lo que pasa en otras, donde se suele ayunar a pan i agua la mayor parte del año.

— Sí ! porque querer que las cosas salgan siempre a medida del deseo, i segun el paladar de cada uno....

— Pues ! no hai que abarcar mucho, no sea que nos suceda lo que al perro de la fábula, que dejó caer el pan verdadero, por el finjido que veia en el agua. Ya sabes que yo te amo,

i.... lo que te dije ántes de casarnos : contigo pan i cebolla, i debajo de una piedra.

— Ciertamente hasta ahora nada nos ha faltado, i hemos tenido un pan que comer.

— A lo ménos yo trabajo hasta donde puedo para ganar el pan de cada dia.

— Yo se lo pido a Dios cuando rezo el padre nuestro.

— I yo me conformo con que el Señor me lo dé, i aunque sea de yuca, de centeno, de acemita, o no importa de qué. En teniendo pan i toros, como dice Jovellanos, ande la rueda ! Hasta con los panecillos de San Nicolas me contentaria, si no hubiera mas. Habiendo un pan seguro, todo lo demas puede tolerarse, i por eso dicen que los duelos con pan son buenos.

— Por fortuna en este nuestro pais nunca nos faltará, pues ¿ dónde hai mejores tierras de pan llevar ? I tantas cosas que se pueden hacer con el pan ! Mira ! sopa de pan, miga de pan, rellenos de pan ; aunque no todo en un dia, porque dicen que pan con pan es comida de bobos.

En esto ibamos dando ya fin a nuestra modesta refeccion, i, consumida la jalea de batata, nos limpiábamos la boca con el mantel, i sacaba yo el escarbador. Retiramos, en fin, los asientos i levantamos la sesion, i despues de recitar el *benedicite*, abracé a Ruperta i le dije : con que no mas disputas, que ya somos viejos.....

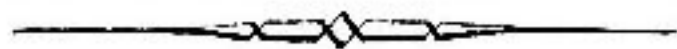
— Viejo serás tu.... Siempre has de estar echándome en cara la edad.....

— Otra te pego !... Iba a decir que somos viejos de casados. Me lo negarás ? A no ser que tu te casases despues que yo....

— No señor, que fué la misma noche, i el mismo cura nos echó la bendicion.

— Bien ! allá iba yo. Somos casados viejos, i no sería regular que, como dice el maestro Paniagua se nos quemase el pan en la puerta del horno ; quiero decir, que al cabo de las cansadas salgamos con que el dia ménos pensado nos arañamos las caras. No queramos hacer pecado mortal lo que hasta ahora ha sido de aquellos veniales que se quitan con agua bendita i con pan bendito.

Si algun lector indiscreto juzga que esta escena íntima de la vida de familia, entre ciertas clases de la sociedad, carece de interes o es poco esacta.... no le diré que come pan por dispensa, porque no soi ningun atrevido, pero sí le diré que con su pan se lo coma.



# ANTES I AHORA

o

## CAPUCHINOS, CORNAVACETES I PEPITOS

La experiencia parece que confirma cada dia la observacion de cierto escritor moderno, cuyo nombre no recordamos, de que, a proporcion que la sociedad gana en ilustracion, pierde en moralidad. No es fácil calcular cuál sea esta proporcion, pero ello es que en la sociedad que conocemos todo se refiere a pérdidas i ganancias ; i que si es permitido juzgar del todo por la parte, i aplicar a la gran familia universal lo que se ve en una mínima fraccion de ella, i lo que pasa en este rincon de los Andes que se llama la capital de la Nueva Granada, es indudable que lo que este animal bípedo, que se ha llamado a sí mismo el hombre, avanza en un sentido, retrocede en otro, i que al cabo de las mil i quinientas todas las meditaciones del sabio Azaïs, i todo lo que dijo en su « Sistema de las compensaciones » se ha hallado ser cierto i razonable.

Sirvan estas pocas, o muchas palabras de introduccion a

nuestras propias observaciones directas, sobre algunos de los tipos que mas fielmente caracterizan a la sociedad granadina del siglo de Walker.

I aunque las comparaciones suelen ser odiosas, i lo mismo los parengones, que todo es una misma familia, tambien suele ser un medio mui cómodo para poner en evidencia una verdad cualquiera, o para realzar una demostracion moral ; i este será el medio de que nos valdremos hoi para exhibir una de las especies de plantas mas notables de nuestro jardin bogotano, tan heterojéneo, multiforme i recalcitrante si se nos permite agregar este calificativo, al cual no tenemos intencion de dar sentido alguno, i que solo usamos en gracia de la eufonía,

Allá en tiempo de entónces, i nótese que no nos remontamos a la época en que hablaban los animales literatos de Iriarte o Samaniego, hubo una cierta sociedad, secta, órden o comunidad, que llevaba el humilde titulo de *capuchinos*, no porque sus miembros usasen capucha, como la usan ahora las señoras, i aun los hombres, ni tampoco por la barba larga, moda que es hoi casi universal, sino tal vez por una especie de sarcasmo contra las comunidades relijiosas, o mas bien por una epigramática ironía con que querian dar a entender que mui poco o nada tenia de austera i rigurosa la regla de vida que habian adoptado.

Mucho dió que decir, i mucho mas que hablar, esta nueva institucion moralmente disfrazada con un hábito monacal ; i en esta pícara i socarrona ciudad, recurtidero de ociosos, hospicio de pobres, cuna de espósitos, hospital jeneral i basurero donde se arrojan ajenos desperdicios, no hubo rincon ni desvan donde no se oyesen con espanto las relaciones nada edificantes que de ella i sus estatutos se hacian

con cierto aire de misterio i aspaviento. Era tal asociacion anónima, o seudónima, una especie de lojia que en vez de llamarse *Estrella*, *Nebulosa*, *Fraternidad*, o adoptar otra denominacion poética i romántica, quiso manifestar su naturaleza i espíritu con un epíteto de *buen humor*, tomada esta frase en un sentido recto i natural.

Las diabluras, abominaciones i excesos de todo jénero que, con razon o sin ella, se atribuian a estos reverendos padres, sucesores de la estinguida i degollada órden de barbubos, no están escritas, ni pretendemos nosotros escribirlas, por las mil i una razones del artillero que no hacia las salvas. Qué-dese tan alegre tarea para algun hermano rezagado, que, iniciado en los misterios capuchinescos, pueda hablar de ellos con toda propiedad, como actor, o como espectador, i escribir su historia en algunos malhadados *Apuntamientos*, *Re-seña*, *Anales de las sociedades célebres*, u otro escrito con que piense enriquecer la literatura i la historia nacionales.

Ademas, no seria posible referir, ni mucho ménos relatar, las tales cosas, sin que las señoras de alto bordo o de tres puentes, sintiesen horripilarse sus carnes, i las niñas de arte menor experimentasen crispaturas de nervios i contraccion de tendones. Cuantas i cuales fuesen las travesuras de los reverendos, lo dice la sensacion que todavia produce ; cosa rara ! la palabra *capuchinos*, no solo en las beatas i beáticas, sino en todo individuo femenino, para quien este vocablo equivale poco mas o ménos al de frac-mason.

¿ Pero quiénes, i qué clase de jentes eran las que habian adoptado el modesto, simpático i conciliatorio nombre de capuchinos ? Vamos a verlo.

Los capuchinos en su mayor parte eran jóvenes de buen humor, de buenas familias i de buena educacion : en una

palabra, la que se llama jente de buen tono ; de suerte que todo en ellos era bueno, ménos lo malo. I tan cierto es esto que hasta lo malo tenian arte para hacerlo parecer bueno, como lo han creido muchos. En efecto, al cabo de la jornada ha venido a sacarse en limpio por los cronistas i hombres estudiosos, que en aquellas sesiones ó *tenidas*, en apariencia satánicas i borrascosas, no habia todo lo que de ellas se decia ; que esas terribles orjías i bacanales, dignas de ser narradas por los Carneros i demas cronicos nacionales, se reducian a bailesicos con las grisetas, parrandas i paseos, comilonas i otros pasatiempos que tambien se tienen en otras sociedades que gozan sin embargo de mejor reputacion. Recursos eran estos a que los obligaban la falta de mejores i mas honestas distracciones públicas o privadas, como bailes, tertulias, buen teatro, conciertos, i demas que sirven de esparcimiento al ánimo i de sacudimiento al cuerpo. Sabido es que en las grandes poblaciones donde no hai estos *delajsements*, i donde el espíritu de sociabilidad i mutua comunicacion es desconocido, la juventud, ansiosa de gastar la vida, la salud i el dinero, que tanto le estorban, se entrega a la disipacion, i va rodando, mui a su talante, por el ferrocarril de la desdicha final i absoluta ; pues que a todas aquellas inocentes recreaciones, se sustituyen los bailes de candil, los garitos, i los figones pomposamente bautizados con los nombres de cafes, restauradores i hoteles.

Suponemos, pues, que todo lo que esta familia hacia en sus guaridas era digno de censura, i ajeno de la moral i buen comportamiento de un jóven decende ; pero vieran UU. a un capuchino lejítimo en una sociedad escojida, en una reunion de jente distinguida ; qué trasformacion ! qué diferencia ! Nadie diria que aquel era un hombre disoluto i vicioso. Sus

maneras corteses, su lenguaje fino i comedido, su atencion i estremada delicadeza con las señoras, su respecto, en fin, por la sociedad i por el público, eran una predicacion continua i un manual práctico de buen tono. Elegante en su porte, esmerado en su vestido, inimitable en el baile, que poseía por principios, arrogante i seductor sobre un lindo caballo, todo encantaba en él, i no parecia sino que procuraba desmentir a porfía i de todos modos la opinion desfavorable que de él se tenia. Un capuchino podia ser el borron i el escarnio de la sociedad bogotana en algunas de sus misteriosas escursiones ; pero en un salon de baile, en el teatro, i en cualquiera otra reunion, la metamórfosis era completa, i habria sido mui difícil comprobar la identidad de la persona : tal era su cultura i su fina educacion. Podria inspirar horror a quien lo viese en sus orjías apurar copas tras de copas, i lo oyese cantar en comunidad, i en tono de salmodia, aquella consabida *polisona* :

¡ Qué mayor dicha i consuelo  
Nos puede Dios dispensar,  
Que poder aquí cantar  
Como se canta en el cielo !....

Pero en tratándose de volver a su elemento, es decir, a la buena sociedad en que se crió, todo recobraba su nivel, i entónces la dignidad, el respeto i el propio decoro tomaban en él nuevo realze : ni una copa mas de las que son permitidas entre las jentes bien educadas, ni una palabra descompuesta, ni una conversacion mal sonante, ni una alegría estúpida i ruidosa, ni una risa descompasada, ni la mas leve falta a una persona respetable. De esta manera se captaban la benevolencia i la simpatía jeneral, i hacian, si no perdo-

nar, por lo ménos olvidar por un momento sus supuestas i misteriosas faltas.

¿ Pero a qué bueno dirá algun quisquilloso lector o susceptible lectora, a qué buena hacer la apolojía de la disolucion i el panejírico del vicio, sobre todo en un periódico destinado a entretener e instruir al sexo bello i delicado? ¿ a qué fin ofender osadamente sus oídos hablando de una sociedad ya estinguída por la sancion moral? ¿ Cuando ya nadie se acuerda de los capuchinos sino para compadecerlos, tal vez para execrarlos, exclamando el mas caritativo : « Lástima de jóvenes ! su suerte es un ejemplo para los calaveras, pues casi todos ellos han tocado a su fin en situacion deplorable ? »

Allá lo veredes, dijo Agrajes. Rogamos a nuestras amables lectoras que, como lo dijimos al principio, hagan con nosotros una comparacion imparcial i tranquila entre esa detestable i estinguída órden de la capucha, i la moderna jeneracion de *cornavacetes* i *pepitos* que tanto miman i toleran ellas, i que sin tener (en lo jeneral) las buenas cualidades de aquellos, tienen con creces todos sus lados malos.

El modo mas natural de estudiar i describir un clase cualquiera de la sociedad en una época dada, es analizar los individuos mas notables de ella, aquellos que se mirán i reputan como la fórmula i tipo de toda la especie ; i así como para pintar a la juventud de las tres últimas décadas hubimos de elejir a los capuchinos, que eran como la suma de las costumbres i del carácter social de aquel tiempo, para hacer igual cosa, aunque compendiando hasta donde sea posible, con los actores que figuran en la nueva escena, tomamos naturalmente a los *cornavacetes* i *pepitos*, que son, digámoslo así, la flor i la nata de la presente jeneracion.

No sabemos, ni hace a nuestro propósito saber el orígen de estas denominaciones caprichosas, i las aceptamos como sancionadas ya por las mayorías, i como pertenecientes todas al jénero *cachacos*. Forman la primera clase aquellos mozetones con tendencias a la gravedad del hombre *sui juris*, currutacos entre verdes i maduros, que visten con esmero, i como empecinados sectarios de la moda, piensan mas en sus propias personas que en seguir una carrera cualquiera lucrativa. Son ya gallos de espuela, i hallándose por lo jeneral en una edad razonable para contraer los lazos matrimoniales i formar una familia, se miran ya muchos como próximos a recibir el repugnante título de solterones.

Los pepitos son, puede decirse, los hermanos menores de estos : pollitos que apénas ensayan el primer canto, i que sinembargo gallean ya en la sociedad. Ni son hombres, ni son niños ; están, por decirlo así, en sus quince, i tienen la cabeza llena de lo que puede estarlo una cabezita de esa edad, de ilusiones i de ensueños dorados. Adonis, o mas bien Narcisos de esta época nada mitolójica, no piensan sino en la *toilette*, en los amores i devaneos, i en saborear los placeres de una vida de mariposa, i los azares i aventuras de una tomineja con baston i gaban. Un billete dulce de alguna incauta pepita, alguna impresion volandera que les trajo el binóculo en el teatro, la novela de moda, aquellos versos rimbombantes i huecos, la mirada fujitiva de una actriz, los recuerdos de una polka, un aguinaldo que vino dentro de una canastilla de flores, un par de lindas mancornas que acaba de comprar, el figurin que trajo el paquete, i que él juzga tan fiel i verdadero como los periódicos que lo acompañan... he aquí los sérios cuidados de este perfumado niño.

Si quereis no hablar con él, porque sobre otro asunto que no fueran estos podriais hablarle, sino verle i admirarle, id a la sastrería de N, a la tienda de M, a la esquina tal vez donde dirige sus visuales al tormento número primero; le encontrareis en el altozano de la iglesia donde oye misa el segundo tormento, en la confitería donde, al lado de la crema de orchata i de las aguas refrescantes, campea el *vieux cognac*, i el anisete, i los ajenjos, i el ponche, i el ron. El *bravo* de una capa le quita el sueño, el color de un chaleco lo desvela, la esperanza de ponerse una camisa de piqué lo trae distraido, los guantes de cabritilla i los pañuelos de olan lo hacen quebrar....

I esto me decís que debe compararse con un antiguo capuchino? exclamará aquí la lectora. — Ciertamente que esta descripción, si no es seductora, por lo ménos es la pintura apacible de una vida dulce e inocente, un idilio, no ya en los riscos, valles i praderas sino en las calles i plazas..... Pero ah! ojalá fuera esto solo! veamos un poquito el reverso de la medalla.

Qué es i qué significa en la sociedad cualquiera de los dos entes que hemos descrito someramente?

Dícese vulgarmente que « en la mesa i el juego se conoce al caballero. » Con perdon del que inventó este refran, creemos que peca, no por inexactitud sino por deficiencia; pues la buena educacion, que es lo que en mi concepto constituye ese ente que se llama *un caballero*, se denuncia en todas i cada una de las acciones, movimientos i palabras de una persona de cualquier sexo: solo que si se trate del jénero femenino no se dirá *una caballera* sino *una señora*; i en efecto, ninguna mujer que no tenga lo que llamamos buena educacion, en todo i por todo, puede llamarse señora, porque

esta es, en definitiva, la acepción legítima de la palabra, según las ideas de la sociedad moderna, que tiene un diccionario especial para su uso particular, i poco se cuida a veces de los diccionarios de la lengua.

I decimos mas : que no en las acciones notables i en los casos mui conocidos, sino en los mas insignificantes i pequeños, es como se descubre a tiro de ballesta, i aun de rifle, la buena o mala educacion del hombre. Todas las situaciones de la vida, así en la próspera como en la adversa fortuna, así en la alta como en la baja sociedad, tanto en casa como fuera de ella ; ya en el campo, ya en la ciudad, son la piedra en toque para saber cuántos grados sube o baja la cultura del individuo. Que en una mesa de juego un hombre se abstenga de arrebatos, o de jestos de impaciencia, o de alegría, o de desconfianza ; que no pronuncie ni en chanza la palabra trampa, que no contradiga a los compañeros aunque estén equivocados ; que no se queje, que no cuente el dinero que tiene cerca de sí, sea que gane, sea que pierda ; eso todo el mundo lo sabe, cualquier palurdo lo practica. Que una conducta semejante se observe en la mesa de comer, sea entre pocos, quién lo duda ? quién lo ignora ? Pero en tantas otras circunstancias que pasan desapercibidas, en tantas situaciones secundarias de que tan poco se cuidan la mayor parte de los hombres i que acusan indefectiblemente su buena o mala educacion, una persona de mundo o de sociedad, coje al vuelo las patanerías i las faltas, que no son reputadas como tales por los mismos que las cometen.

He aquí lo que pasa, jeneralmente hablando, entre nuestra juventud.., ¿diremos que de ámbos sexos?... no lo digamos : estamos hablando solamente de los *cornavacetes* i *pepitos*, de esas dos especies de *cachaos* de que vamos tratando en el

curso de este artículo. Mui triste es decirlo, pero mui cierto, i si ellos apelan de la verdad de esta descripción, nosotros apelamos por nuestra parte al buen sentido de las jentes moderadas, i aun a muchos de ellos mismos que confiesan i reconocen la exactitud de lo que se dirá mas adelante.

El que pretende ser la gala i adorno de la sociedad, en que vive, i captarse la admiracion i aplauso de esa sociedad, debe procurar por todos los medios posibles adquirir ese aroma de la finura que trasmina por todos los poros del individuo, ese tino singular para no faltar en nada ni a nadie : esa es i en esto consiste la buena educacion, tomando esta palabra en la acepcion que ya sabe el lector se le quiere dar aquí, pues notorio es que tiene otras varias, por ser un todo complejo. ¿Qué se dirá, pues, de un jóven que al paso que viste con elegancia, tal vez con buen gusto (que son dos cosas diferentes), que al mismo tiempo que sabe manejar con gracia su varita, i escribir largas tiradas en prosa o verso en los álbums i otras mil lindezas, es un ente inútil en una reunion o sociedad de jente distinguida ?

Ahí los teneis ! ¿ qué saben ellos de lo que puede hacer agradable a un jóven en un salon ? ¿ Saben bailar ? no !.... a no ser que baile se llama ese brutal remolino de jentes, que sin concierto, sin compas, sin miramiento, ruedan, se confunden, se lanzan en un torbellino anárquico para codearse, estrujarse, empujarse i hacerse mil daños en las personas i en sus vestidos. Observad una de esas parejas elegantes : qué aire tan estúpido ! ; qué miradas tan licenciosas, qué risas tan destempladas ! Se abrazan, es verdad, se estrechan, se reclinan uno sobre otro como en un mullido cojin, se cambian i comunican mutuamente su aliento, la niña se frota i se acepilla la suave tez con un manojo de cerdas, que

ella encuentra mas blandas que la seda, i que se llama la *guacharaca* o barba de su pareja... No contenta con esto, aplica sus labios de coral de los botones que adornan el pecho de su amigo, i aspira con delicia y perfume de su pañuelo de olán, que está en el bolsillo del frac... Mide con él la largura de sus brazos, i ya que no rezan la estacion en cruz en la iglesia, se crucifican de un lado en el salon i del otro se abrazan, no mui suavemente, sino mui fuertemente... Miéntras esto pasa, él por su parte aplica tambien sus retostados labios a la tersa frente o la delgada *carrera*, perfumada con pomada, i brillante con el brillo que le da el agua de linza.

Observémoslos un poco mas. Oyen la música? no! es de lo que ménos se cuidan. ¿Arreglan sus movimientos a la medida de la pieza que se toca? no! Esta solo les sirve para hacer ruido i atolondrar a las personas que pudieran percibir su conversacion; por eso gustan tanto nuestros danzantes i danzantas de la plebeya música de los soldados, que ellos llaman *de viento*: a la sombra del infernal ruido de la tambora i el redoblante se pueden decir tantas cosas?

Se acabó la polka o el valse, o el *chotis*, i sigue la cuadrilla. Allí es de ver a nuestros jóvenes; todos pretenden ser las primeras parejas; todos creen bailar a las mil maravillas la insípida contradanza francesa; pero en realidad la saben bailar? ¿arreglan las figuras a la música? ¿llevan el paso propio de este baile? ¿hai uniformidad, hai facilidad en sus movimientos? nada de eso: la misma anarquía de la polka, el mismo desconcierto del valse; unos acaban primero, otros no acaban; i el aspecto que presenta aquel grupo desordenado es el de un pequeño mercado, o el de un monton de jentes que presencian una querella en la calle. Con razon han eliminado, con el pretesto de seguir la moda, la antigua

e inimitable contradanza española, baile lleno de dignidad, de nobleza i de elegancia, pero en que un bailarín chambón se espone a deslucirse a cada paso.

Baste esto en cuanto a baile, i prescindamos por ahora de los demás incidentes, episodios i anexidades de esta diversion.. Dejemos a un lado los pisonés, los codazos, el nada grato perfume del brandi con que obsequian a la señorita con quien bailan ; el nada suave apretón que con su bota le dan en el pié al acercarse a saludarla o a invitarla. Oigamos su conversacion, indecente muchas veces con las señoras, infame por lo regular con los hombres. En la *buena* sociedad se ve un grupo de jentes jóvenes que ríen, conversan, disputan i hacen ruido. ¿Qué significa todo esto? nada! un cuento inocente, un dicho agudo pero fino; son niños que triscan sin ofender a nadie. Observemos entrè nosotros uno de esos grupos.... es preciso volverle la espalda i compadecerse que lo forman.

En la *buena* sociedad hai esa dulce libertad para que un joven converse con su pareja en los intermedios en que no les toca su turno de bailar. Oigamos lo que conversa una de esas parejas : una reconvencion, una declaracion, un retruécano indecente, una crítica mordaz, o algo en que entra el amor o el coqueteo por uno gran parte.

Veamos a los jóvenes en el corredor, o en la pieza destinada a los refrescos ; no es allí seguramente donde brilla mas su finura i buena educacion ; por el contrario, en este teatro es donde se exhibe en toda su fealdad la grosería i zurdas maneras de esos que se llaman *la jente de buen tono*, sin los cuales no hai diversion posible, ni buen humor (por supuesto!) ni nada de lo que encanta i seduce a las hijas de Eva.

Pero alguna ahbilidad tendrán esos Adónis, que los haga amables i dignos de estimacion ; todo no ha de ser *cháchara* i atolondramiento..... ¿ Dónde están esas habilidades ? cuáles son ? Llame usted a un pepito i digale : hombre ! no hai quien toque el piano, las señoras están ya cansadas de hacerlo, tenga usted la bondad de tocar una polka, un valse... Nada! no sabe un palote de piano ; tendria mucho gusto, pero no sirve para el paso. Llame usted al otro ; tampoco ! Al de mas allá, ménos ! No se encuentra uno solo que deje bien puesto su honor.

Una señorita va a cantar un duo ; su compañera no ha venido. ¿ Hai alguno que cante con ella ? es un duo fácil, mui conocido... Nadie responde.... Cantará otra cosita sola, pero es preciso que alguno la acompañe en el piano... Silencio profundo.

« Cual si no hubiera pepitos en el mundo ! »

Todos se escusan ; qué entiendo yo de esas cosas ! que vaya uno de los músicos ; yo no soi *dilettante* ; ahí habrá alguna amiga que la acompañe...

Se trata de llevar las señoras a la mesa ; todos corren, se atropellan, se empujan ; cada cual busca a la persona que le interesa, i se la lleva de grado o por fuerza, arrancándola, si es preciso, de los brazos de otro *acomedido* mas dichoso o mas listo. I como la costumbre es divorciar en este caso a las madres de las hijas, aquí es lo bueno : cuánto campo a los abusos ! por mas respetable que sea la casa donde se hallen ! Le toca a fulanito trinchar i servir, o no le toca, pero se ofrece espontáneamente : aquí fué troya ! Quién nos diera la pluma con que se escribió el *Castellano viejo* !

Los escanciadores i sirvientes que andan por fuera de la mesa como los zánganos en las colmenas, o como zamuros

hambrientos, atendiendo a quien les conviene, hacen de aquella escena una Babilonia; qué gritos! qué algazara! qué sonar de los platos i cubiertos! qué empujones! qué apresuramiento a engullir a hurtadillas un pastel, o vaciar en un rícon un plato de jaletina, o apurar una botella de champaña!...

I despues de esto son las lástimas.... pobres vestidos!... A aquella niña del traje anaranjado le han echado encima un platillo de aceitunas, i perdió su vestido. A aquella otra del lazo de cinta hasta los calcañares, se lo han arrancado con pelo i todo. A la de enfrente le destaparon en el seno una botella, no se sabe si de cerveza o de champaña. A la del lado la han dejado propiamente *comiendo pavo*, pues nadie le ha servido, ni se han acordado de ella para nada: será alguna jóven modesta i recatada...

Esta es nuestra sociedad en lo jeneral.

¿ I quién da aliento i brio a tanta ordinariez, a tanto abuso, a tanta grosería, a tanta inmoralidad? Lo diremos, aunque con profundo pesar: muchas de esas *pepitas* que, en vez de corregir i castigar a los culpables con una sola mirada, con una palabra, los consienten, los toleran, los estimulan i animan..... Esas mismas que andan por las calles con la cara levantada, mirando a todas partes, buscando atenciones i aplausos, prodigando sonrisas, brindando halagos, convidando aun a los mas inapetentes i estoicos. Esas bellas que andan con el traje remangado hasta la cintura, para quienes es estrecha la calle mas ancha, i con cuyos revoloteos se llevan enredada toda la basura. Esas elegantes de la gorra colgada, a manera de los zurrones que llevan los muchachos para carga tierra...

Pero dirán, i con mucha razon, que ya esto no es artículo

de costumbre, sino sermón de cuaresma. No importa : si este sermón hiciese convertir a un solo pecador o pecadora, bendito él ! nos gloriamos de haberlo predicado.

En resúmen, pues, i para no escribir un libro entero, que bien se presta la materia, comparemos estas tres especies *capuchinos, cornavacetes i pepitos* ; o jóvenes de *antes* i jóvenes de *ahora*, i digamos imparcialmente de parte de cuáles está la ventaja, i si la sociedad gana o pierde, si adelanta o retrocede.

FIN.



# ÍNDICE :

	pág.
PRÓLOGO.....	5
APUNTES DE RANCHERÍA.....	9
NO HAI MAL QUE POR BIEN NO VENGA.....	108
LA MANO.....	121
OJO ! OJO ! OJO !.....	130
AVENTURAS RUANÍSTICAS.....	139
LAS TRIPAS.....	150
LAS GRACIAS.....	154
ANTES Y AHORA.....	169



